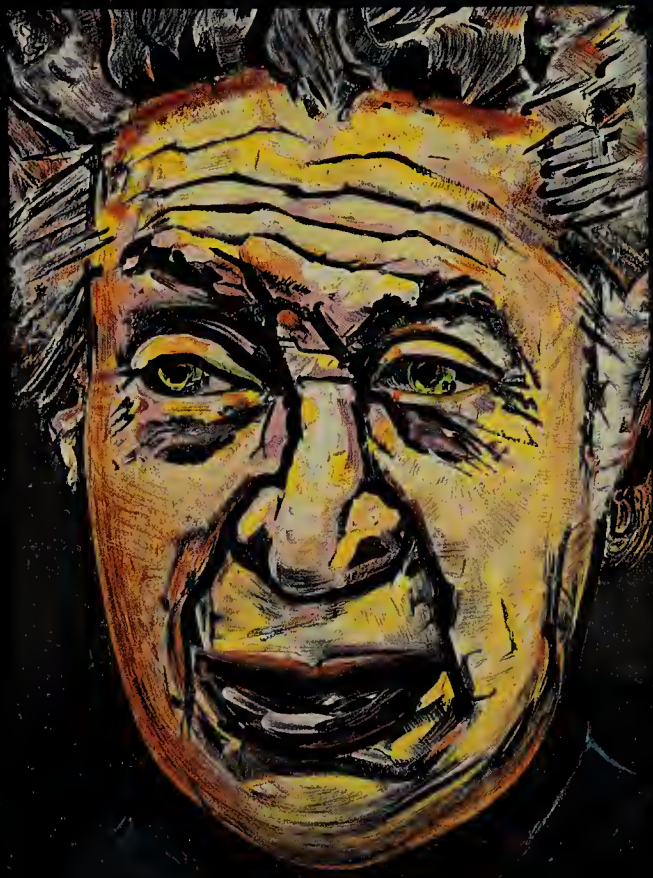


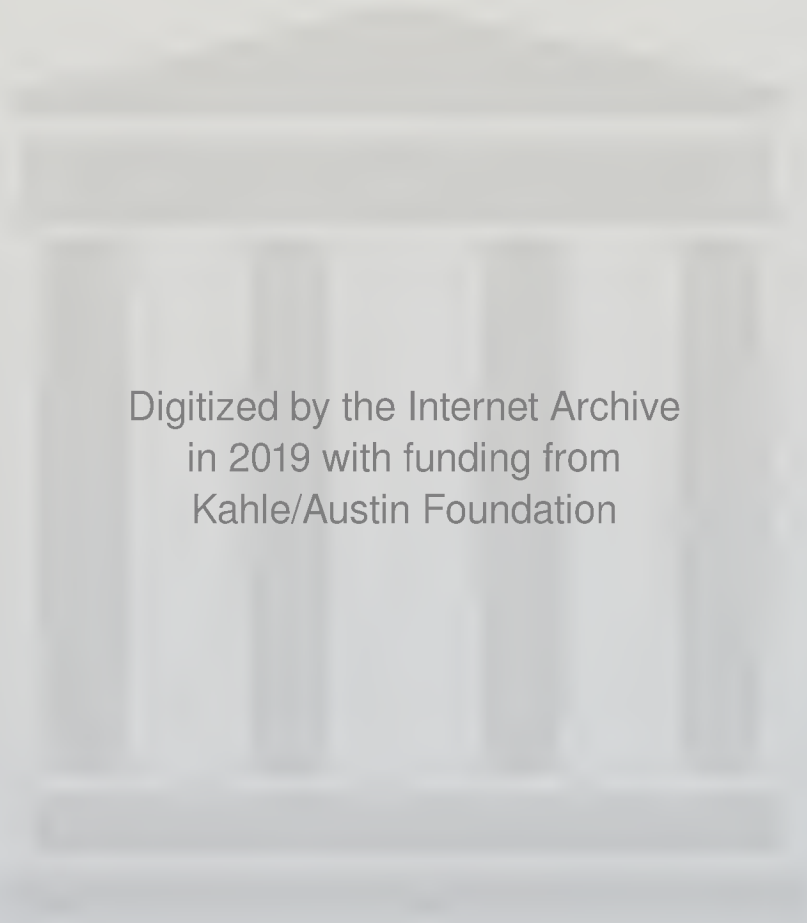
LECTURAS MEXICANAS



ND
259
.S62
534
1996

SIQUEIROS
LA PIEL
Y LA ENTRAÑA

Julio Scherer García



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

SIQUEIROS
LA PIEL Y LA ENTRAÑA

LECTURAS MEXICANAS
C u a r t a • S e r i e

SIQUEIROS
LA PIEL Y LA ENTRAÑA

Julio Scherer García

Thomas J. Bata Library
TRENT UNIVERSITY
PETERBOROUGH, ONTARIO



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

ND 257 . 562 534 1996

Primera edición: 1965, Ediciones Era, S.A.

Segunda edición: 1974, Promotora de Ediciones y Publicaciones, S.A.

Primera edición en Lecturas Mexicanas, revisada por el autor: 1996

Producción: CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA
Y LAS ARTES
Dirección General de Publicaciones

D.R. © 1996, para la presente edición
Dirección General de Publicaciones
Calz. México Coyoacán 371
Xoco, CP 03330
México, D.F.

© Julio Scherer García

ISBN 968-29-8876-4

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

A manera de prólogo	9
El abrazo de año nuevo	13
Laughton, Chaplin, Marlene	15
Maldita sea la muerte	17
Santo, pero francés	20
Tripitingas	21
Tres pesos por un retrato	22
Rebelión en el comedor	24
Prestado por una noche	26
El drama de un gordo bueno	29
Altas y bravas, las de Chihuahua	31
Hablar de linchamiento es mala educación	32
Primer encuentro con Sodoma	34
El padre vuelto amigo	36
Píntela, que tenemos que enterrarla	38
Sólo puede suceder en México	40
México, descubierto en París	49
La gloria de una madre	51
Podría tener lo que quisiera	53
A la cabeza de los invertidos	55
La saga de Macario Huízar	56
Los rojos y los polveados	59
Bach es bueno para los ojos	61
El cómplice fraterno	63
Capricho a la Gershwin	67
Escándalo en la casa Tornell	70
Ante la muerte, serenos y procaces	73
Angélica, ¿por qué no llegas?	76
Institucionalización de la marihuana	80
Adiós y chinga a tu madre	84
El tesoro de Luis I. Rodríguez	85
Justicia mexicana en el Toboso	86
Pero, ¿de qué color es el alma?	90

Como un barco sin destino	92
Después de México, solamente Italia	94
Cuando la cárcel es dicha	96
Un Cristo para María Asúnsolo	98
La soledad y Filomeno Mata	100
Las hierbas de María Álvaro.	102
Un sabor que no alimenta	104
El delator se equivocó de frente	106
Angelina Beloff, abandonada en París	108
La pedagogía del terror.	111
Nueva York y las manos de Orozco	113
El ingeniero Araujo cae, cae...	119
Guadalupe Marín o el esplendor.	121
El arte, acto de entrega	124
¿Quién es Cuesta Gallardo?	127
En México no hay invertidos	129
Un sueño más grave que el encierro.	132
Violenta y negra mariposa	134
La acción, meta suprema	136

A MANERA DE PRÓLOGO

Éste es un libro que David Alfaro Siqueiros hubiera querido que no se escribiera. Parte de un propósito: saber del personaje como hombre, afán que el pintor desestima. Siqueiros dice de él mismo que se reconoce en el espejo de la política y que su tarea de creación es un destello de la fiebre que lo domina.

En la cárcel de Lecumberri, el Palacio Negro, casa promiscua de la crujía A a la J, la de los jotos, terminal obligada de las víctimas del director y sus secuaces, laboratorio del horror, me decía Siqueiros que interrogarse sobre su vida sin entrarle a la política era como “mirar las florecitas de un árbol” y allí detenerse.

—Raje la corteza del árbol y vea la savia espesa que escurre —argüía con los puños apretados.

Sorprendido a veces por sus ojos verdes cruzados por estrías sanguinolentas que anunciaban un insomnio intenso, yo le decía que el poder no facilita el descenso a la intimidad, que el político se inicia fiel a sus compromisos y con ellos termina encubierto.

Hay profundidades que no valora. Es la misma vida, que hace y deshace, que deforma y forma, que salva y pierde, que hiere y cura. La sombra que nace con el niño que llega a la tierra y el misterio que pesa sobre todos, no es su sueño ni su pesadilla.

En la diversidad humana a mi alcance, me atrajo la personalidad de Siqueiros. Sus días no tienen desperdicio y no hay luz o palabra ajena a su atención. La violencia atada a la ternura, la generosidad y la soberbia que riñen y se acompañan, la simpatía que despierta entre las criaturas y las negras historias que lo acechan, son vislumbres de un ego que se multiplica y trasciende. Siqueiros es como los abultados y estallantes músculos de sus óleos.

Toma su vida como lo que es, una sola, sin artes para dividirla ni posponerla. Arrebatado por su ímpetu, se pierde en el horizonte y toma del cielo el arco iris completo.

“No hay más ruta que la nuestra”, es su frase biográfica. No

acepta censuras y si las ve llegar, se revuelve, pelea. Confunde el argumento con el dogma y cuenta con razones para explicar sus emociones recónditas. Camina al paso del tiempo que avanza por sí mismo y al cerrar el día se mira en su propio mural. Presume de su fortaleza, sólido como la cantera de los muros que lo cercan. Añora la libertad, el inimitable canto de su estrépito, pero en el cautiverio concentra fuerzas para las batallas que le esperan. Luchador que no se quiebra, trabaja su pedestal.

Una mañana lo observé callado en su silla de hierro oxidado, recto y corto el respaldo. Parecía abandonado, gacha la cabeza, rota la conexión con el polígono, cobertizo al que desembocan las calles del pueblo inmenso.

No debía sorprenderme. El patio de la cárcel es gris, grises las verjas que separan las crujías, grises los uniformes un día azules, grises las escudillas hondas en las que los capataces vacían el rancho, grises las conversaciones circulares, grises las miradas huidizas, gris la esperanza.

—¿Abatido yo? —protestó al leer días después el relato que le mostraba. ¿Abatido él, José David Alfaro Siqueiros?

—Yo no me abato nunca —juró.

—¿Nunca?

—Y menos en la cárcel. Soy un preso político y para el preso político la cárcel es un campo de batalla.

Otra mañana, al leer una página seca que lo describía, vehementemente, gesticulador, orador sin tribuna, líder desolado, reclamó colérico:

—Usted me describe, pero no expone lo que digo. Yo no soy un loco que grita “¡aaah, oooh, uuuh!” Yo no soy una corneta entre violines, como usted me acaba de decir. Si hablo, si grito, si vocifero es por una razón. Diga que protesto por el encarcelamiento de los ferrocarrileros que durante cuatro años y medio, contra todo precepto constitucional, esperan sentencia; diga que clamo contra el delito de disolución social. Eso es lo honrado. Diga la verdad. Dígala completa.

Siqueiros es como es, grandilocuente, espectacular, pero la vida también es como es, corrosiva, cada día un día menos. Su condición y el apremio del tiempo lo reducían al cuadro de caballete, inacce-

sible a los murales que llevaba adentro, profundos como el cielo. En sus ejercicios plásticos, cautivo su delirio, dominó el espacio, la tercera dimensión. Asfixiado, pidió clemencia al poder y el presidente Adolfo López Mateos lo devolvió a la libertad. La historia condensa el episodio: impetró y fue indultado.

La primera noche fuera de la cárcel, brillaba su casa y había flores hasta en el suelo. Otra vez la familia reunida, los amigos, los admiradores, los periodistas y fotógrafos que se aproximaban y alejaban, la fiesta. Con su vaso de huisqui en la mano, después de casi cuatro años de obligada abstinencia, sonreía y bromeaba. “Sí, aquí Siqueiros”, gritaba desde el teléfono. Uno tras otro llegaban los telegramas, leídos en voz alta. Algunos provocaban aplausos cerrados.

Rosas enormes adornaban la pared central de la sala, un regalo para Angélica el día de su santo. “Rosas que no se marchitarán jamás”, escribió amoroso en el envés de la tela. Y al frente, para todos: “Angélica, por nuestra batalla.” También cobró vida en la cárcel un Cristo ocre y púrpura. El artista lo presintió con los labios entreabiertos por el sufrimiento y la blanca llama del perdón en su mirada triste. En el comedor vi a Siqueiros con la gorra cuartelera de paño corriente que lo coronaba en la cárcel.

En la obra se exhibía con arrugas encajadas en la frente, la nariz torcida, alertas y evasivos los ojos de presidiario.

Entre el gentío iba y venía un niño de unos nueve años, de oscura mirada. Su ensortijado cabello rubio contrastaba con los ojos y la piel de bronce acentuaba su aire desenvuelto. David se llama, como Siqueiros, su abuelo.

—¿Dormimos juntos? —le preguntó en la primera coyuntura propicia. Se portaría bien, sin alborotos en la cama.

Se interesó también por un radio grande. “¿Dónde está?”, interrogó a su abuelo con vago aire de mando.

La respuesta le llegó ronca y lenta. Siqueiros jugaba:

—Está en mi celda del Palacio Negro de Lecumberri —y miró al niño con mirada feroz.

—¿El grande?

—Iré por él en estos días, mañana, pasado.

La cara del niño se contrajo:

—No vayas, David, te van a agarrar.

Envejecido, Siqueiros le acarició el cabello alborotado.

Por último, algo acerca de este libro:

Es una semblanza, el apunte de un carácter; no pretende el rescate de acontecimientos ni obedece a un orden. El libro está formado por recuerdos, emociones, tragedias, fantasías, todo revuelto. Su contenido es como la tierra, el agua, las flores, las hojas que el viento arrastra.

En la cárcel obtuve de Siqueiros el material para este trabajo. Antes ya me había interesado por el fulgor de su vida, pero el artista era inasible. Cuando no pintaba en su estudio o en la Sala de la Revolución del Castillo de Chapultepec, asistía a una junta importante y era imposible interrumpirlo. No fueron pocas las veces que Angélica me dijo: “Llegamos ayer a las cinco de la madrugada.”

En la prisión, lejos de los murales, sin mítines ni reuniones, “encerrado en una caja de zapatos”, hubo tiempo.

Para la reedición de este libro sólo llevé claridad al prólogo y limpieza al estilo.

EL ABRAZO DE AÑO NUEVO

Reanima el pintor los sucesos del año nuevo, el tiempo amargo de esa noche, el sueño al lado de Birucha, como llama a Angélica, su esposa. Con ella habría tenido que celebrar la fecha tradicional, lejos de la cárcel que apaga la vida.

Los reclusos cenaron a gusto. Sólo el alcohol y la mariguana les fueron prohibidos. La dirección del penal mantuvo la luz horas después de las diez y pudieron conversar y ver televisión en el cuarto gris del capitán Lepe, el Suegro de la Crujía, como apodan al viejo barrigón de mejillas coloradas, ojos pequeños y una hija hermosa que nadie toca y todos acarician.

Siqueiros pintó durante horas una gran mancha amarilla, un sol de libertad que no llevó calor a su alma. Sobre la tela, trabajando duro, apenas sintió un consuelo fugaz. La noche sería distinta. No llegarían hasta él, lúgubres, las doce campanadas que anuncian el júbilo del año nuevo.

Miró a Juan Zaragoza, el Aristócrata, y repasó la tragedia de ese hombre senil. En mala hora se entregó a una mujer joven y una madrugada, tibia aún la cama que era su vida, ella le dijo con voz arrastrada, lenta cada una de las sílabas de su insolente y venenoso vocablo:

—I-nú-til.

Y luego:

—No me sirves, viejo cochino.

Siguieron frases aún más viles. La mujer le dijo que había estado con él por dinero. Extremó las ofensas y le exigió que se asomara a la calle. En la acera se paseaba un hombre.

—Con él voy a terminar.

El Aristócrata la contempló suplicante. Sabía lo que le esperaba, pero que no se lo dijera.

—Me voy y no por dinero.

Zaragoza se arrodilló. Pero la mujer galleaba. De sus labios brotaron nuevas injurias. Zaragoza le besó los pies, recorrió sus piernas, los muslos, pero nada la detenía. Entonces la mató de un tiro.

En la espera de la noche, Siqueiros y Zaragoza caminan por el patio de la crujía, *la calle*. Se pasean por el Bosque de Chapultepec y chulean a las mujeres. Luego la emprenden al Zócalo y en el trayecto hablan de política. Insultan a los gobernadores, a los diputados, a los senadores, al presidente de la República. Hacen befa de Alfonso Guzmán Neyra, Gusaneyra, presidente de la Suprema Corte de Justicia. Ese hombre flaco, de bisoñé planchado y reluciente, rígido como un muerto, los hace reír.

Vuelven a las muchachas, a los automóviles que circulan por *la calle*. “¡Cuidado, un coche!/¡Qué bruto!/¿Viste los cueros?”

Dominan el tedio y no está de más dar una lección a los celadores, verdugos antes que guardianes. Su buen humor vence a los carceleros. “Imbéciles, no lograrán quebrarnos”, los desprecian.

—Juan, atiéndeme —le dijo Siqueiros a Zaragoza ya con una idea trabajada en la cabeza—. A las doce de la noche me abrazas y piensas en la persona que más quieres. Imagínate con ella. Déjate en sus brazos, cerrados los ojos para que no me veas a mí, para que sólo la veas a ella. Y yo hago lo mismo.

Zaragoza observó detenidamente a su amigo. ¿Soñar así? ¿Abrazarse, cerrar los ojos?

—No todos los días es fin de año —le recordó Siqueiros.

—Birucha, mi Birucha, Biruchita —escuchó Zaragoza a medianoche. Viajaba la voz del artista. Zaragoza se nubló por dentro y sus labios empezaron a responder al pasado. Emergían emociones sepultadas.

—Muertita, perdóname, mi muertita linda. No vayas con él. ¿Me oyes? Estás cansada, pobrecita.

Y una mano, mano temblorosa, acarició la nuca del pintor.

LAUGHTON, CHAPLIN, MARLENE

La voz de Dudley Murphy, famoso director cinematográfico de origen irlandés, se escuchaba imperativa en el teléfono. Le tenía sin cuidado que fueran las tres de la madrugada y que Siqueiros estuviera rendido de fatiga. Lo demandaba a su lado con Charles Laughton, Charles Chaplin, Marlene Dietrich y otras celebridades reunidas en su casa de Santa Mónica. Aclaró que no lo quería para la francachela, sino para un asunto de mayor interés: le había mostrado algunos de sus cuadros a Laughton y el notable actor inglés hablaba de comprar dos enseguida.

Al llegar a la casa de Murphy, amistoso agente comercial de Siqueiros en los Estados Unidos, sus anfitriones lo aguardaban con impaciencia. Siqueiros miró a Laughton antes que a ningún otro. Le sorprendieron sus labios violentamente sensuales, aptos para nutrirse y vivir por sí mismos. También se detuvo en sus ojos, de los que se desprendía una luz envuelta en niebla.

Charles Laughton era alto y gordo, poderoso, dueño de una seguridad que avasallaba. Pero nada le impresionó tanto a Siqueiros como verlo avanzar hacia él con dos cuadros, uno en cada mano, y una voz dominante que interrogaba:

—*How much, sir? How much? How much do you want?*

Siqueiros vivía agobiado por problemas económicos y aún tenía dificultades para vender su obra. De momento no supo qué responder. “Si cobro mucho —se dijo— a lo mejor me dice que no, pero si cobro poco y él pensaba darme mucho más, viviré, sin saberlo, una desgracia.”

Murphy, atrás de Laughton, le hacía señas con los brazos y el cuerpo sostenido en la punta de los pies: súbele, súbele. Siqueiros cerró los ojos y aventuró.

—*One thousand dollars each.*

—No, no —atacó Laughton. Su negativa dejó frío al pintor.

—*Two thousand dollars each* —gritó jubilosamente colérico y

para que no hubiera duda sacó la chequera del saco y firmó con las rodillas en la alfombra y el cuerpo inclinado sobre una mesa baja en la que se amontonaban copas y botellas.

Distante en apariencia, bebedor de jaiboles, Siqueiros lamentó que Chaplin permaneciera callado. Apenas llevaba la copa a los labios y sólo de vez en cuando hablaba de México. Expresó su admiración por Diego Rivera, a quien había conocido en París el año de 1919. Marlene, desde su cielo, se dejaba mirar.

Bajo la primera luz del día, agotados todos, Murphy quiso redondear el negocio y le preguntó a Chaplin por qué no adquiriría algún cuadro. Siqueiros temió una escena embarazosa, que el gran actor, sintiéndose atrapado, condescendiera y comprara alguna obra para escapar del lazo tendido. Pero no ocurrió lo uno ni lo otro. Chaplin sonrió amoroso, señaló a Laughton y le dijo a Murphy:

Este hombre es extraordinario en todo. Lo es en el cine, lo es como amigo y, naturalmente, es extraordinario en su juicio pictórico. A mí me ha sorprendido esta noche una vez más. Tuvo el acierto de elegir dos cuadros, exactamente los que a mí más me gustaban y que, de no haberse anticipado, sin duda me los habría llevado a casa en este mismo momento. Ah, este Laughton siempre le lleva a uno la delantera.

MALDITA SEA LA MUERTE

Eusebia era la abuela paterna y en cierto modo el contrapunto de Siete Filos. Si éste sostenía que a los nietos había que educarlos con el puño cerrado, ella afirmaba que era preferible hacerlo con la palma de la mano.

Todos los días daba su bendición a los niños. Cuando la emprendían al colegio los acariciaba y no había para ella mayor placer que dejar que “sus dedos caminaran por entre sus cabelleras rebeldes como por bosques tupidos y misteriosos”.

Una mañana, al despedirse David de doña Eusebia, ella inclinó la cabeza y se quedó inmóvil. Sobre la blanca almohada sus ojos oscuros parecieron agrandarse, perdidos ya en la inmovilidad de su propia ausencia.

Sin sospechar aún, el niño le habló con voz dulce: “Doña Eusebia, doña Eusebita.” Pero como le respondiera el silencio, empezó a gritarle: “Mamá grande, contésteme por favor.” Angustiado, la tomó por los hombros, la incorporó sobre el lecho y la sacudió sin importarle que su cabeza rebotara como un muñeco sin resortes. Desesperado, la jaló de los cabellos para sacarla de la cama y arrastrarla lejos. Fue el momento en que un tropel de sirvientes invadió la recámara.

Por la fuerza me apartaron los mozos y me trasladaron a la casa de los Covarrubias, parientes muy ricos y con hijos de nuestra edad, entre ellos la encantadora Andrea, que ya por esos días era mi novia de seis años. A mi hermano Jesús y a mi hermana Lucha no se los llevaron, pero a mí me tuvieron encarcelado en aquella mansión. Trataban a toda costa de convencerme de que mi abuelita no había muerto y que aun si hubiese muerto era una santa que se encontraba en el cielo, muy cerca de Dios y de la Virgen. Yo podría platicarle y cuando me portara bien ella me contestaría y hasta podría verla.

Pero yo no les creí, decidido a despertarla. Sabía que sólo estaba dormida y que aquella gente no entendía lo que pasaba. Por eso esperé el sueño de todos y cuando lo creí oportuno salté las bardas del jardín y llegué como exhalación hasta la puerta abierta de la pieza de mi abuelita.

Un centenar de mujeres, sobre todo viejas, rezaba a gritos una oración extraña que, entre otras cosas, decía: “Perdona, oh Dios mío, perdona impaciencia, perdona impiedad.” Una de las más viejas parecía conducir las a todas, porque a ratos se les adelantaba con un llanto lóbrego que destrozaba los oídos. En un momento tuve miedo de entrar a la recámara, pero hice un esfuerzo y me aventuré corriendo.

La pieza no era la misma. Ya no estaba la cama y en el centro había una caja de muerto. Adentro estaba mi abuela. Me agarré del ataúd y en la agitación que me dominaba estuve a punto de volcarlo. Manos de viejas forcejeaban para apartarme del cajón cuando voló el rumor de que mi abuelo Siete Filos llegaba y venía borracho. Cundió el pánico y las viejas trataron de escapar, precedidas unas de otras. Pero mi abuelo no les dio tiempo, pues penetró a la recámara como un huracán. Lo vio todo —o no vio nada—, pero empezó a vociferar y a ordenar que toda esa punta de persignadas e hipócritas abandonaran la casa. “Brujas de mal agüero”, les escupía. El corredero de gente era impresionante. Mi abuelo estaba desatado. Yo no entendí muchas de las cosas que decía, pero sí que insultaba a Dios y a la Virgen con palabras que solía escuchar de los carretoneros y los arrieros.

Revolviéndolo todo mi abuelo buscaba sus armas, que los mozos apenas habían tenido tiempo de ocultar. Como no dio con ellas empezó a golpearse la cabeza, igual con los puños que contra las paredes. Hizo pedazos las imágenes religiosas de la casa. Y cuando ya no había qué destrozar, salió a la calle y se plantó en medio de la plaza para seguir insultando a Dios y a la Virgen, porque se habían llevado a aquella mujer tan buena y en cambio dejaban a las pirujas de la ciudad. Luego retó al jefe político y le dijo que si todavía le quedaba algo de hombre que viniera a medirse con él, porque aquélla era una oportunidad para que cumpliera su amenaza, ¿pues qué acaso no había dicho que lo pondría en orden si volvía a escandalizar?

Ya para salir el sol, mi abuelo, que no había dejado de beber, acabó tumbado en uno de los salones de nuestra casa y yo, que lo había llevado de la mano para que descansara un poquito, renací entre sus brazos.

SANTO, PERO FRANCÉS

Después de enterrada Eusebia, mucho y amargamente la lloraron sus deudos. Pero al cabo de los nueve días de luto, la vida volvió a su cauce y los tres hermanos regresaron al lado de don Cipriano. Otra vez la mirada de un hombre al que tenían por bueno, rígido y aburrido. De nueva cuenta las oraciones por la mañana y por la noche como primera y última obligación de cada jornada. Una vez más la advertencia ritual: "...y pobres de ustedes si se sientan a la mesa y empiezan a comer antes de haber rezado sus oraciones de acción de gracias".

En casa de su padre, David soñaba con Siete Filos. Lo veía montado en su caballo, el Chocolate, libre y poderoso. Quería estar a su lado, suelto como él. Con las sábanas y los cobertores hasta el cuello, repasaba las noches sin luna en las que el abuelo, después de contarle historias aterradoras, lo aventaba al campo en busca de agua del pozo, pero no sin advertirle: "Para que te hagas hombre, muchacho."

Cuán distinta era la vida con don Cipriano. Enviado por doña Eusebia a la ciudad de México desde pequeño, tuvo oportunidad de emprender una carrera. Inteligente y estudioso, cobró fama como uno de los más notables penalistas del porfirismo. Y en su calidad de embajador extraordinario desempeñó misiones delicadas. Viajó con frecuencia y fue huésped de las más importantes capitales de Europa. París lo deslumbraba.

David recuerda un hábito hogareño que, a la distancia y en perspectiva, dice quién era don Cipriano:

Admiraba con tal ilusión a Francia y era tan firme su fe en la religión católica, que decidió unir sus dos amores en uno. Todos los días nos obligaba a Chucho, a Luz y a mí, por turno, a que leyéramos en francés la historia de un santo nacido en Francia.

Bien lo sabíamos nosotros: santo francés o nada.

TRIPITINGAS

Siqueiros se entregó a la vida con la primera luz de su conciencia. Rebasados los sesenta y siete años, preso, a veces enfermo, de ánimo oscilante, evoca su juventud. Si hubo muchachos revoltosos, él fue uno de ellos; si los hubo exitosos en clase, de ninguno fue sombra; si de propinar golpes se trataba, su puño se hizo sentir.

Una vez se comparó con Tripitingas y desde entonces supo que el mundo es disparejo.

Era Tripitingas un ser para la desventura. Su padre, charro guanajuatense, de charro nada tenía y ni un buen consejo le heredó. El día que Tripitingas se aproximó a la hermana de Andrea Covarrubias, Esperanza, porque todos la cercábamos, le encajó el mote para burlarse de él y alejarlo para siempre de sus enormes ojos verdes.

La desdicha lo perseguía.

Si una epidemia causaba estragos, el primero en caer era Tripitingas y a nadie extrañaba oír: está en cama y lo más probable es que muera en unos días. Si ya sano alguno de nosotros lanzaba una piedra al aire y otro le decía que mirara las estrellas, la piedra caía vertical sobre su cabeza y lo descalabraba. Si saltábamos una barda, Tripitingas se quedaba atorado en el boquete que nos había servido de escalón.

Transcurrieron los años. El pasado se disolvió en el tiempo que pasa sin sentirse.

Un día tropecé con él en la ciudad de México. Caminaba sin prisa por la calle de Madero y era el suyo un aire contrito. ¡Tripitingas!, le grité. Me vio, entreabierta la boca en un pobre rictus de bienvenida. Estaba pálido y su barba temblaba. En espera de su abrazo, escuché apenas:

—Me abandonó mi mujer. Se fue con un tranviario.

TRES PESOS POR UN RETRATO

El cuadro de la campesina, uno de los dos que compró Laughton, nació en circunstancias que remueven la intimidad de Siqueiros. Cuenta el artista:

Un día llamó a la puerta de mi estudio, en Taxco, una mujer como de setenta años. Apenas me vio, me dijo:

—Sé que usted retrata a las personas, señor, y yo quiero tener un retrato en pintura, que es lo que me dicen que usted hace.

Le pregunté si lo quería para regalarlo y me respondió que no, que lo quería para que sus hijos la vieran cada vez que fueran a visitarla, estuviera o no en su casa. Yo quise agradarla, seguirle la corriente y no le dije que me había atraído poderosamente como una posible modelo. Reservado, le pregunté:

—Muy bien, señora, ¿y cuánto me puede pagar?

—Yo pago lo que sea.

¿Cómo ponerla al tanto del precio que habitualmente cobraba por un retrato? Exploré una manera prudente para responderle y la interrogué al revés:

—Creo que aquí hay un fotógrafo y pintor llamado Montenegro. ¿Cuánto cobra ese señor por los retratos?

—A una hermana mía le cobró tres pesos por un retrato iluminado.

—Yo le hago el retrato iluminado por los tres pesos, pero a condición de que pueda copiarlo dos veces.

Meditó:

—Yo le compro los dos.

Desconcertado, le ofrecí una solución:

—En ese caso le pintaré tres.

—El tercero se lo podría mandar a mi compadre Encarnación que vive en Taxco el Alto.

Evité una nueva respuesta, pero ella levantó los ojos malicio-

samente, como preguntándose: ¿si le estaré yo tan vieja gustando a este señor?

La tenía de frente, inmóvil y silenciosa en una silla. Un día sentí que estuvo a punto de abrirse a la confianza y hasta decirme: el señor Montenegro lo hace más aprisa. Pero apenas esbozó una queja por el largo tiempo que pasaba fuera de su casa.

El hecho es que se presentaba puntualmente en mi estudio y ocupaba su lugar sin mostrar curiosidad alguna por mi trabajo. Yo la observaba, empeñado por inmovilizar en el lienzo los rasgos de su carácter. La sentía ensimismada en el misterio profundo de sus pensamientos.

Terminé el retrato. Se ve lejana y próxima, mujer hierática vestida con una falda verde oscura y una blusa rosa.

Cuando le dije que ya podía llevarse su compra, pero que le pedía permiso para quedarme con una igual, sacó de su paliacate los tres pesos convenidos y me pagó.

La última vez que estuve en Taxco vi la pintura en el mismo lugar que le había destinado desde el primer día. Por cierto, le puso un marco de ésos de fotografía iluminada.

REBELIÓN EN EL COMEDOR

Ya tarde llegó David a su casa y a toda carrera entró al comedor. Le sorprendieron las luces encendidas, la vajilla elegante, los pesados cubiertos de plata, más lugares que de costumbre y allá, al fondo, una silla que sin duda le estaba reservada. Lanzó despreocupadamente su cachucha por encima de los invitados y con tan buena puntería que fue a caer sobre el asiento vacío. El desplante provocó la risa mal disimulada de sus hermanos y una mirada severa de don Cipriano.

Recuerda que por aquel entonces (1919) los vientos de la reforma agraria habían empezado a soplar con fuerza y en su casa se tocaba el tema con preocupación. Don Manuel Amor Escandón, don Alejandro Sosa Escandón, don Joaquín Alejandro Escandón, don Antonio Camarena, don Jesús Covarrubias y otros hacendados de Morelos y Guanajuato se habían presentado en busca de la asesoría de su padre.

Aún no se acomodaba en su silla cuando ya el señor Covarrubias le decía a manera de saludo: “¿Así que tú eres de los que dicen que lo tuyo es mío y lo mío es mío?” David quiso pasar por alto la agresión y se limitó a un sonido ininteligible que escapó como un gruñido. Nervioso y más que eso, incómodo, dirigió los ojos a la cabecera ocupada por su padre, pero lo único que recibió de él fue una segunda y muda reprobación por su conducta.

Siguieron bromas, insinuaciones, preguntas, respuestas mal intencionadas que ellos mismos —los amigos de su padre— daban en nombre de David y, por fin, los primeros sarcasmos. Resistió hasta que, levantando la cara y dando a su chillona voz de adolescente un tono de energía y determinación, dijo: “Yo lo único que sé es que todos los hacendados son una bola de ladrones.”

No hubo una tercera mirada de su padre. Perdida su habitual serenidad, le arrojó un vaso, al tiempo que ordenaba con un grito: “¡Sal de aquí, majadero!”

Lentamente se incorporó de la mesa. No olvidará que empezó a caminar muy despacio, en deliberada actitud de reto. Contempló a los aristócratas con insolencia, uno por uno. Luego se detuvo frente a su padre. No cree haberlo mirado con odio, pero una mancha turbia se formó en la hondura de sus ojos verdes.

Abandonó el comedor y en la primera pieza de la casa empezó a hacer pedazos todo lo que encontraba a la distancia de sus manos y de sus pies. Cerró la puerta con llave y se dedicó al destrozo. El ruido era infernal. Su padre y algunos de sus amigos trataron de forzar la puerta, pero David pasaba ya a la segunda recámara. Prosiguió, implacable. En la sala se colgó de las cortinas y pateó las rinconeras, de las que cayeron objetos de cristal y adornos de porcelana. Trastornado por la ira recorrió la casa hasta llegar a la puerta de salida. Abrió el zaguán, se precipitó a la calle y desde la acera apedreó las ventanas. Todavía vio cómo su padre y sus amigos lo observaban con incrédulo pavor.

Ese día me fui de mi casa. El Chamaco José María Fernández Urbina me dio refugio. Éramos amigos y compañeros en la misma escuela. Su madre me cuidó como a un segundo hijo.

Mi padre intentó hacerme volver. El conducto era Chucho. Me decía: “Regresa, David. Cada día está más enfermo.”

No cedí. Y una vez me compré un jipi, aquel carrete que tanto se usaba, y me fui a pasear enfrente de la casa de don Cipriano para que él y sus vecinos, las familias Sánchez Azcona y Mondragón, se dieran cuenta que yo, a los quince años, era un hombre capaz de sostenerme hasta con elegancia.

PRESTADO POR UNA NOCHE

Veo los ojos de Siqueiros dolorosamente inyectados. Bien observados, son en sí mismos una pintura impresionista.

Trabajó toda la noche con una lámpara de gas prohibida en el penal. La dirección cortó la luz en el minuto exacto, pero continuó los trazos de *Visita dominical a la penitenciaría*. No se detuvo, porque vio dentro de sí esa claridad que algunos llaman inspiración. ¿Cómo explicarla? Para el artista es sólo eso: una claridad de tal manera intensa que adelanta el conocimiento de la obra en proceso. Es la revelación en el esfuerzo entregado. Es el más bello y fértil periodo de la tarea.

Se frota los ojos y luego los protege con unas gafas. A su armazón le falta una “pata” y los cristales muestran la mancha amarilla del tiempo. Siqueiros parece humilde en su uniforme de presidiario y la gorrita de un azul desteñido sobre las piernas. Sin embargo, pronto se impondrá como el hombre que no se doblega y ríe a la vida.

Conversamos.

A las diez de la noche los reclusos suspenden su lectura o ponen fin a los juegos de naipes que los abstraen. La oscuridad impera de un instante a otro y poco a poco la acompaña un silencio morboso.

En la Inspección General de Policía, allá por los treinta, padeció el encierro en un calabozo helado. Si gritaba por una cobija, los carceleros gritaban más fuerte y lo insultaban. “Si quiere café —se mofaban luego— ponga las manos.” Su suéter, sobre el que vaciaban la comida inmundada, era un harapo con manchas y costras de sangre. Sin luz, no llegaba el tiempo a su mazmorra.

Acostado sobre un camastro de metal, una llamarada lo sobresaltó. Tenía sobre los ojos, como una plancha, el fuego de una lámpara. Escuchó una voz impersonal:

—Haga el favor de levantarse y salir inmediatamente.

A dos metros, un oficial del ejército aguardaba al frente de un

piquete de soldados. ¿Y los policías? Tuvo miedo. Lo sintió en el estómago, una masa sin músculos. Reprimió un impulso: alertar a todos los detenidos hasta desgañarse: ¡Compañeros, en estos momentos me sacan de aquí un oficial y unos soldados! Pero tan fuerte como su miedo fue la vergüenza de vocearlo.

Dejamos atrás el edificio de la Inspección de Policía y nos encaminamos por Madero. Yo iba cercado, atrapado también por negros presentimientos. ¿Qué pesaba sobre mí, de qué se me acusaba? Las preguntas iban y regresaban. A ratos me consolaba: a lo mejor me trasladan a la penitenciaría de noche para que nadie se entere.

Pero al llegar a la esquina de San Juan de Letrán dimos vuelta a la derecha, en rumbo opuesto a la cárcel de la ciudad. Tuve ganas de sonarme las narices y sentí un cosquilleo en los ojos. El pánico me apretaba.

Aún caminamos unos minutos y sin aviso, abruptamente, el oficial detuvo la marcha. Retumbó la orden. ¡Firmes! Observé un cabaretucho que, si mal no recuerdo, se llamaba Viva Jalisco. Pero el miedo no se iba. ¿Será aquí?

El capitán me abrió el antro:

—Señor Siqueiros, haga usted el favor de subir.

Trepé por una escalera sucia y conforme ascendía escuchaba risotadas y gritos que se desprendían de un estruendo sin duda tumultuario. Al final alguien me franqueó el paso a un salón enorme. Casi instantáneamente quedé bañado por chorros de tequila, de ron, de cerveza, de coñac.

Me habían llevado a un torbellino de uniformes y faldas multicolores, de cuerpos a medio vestir y cuerpos sin vestir. En la confusión me azoró el abrazo del general Jesús Ferreira, mi antiguo compañero de la División de Occidente, un amigo valiente y leal. En su calidad de jefe militar en Jalisco me había ocultado en su casa después de recibir una orden cablegráfica del general Plutarco Elías Calles, que textualmente decía: “Arregle asunto Siqueiros en forma radical”, a lo que sólo había comentado: “Tú descifras lo que quiere decir esto ¿no?”

Esa noche fui el invitado de honor. Para mí fue lo mejor de la orgía, sin que inportara mi lamentable presencia física. Como a

las nueve y media de la mañana, colgado de los hombros de algunos sobrevivientes, volví a mi celda.

¿Qué había pasado? ¿Por qué el encierro, por qué la fiesta tumultuosa, por qué de nuevo la mazmorra? En cuanto a la prisión me enteré que el gobierno investigaba a los comunistas en relación con un atentado contra el presidente Pascual Ortiz Rubio. Un individuo, tenido por comunista, le había disparado al rostro en el momento que entraba a Palacio. Sin embargo, ¿por qué no me habían interrogado? Sobre esto no había explicación, como no fuera la historia de siempre en este país sin justicia, que premia y castiga a ciegas.

¿Y la bacanal?

Encontrándose el general Ferreira en el alboroto de mujeres y oficiales, el placer desatado, alguien le recordó:

—El pobre Siqueiros está encerrado en la Inspección de Policía.

Ante la aprobación unánime, telefoneó al coronel Talamantes, jefe de la Policía y antiguo capitán de la División de Occidente, y le dijo:

—Préstame a Siqueiros.

EL DRAMA DE UN GORDO BUENO

El abogado de Siqueiros era un hombre gordo y un hombre bueno. Pero además de gordo y bueno era pobre, de tal manera que no pudo afrontar la inesperada contingencia que se le presentó una madrugada: su esposa, tan joven como él, se había enfermado repentinamente. Impulsado por el sufrimiento de su mujer, que envuelta en las mantas de su cama apenas podía acallar un largo quejido, corrió en busca de un amigo, el más cercano.

Abordó un camión, descendió en una esquina conocida y caminó algo así como diez cuadras. Pero su amigo —toda su esperanza— tampoco tenía dinero, aunque sí una pistola automática calibre 45.

—Malbarátala, véndela en lo que puedas; a lo mejor te dan por ella 500 o 600 pesos —le dijo.

El abogado de la cruzía I, el hombre gordo de la historia, se metió el arma entre pantalón y barriga, lo que nunca antes había hecho, y con toda la rapidez que le fue posible recorrió en sentido inverso el trecho que ya había caminado, hasta llegar al cruce donde debía abordar un nuevo vehículo.

—Véngase a tomar una copa conmigo, gordito.

La voz lo asustó. Un ebrio lo invitaba a la cantina más próxima.

—Perdóneme, señor, pero tengo un asunto urgente.

El abogado se retiró unos pasos, decidido a cortar la naciente conversación. Pero el borracho siguió, lo tomó de un brazo y trató de encaminarlo a la taberna. Se cruzaron las primeras palabras ásperas y el abogado, tratando de deshacerse del impertinente, lo empujó sin imaginar que caería sobre el pavimento y se golpearía la cabeza contra el sardinel. El beodo se levantó como un energúmeno. Un cuchillo brilló bajo la luna de esa madrugada. El abogado, temeroso hasta el pánico, sacó la pistola y amenazó a su adversario. Poco diestro en el manejo de las armas se estremeció y el mundo dejó de existir.

A unos centímetros de sus zapatos, sobre el pavimento pardo, en una postura grotesca, animal, yacía el hombre.

No sabría sino hasta la mañana siguiente, en la Inspección de Policía, que su esposa, víctima de un ataque de peritonitis, había fallecido casi a la misma hora del homicidio.

Más tarde, cuando el abogado regresaba a la cárcel después de asistir a la reconstrucción de hechos que la ley exige, relataba a Siqueiros con lágrimas en los ojos:

“Allí estaba la mujer del muerto con sus tres hijos, uno en brazos. Daba gritos tremendos y les decía: ‘Fíjense bien en ese gordo para que cuando sean grandes le beban su sangre, porque ese hijo de la chingada mató a su padre a traición y de la manera más cobarde.’ ”

ALTAS Y BRAVAS, LAS DE CHIHUAHUA

Los ojos de Siqueiros están prendidos de una escena que se desarrolla a unos pasos del polígono. Una mujer alta y vigorosa se desenvuelve con la naturalidad de quien impera por la simple razón de ser quien es. Con su voz ronca y fuerte se dirige a uno de los celadores y habla y lo mira como si mandara en el penal entero.

“Igualita que mi tía Mercedes. ¿Ve cómo le manotea al carcelero? Así era ella. Discutidora, enérgica, dominante sobre todo.”

Luego refiere:

Las hermanas de mi mamá, las Siqueiros de Chihuahua, fueron mujeres verdaderamente extraordinarias. Hablando de la cárcel, ya que estamos aquí, en una ocasión vino a visitarme mi tía Mercedes, mujer de más de 1.80 de estatura y a quien le habían extirpado un seno por cáncer. Sucedió que al hacerle la celadora el registro obligatorio, mi tía, un poco molesta por el toqueteo, le dijo: “¿Qué busca?” A lo cual la celadora le contestó: “A ver si trae algo de más.” Entonces mi tía le dijo: “¿Cómo que algo de más? Dirá algo de menos, pendeja. ¿No ve que me acaban de cortar una chichi?”

HABLAR DE LINCHAMIENTO ES MALA EDUCACIÓN

En el polígono de la cárcel preventiva el pintor habla de él mismo. No es su charla la entrega de sus pensamientos, sino la recreación de su propia imagen. Dirige el discurso a su alma.

Podrían reunirse en la pobre sala de la penitenciaría quinientas personas sólo atentas a la voz del artista, que ni el tono de la palabra ni la actitud serían otras. Le gusta que se le oiga y mientras más personas lo escuchan, mejor. Le gusta el auditorio amplio, tumultuoso, el movimiento agitado que tan bien cuadra a su temperamento. Pero le atrae, sobre todo, que la marejada nazca y reviva en él. Se conduce como un hombre seguro, satisfecho de cuanto ha hecho en la vida.

No menciona errores ni desviaciones en su existencia de sesenta y siete años. Ésas son flaquezas de otros. Siqueiros navega con velas desplegadas en un mar que siempre hace propicio. A su alrededor, todo lo que se desprende de él, le place.

Una vez lo vi contemplándose en una revista que conmemoraba el asesinato de Francisco I. Madero. Aparece en la crónica ilustrada al pie del monumento al presidente en Lecumberri. Está con el porte rígido, los músculos tensos, el rostro al horizonte como si montara guardia en el centro del universo. No dejaba de hablar y mirarse. Mostró la fotografía a los celadores y a los reclusos que pasaban cerca. Cuando llegó Angélica, como quien entrega un regalo, puso la revista en sus manos:

—¿Ya viste, Angélica?

El monólogo fluye. Nadie lo disfruta como Siqueiros.

Cuenta la historia del retrato de la niña muerta. Observan el cuadro críticos y aficionados que van y vienen por una gran sala de exposición de Los Ángeles:

Mi obrita se volvió entonces tema de escándalo. Una señora de cuerpo desmesurado, típica representante del sur racista de los Estados Unidos, tanto por su físico como por su mentalidad, a grandes voces y con el gesto descompuesto me interrogó frente a un público numeroso:

—¿Son los mexicanos tan salvajes que hacen retratar a los cadáveres de los niños muertos y hay en México pintores tan sádicos que se atrevan a ejecutar encargos de esa naturaleza?

Yo, con una voz tan sonora como la de ella, le respondí:

—Es, en efecto, muy primitiva la costumbre de retratar a los niños muertos como si estuvieran vivos. En algunas zonas lejanas de la ciudad de México se practica esa costumbre que, por otra parte, fue también griega. Pero en todo caso ha de saber usted, señora, que es mucho más salvaje y brutal asesinar a los negros vivos.

Mis palabras provocaron el aplauso de la mitad de los asistentes y la precipitada fuga de la otra mitad.

Más tarde los periódicos se encargaron de insultarme. A grandes, medianos y pequeños titulares dijeron que yo no tenía por qué haber aludido a los linchamientos de los negros en los Estados Unidos, porque aquello era una afrenta a todo el país y que con la primera parte de mi respuesta habría sido más que suficiente.

PRIMER ENCUENTRO CON SODOMA

Siqueiros: “Mi padre, como todos los padres mexicanos, acostumbraba decirme: ‘Si insistes en llegar después de las diez de la noche, te vas a dormir en la calle porque esta casa no es hotel.’ ”

Muchas veces había tenido que correr para llegar a su casa antes de que pudiera cumplirse la amenaza paterna.

Pero una noche llegó pasadas las once. Tocó el timbre y después de algunos minutos de nerviosa espera, don Cipriano se asomó por una de las ventanas. Su rostro malhumorado hizo inútiles las palabras:

—Vete a dormir a donde quieras o quédate toda la noche en la calle, pero aquí no entras.

Contestó Siqueiros con un “¡y a mí que me importa!” y se fue caminando rumbo al Paseo de la Reforma. Al llegar a la glorieta de Cuauhtémoc se sentó en una de sus bancas de cantera. Descansaba metido en sus pensamientos cuando llegó un señor elegante, de bigotito enroscado:

—¿Qué te pasa, amigo?

—Nada, que mi papá no me dejó entrar a la casa porque llegué después de las diez de la noche.

—No hagas caso. ¿Ves aquella casa que está enfrente? Ven, vamos. Ahí tomaremos chocolate. O café con leche si lo prefieres.

Minutos después recorría una pequeña sala amueblada con elegancia, pero no sin advertir, extrañado y temeroso, que su anfitrión cerraba la puerta con llave.

—Voy a calentar el chocolate —le dijo.

Mientras regresaba, observó el decorado de la estancia. Buscaba cuadros con rostros amables y paisajes tranquilos cuando unas manos enormes le jalaban los cabellos, le doblaron la cabeza hacia atrás y unos labios mojados le plantaron un beso en la boca.

Tuve pánico. Pero sobre todo repugnancia. Sentía un animal viscoso en mis labios y luego en la boca, de la que no podía escupirlo ni tragarlo.

Grité con todas mis fuerzas. Me desasí del hombre de bigotes enroscados y enloquecido le exigí que me abriera la puerta. Lo golpeaba con desesperación. El sujeto, horrorizado, temblando, me abrió la puerta. Recuerdo que tomándome de la mano puso en ella una moneda de oro y yo la tomé sin saber lo que hacía. Enajenado abandoné la casa y caminé algunos pasos. Pero me di cuenta de la moneda que llevaba en el puño, vi otra vez al asqueroso sujeto y escupí hasta quedar con la boca seca.

Lancé la moneda contra uno de los cristales de la casa y me tranquilicé un poco. Pero indignado, sobre todo contra mi padre y dispuesto a lo que fuera, regresé a la casa. Golpeé la puerta con una piedra, mientras gritaba que me abrieran. “¿Qué pasa? ¿Qué pasa?”, preguntó una voz. “¡Ábreme la puerta, padre, o la hago pedazos!”

Sorprendido, mi padre abrió y yo rabioso y con los ojos llenos de lágrimas, le dije: “Tú tienes la culpa, tú tienes la culpa.” No se atrevió a preguntarme nada, pero a partir de ese día ya no volvió a cerrarme la puerta.

EL PADRE VUELTO AMIGO

Hube de crecer para valorar a mi padre. Con la edad dejé no sólo la infancia y los pantalones cortos, sino algunas ideas equivocadas, ciertas tonterías.

Una de las últimas veces que lo vi fue cuando él tenía sesenta y seis años. Se me presentó de negro, naturalmente, aunque ya sin el chaqué del periodo porfirista al que había sido tan adicto. Era el mismo hombre severo y caballeroso, pulcro, respetuoso, dueño de un profundo sentido del honor que nunca traicionó.

No acostumbraba visitarme en la penitenciaría, donde cumplía yo una de tantas sentencias que he padecido. Me enviaba regalos, cigarros, dulces y frutas. En algunas ocasiones discutía conmigo por escrito. El tema político era invariable en sus cartas. Pero su anticomunismo no era el anticomunismo pedestre de quienes lo combaten sólo por su ateísmo y olvidan lo esencial, que consiste en la transformación del sistema económico universal. Enterado a fondo del sindicalismo político, me hablaba de la evolución de las asociaciones humanas del trabajo. Conocía el papel que jugaron las corporaciones en la Antigüedad precristiana, en la Edad Media, en el Renacimiento y su resurrección a resultas de la *Rerum Novarum* de León XIII. Siempre, hasta el último de sus días, quiso llevarme a su bando, como yo lo quería en el mío.

Inesperadamente me llamaron un día a la sala de visitas. Un celador me dijo: “Creo que es su papá.” ¿Mi papá? Aquello era extraordinario. En los largos meses de reclusión mi padre no había venido a verme una sola vez. ¿Sería mi hermana Luz? Ella era la grácil y generosa correo de las cartas en las que discutíamos sobre temas que a los dos nos apasionaban.

Pero era cierto. Mi papá, impecable en su traje negro, me esperaba en la sala de visitas. Se codeaba con otros familiares de

reclusos, pero a nadie veía. Entre ellos y él había una distancia enorme, la misma diferencia que entre los colores de nuestra gente humilde —el amarillo, el rosa, el verde fiesta— y el suyo, negro, negrísimo, propio de una recepción o de un sepelio.

Distante y frío en sus manifestaciones exteriores, apenas sentí uno de sus brazos sobre los hombros.

Me habló de sus inquietudes. Advertí una sonrisa forzada en su cara adusta y una voz que en vano pretendió desenvuelta:

—Esta gente no sabe quién eres, no sabe que con tus ideas equivocadas y todo lo que se quiera, estarías dispuesto a morirte en la cárcel antes que renegar de ellas. No saben que tú eres un hombre y un hombre fiel a sus convicciones.

”Imagínate que esos tontos andan diciendo que Portes Gil te va a sacar de la cárcel a condición de que te vayas del país y que, además, el viaje y tu permanencia fuera de México serán a costa del propio gobierno.”

Me reí y sentí que mi padre se aflojaba. Le dije que algo había de verdad en las intenciones del presidente, pero que podía estar seguro que jamás aceptaría una transacción de esa naturaleza.

—Puedes jurar que cumpliré como hijo de mi padre y como nieto de mi abuelo, el famoso don Antonio Alfaro Palominos, alias Siete Filos, coronel chinaco de Juárez —le aseguré en el mismo tono de su humor descargado.

Entonces él, sin melosidades, porque no estaban en su carácter, se despidió rápidamente y lo vi perderse, erguido, altanero, por el largo patio de la cárcel.

PÍNTELA, QUE TENEMOS QUE ENTERRARLA

Un día, en Taxco, una voz atiplada se dirigió a Siqueiros con estas palabras:

—Señor fotógrafo, señor fotógrafo, venga usted conmigo.

—¿...?

—Mi papá quiere que retrate usted a mi hermanita, que se murió ayer, porque mañana temprano tenemos que enterrarla. Ya le pusieron su vestido nuevo y está tan bonita que hasta parece viva.

Era un niño campesino el que hablaba desde lo alto de su potranca. En rigor, casi imploraba.

—Señor fotógrafo, no perdamos tiempo que mi papá se va a enojar.

El pintor ensilló y siguió al muchacho. Pronto llegaron a la casa, humilde y limpia como todas las del pueblo. Entró a la morada y ya no fue dueño de sus ojos:

En una silla de las habituales del campo mexicano, vivamente policromada, estaba colocado, en postura natural, el cadáver de una niña como de dos años y medio, vestidos sus restos de verde claro y con un pequeño sombrero rosa en la cabeza. Su hermanita mayor, de pie, abrazaba el cuerpo inerte como si se tratara de materia caliente y viva. Alrededor los parientes comentaban animados si la postura de la criatura muerta había sido bien lograda por su papá. Una vez que todos estuvieron conformes, un viejo, quizá el bisabuelo de la niña, se dirigió a Siqueiros y pidió que la fotografiara.

No tuve más remedio que decirle que mi procedimiento era más tardado, pero, qué duda cabía, mucho mejor. Que primero haría un dibujo a lápiz y ayudándome de colores que se llamaban acuarelas, marcaría los tonos generales de la criatura muerta, de las ropas, de su gorrito, para después pintarla y ya verían cómo quedaría muy bien.

Trabajé durante varias semanas. Primero, en un dibujo colo-

reado a la acuarela y después en una obrita formal al óleo. Cuando hube concluido llamé a los familiares y les mostré el retrato. Se presentaron en mi estudio más de treinta personas y convinieron en que era realmente muy bonito, la niña muy parecida y los colores de la ropa igualitos a los de ella. Me di cuenta que entre todos habían hecho una colecta para pagarme y antes de recibir el trabajo se empeñaron en que yo aceptara diez pesos cincuenta centavos. Les dije que no, que les regalaba el cuadro, pero eso pareció ofenderlos. Otra vez habló el más viejo y me dijo terminantemente que si yo no recibía el dinero, ellos no se llevaban la fotografía.

SÓLO PUEDE SUCEDER EN MÉXICO

Dormía Siqueiros en la casa del secretario particular del alcalde de Hostotipaquillo, cuando su mujer entró en la pieza, muy asustada, para decirle:

—Compañero, está entrando la tropa federal al pueblo.

Frente a la cama, una ventana se abría a las siluetas de los árboles. Eran troncos leñosos y conjuntos de ramas secas. Parecían dedos que hacían señas, nidos de víboras sin cabeza.

En unos minutos vería a los soldados, el color de sus uniformes, ese ominoso verde pardo que anula la luz y mata el resplandor.

Siqueiros estaba solo. Angélica se había ido a la ciudad de México para visitar a la Nena, su hija. De la mujer que lo había despertado, nada sabía.

Hubiera querido hablar, dar forma sonora a mis emociones, confirmarme por la palabra. Me hubiera gustado la presencia de una voz y la busqué como si pudiera encontrarla. La soledad unida al miedo y el miedo atado a la soledad me pesaban como una queja y un dolor. Sólo me quedaba escapar, pero sobre todo huir del temor que me ahogaba.

(Y pensar que el sol estaba allí para calentarme precisamente a mí; que del aire, henchido de vida, participaba entero; que el perfil de las montañas es depurada poesía que pocos habrían advertido; que el ladrido de un perro puede tener el valor de la comunicación para los que escuchan. Tenía que emprender la fuga y correr con la cabeza inclinada, muy cerca del suelo. Tenía que volar con el alma para dar fuerza a mis pies paralizados.)

Me impuse la decisión, de la que fui cabalmente lúcido hasta que salté una barda y me perdí entre los maizales cercanos. Ya en ellos volví el rostro a mi caballo. Por el estado nervioso en que me encontraba, lo vi como una sombra, absorbido el animal por un círculo de intensa claridad. Hubiera querido llevármelo,

pero cerca rondaban los soldados. Sentí pena por mí. La fatiga sería mucho mayor, tropezando y corriendo. Nuestro escondite, el que Angélica y yo teníamos reservado para situaciones extremas, se encontraba a horas de distancia.

Durante la noche, sin un reflejo de la luna, hizo esfuerzos para orientarse. Algunas veces lo ayudaban los faros de los automóviles que circulaban por el camino de un mineral llamado Favor del Monte. Los haces amarillos que aparecían a la distancia y perforaban la oscuridad como túneles de oro, lo llevaban a pensar en cuadros abstractos. Pero luego caía de nuevo la negrura del cielo inmenso y los árboles, sin luz, semejaban fantasmas que el fugitivo transformaba en manchas sobre una tela.

Los montículos se sucedían en la zona agreste. Las hondonadas también. A veces eran como charcos de aceite o heridas que rasgaban el gigantesco vientre rocoso de la región. Cayó en trampas y se ocultó en cuevas. Con la primera claridad del día, algunas veces observó que había dormido a medio metro de madrigueras de corallillos.

Cerca del pueblo de El Magueyito, bajo un calor que le arrancaba maldiciones, vio venir a un muchacho montado en su burro.

—¿Cuánto quieres por el burro? —le preguntó.

El jovencito me escuchó, primero con extrañeza y luego se negó a dejarme el animal. Quise convencerlo. Volvió a negarse. Ya no hablé. Su estupor lo paralizó cuando se vio amenazado por el cañón de una subametralladora Thompson. No hubo necesidad de más. Le di un rollo de billetes. Con las piernas flojas y el cuerpo derrumbado sobre la cabeza del asno, moría de cansancio. Las piedras grises brillaban como espejos y el cielo, sin una mancha, azul acero, me deslumbraba hasta esconderle los ojos. Empecé a divagar: una tormenta puede acompañar al hombre solitario con el fuego intermitente del cielo y su estrépito incesante. ¿Pero el sol sin movimiento? ¿El cielo sin nubes? ¿La acuarela inhumana del paisaje inalterable?

Al llegar a los linderos de El Magueyito vio una cabaña y un pequeño rótulo que anunciaba: “Se da de comer.” La dueña del lugar le sirvió un plato de frijoles y un enorme jarro de agua. Tam-

bién tortillas. Luego le platicó: “Yo no sé lo que pasa en el pueblo, pero han llegado muchos soldados y hay un corredero de caballos por todos lados. Dicen que andan buscando a un endeviduo criminal.”

Siqueiros fingió indiferencia, pagó y volvió a las piedras y al sol.

Pero en todo caso nada sabrán de la cueva —me dije. Quise animarme. Habían localizado la región donde me encontraba y quizá también la ranchería cercana a nuestro escondite. No todo estaba perdido. En el pueblito vivían tres hermanos Ibarra, casados y con familias numerosas, y su madre, una mujer de más de ochenta años. Recuerdo que el día que la conocí vi que el color de las rocas se había trasladado a sus ojos y supe que de aquellos ojos, como de la cantera, jamás brotaría una lágrima.

Angélica y yo, disfrazados como campesinos de Los Altos de Jalisco, habíamos llegado a la ranchería con la siguiente versión:

Éramos Macario y Eusebita. Huíamos porque yo me había robado a la muchacha y sus parientes me querían matar. Por eso llevaba conmigo una subametralladora y nunca dejaba la escuadra calibre 45 que asomaba por encima de mi cinturón fuerte y ancho.

Los hermanos Ibarra eran un buen ejemplo de los campesinos mexicanos, distinguidos y protocolarios. No comían mientras no estuviéramos a su lado y no se sentaban a la mesa, ni hombres ni mujeres, antes que nosotros lo hiciéramos. Nos demostraban gratitud, pues desde nuestra llegada su alimentación había mejorado y con alguna frecuencia les regalábamos a sus hijos juguetes que Angélica compraba en la ciudad de México.

Simulábamos descansar en una choza arreglada para nosotros y cuando calculábamos que el rancho dormía, nos encaminábamos silenciosos a una cueva escondida en la parte media de la montaña. El perro de los Ibarra, al que llamábamos el Licenciado, porque tenía los ojos de distinto color, como el licenciado Silvano Barba González, gobernador del estado, no se inquietaba por nuestros movimientos y muchas veces ni siquiera levantaba el hocico cuando pasábamos cerca.

Asomaban las primeras estrellas de un cielo negruzco cuando llegué a los linderos de la ranchería. Las llamas calcinaban una de las casitas y en las otras se advertían las huellas del saqueo:

desorden, objetos despedazados, regadas por las piedras las humildes pertenencias de sus moradores.

Pero esa noche no soplaban el viento y cuando el aire faltaba, eran torturantes las moscas posesionadas de la cueva. Yo tenía noches de caminar sin descanso y aquellas bestias feroces no me dejaban el sueño. Hubiera preferido a las ratas y hasta a los corallillos. Cualquier animal era preferible. Me enloquecía el vuelo de los pequeños monstruos, la impotencia para hacerles frente. Mi malestar llegaba a la desesperación y no tenía manera de distraer su atención, pues ahí estaban con sus agujonazos, sus dardos dirigidos, el pinchazo certero que impide que los párpados velen los ojos y descienda sobre el cuerpo la bendición del reposo.

Abandonó la cueva y buscó refugio en la parte alta de la montaña, donde ya otras veces había dormido con Angélica. El lugar estaba anegado y aún llovía. Pero nada le importó y se entregó al sueño.

—¡Ríndase, hijo de la...!

En un segundo estaba de pie. Todo lo había entendido. Por su alma no habían pasado los estados nebulosos que preceden a la comprensión. Nada quedaba encubierto en ese cenit que alcanzaba su conciencia. Habían llegado, habían dado con él.

Detrás de unas piedras me apuntaban las carabinas. Levanté los brazos y simultáneamente aparecieron, como larvas, cinco, diez, veinte, treinta soldados. Manos ansiosas por poseer lo que fuera, buscaron en mis bolsillos. Me despojaron de la cartera, del dinero, del pañuelo. Un reloj artillero de precisión que me regaló un prisionero alemán poco antes de que lo fusilaran en España y que yo conservaba con emocionado cariño, también desapareció entre esos dedos que me hacían el efecto de gusanos. La subametralladora y la escuadra, por supuesto, eran ya botín de uno de los oficiales.

Alguien ordenó que me amarraran los brazos por la espalda y ligaran la atadura al cuello. Así, cualquier movimiento brusco que intentara podría estrangularme.

Se inició la marcha. Pero los soldados no parecían dirigirse a El Magueyito, ruta normal hacia la región militar. Marchábamos en sentido contrario, directo a la barranca. Me sacudió el futuro. Yo mismo me hacía preguntas taimadas para apartar el terror.

¿Será la ley fuga? Me sentí de la especie de los condenados al fin. Los ojos se me llenaron de lágrimas y por las narices empezó a correr un líquido viscoso que yo sorbía para arrojarlo en escupitajos.

Caminaba como autómeta, pero dentro de mí había una luz que me descubría cuadros sorprendentes. Todo resplandecía a mi alrededor. Las piedras, la vereda, las flores, la tierra, los árboles, la hierba. Vi mujeres y las contemplé en bailes afrodisiacos y tensas esperas.

Mi cabeza se llenó de sonidos, de colores, de formas, de texturas. Las sensaciones más sutiles y más fuertes me tocaron. Pero al mismo tiempo tenía deseos de gritar, de correr, de hincarme, de besar las botas de los soldados, de levantar la cabeza hacia ellos, juntas las manos, como quien reza y pide perdón. No debían matarme. No podrían.

Las botas, esas botas fuertes y toscas que adivinaba hollándolo todo, ¿por qué no habría de acariciarlas y besarlas en un acto de humillación?

Pasaba de la exaltación a la oscuridad. Oscilaba como el badajo de una campana que se golpea, pero deja escapar la belleza del sonido. El enternecimiento y la angustia se confundían y formaban un nuevo y torturante sentimiento. De pronto, como si desaparecieran los filamentos de la bruma, recapacité:

“¿Y qué contarán? Dirán que fui un cobarde y se reirán de mí. ¡No! Deberán recordar mis últimas palabras desdeñosas. Tendrán que decir lo hombre que fui.”

Le punzaban los brazos y el cuello, atados con saña. Sin embargo, empezó a bromear y a burlarse de sus captores. A un sargento que se había caído y cojeaba le dijo, zumbón: “Pero qué es eso, mi sargento, ¿caminando como chapulín pisado?” A otro lo llamó tla-cuache. “¿Y usted, que es un oficialito tan bonito, no se estará acordando de su agua de colonia?”

Unos disparos que tronaron en la lejanía y la descarga continua de cuatro o cinco fusiles, precedieron al empujón que me arrojó a un agujero, reventándome la boca y la nariz. Otra vez quedé encerrado dentro de mí mismo. Reaparecía la celda del miedo. Inmóvil, la sangre y las hierbas me ahogaban. Permanecía con

los ojos cerrados, sin respirar, la frente encajada en la tierra, no sé si tensos o flojos los músculos. ¿Dolerá mucho? ¿Escucharé el disparo o ni eso? ¿Cómo moriré? ¿Cómo se muere? ¿Desaparece repentinamente la conciencia? ¿O todo es lento, como ondas concéntricas que se van haciendo más y más pequeñas? ¿Veré negro? ¿Veré un fuego amarillo? ¿Será la noche? ¿Será el sol en los ojos? ¿Pero a qué hora, por qué no disparan? ¿Me tendrán lástima? ¿Y esta agonía tan inútil? ¿Se estarán riendo, señalándome?

Escuché, distante: “Son soldados del Cuarto Batallón que estaban perdidos”, y unas manos me levantaron del agujero. ¿Qué había pasado? ¿Acaso no era el hoyo el sitio inmejorable para rematarme? Casi reclamaba, las palabras adentro: ¡por qué no lo hicieron si ya estaba entregado!

La información de un sargento lo devolvió al mundo:

“Lo trajimos por acá, pues temimos que los mineros trataran de liberarlo y porque el presidente ordenó que por todos los medios posibles se respetara su vida. Cuando estallaron los disparos, un oficial al que llamó bonito, je, je, estimó que el asalto se había producido y por eso lo aventamos al agujero.”

Caminábamos otra vez. Yo hacía un esfuerzo para avanzar tan erguido como mis captores. La vida había retornado. ¿Cómo externar mi júbilo?: adelantando como estaca, con la cabeza levantada, los ojos en el cielo aunque las correas llevaran lumbre al cuello.

Por el camino de La Mazata avistó unos pequeños puntos negros de una caravana de automóviles. Los soldados, más numerosos que antes, pues se habían agregado los del Cuarto Batallón, comentaron:

—Ahí viene el coronel Sánchez Salazar.

Poco después llegó el jefe de la Policía de México. Se adivinaba en él al hombre eufórico que a duras penas contiene su alegría.

—¿Quién ordenó que amarraran así al señor Siqueiros? —preguntó recio. Y paseó su mirada como quien busca una presa.

—Yo di la orden, mi coronel. Temí que el preso tratara de escapar o que sus amigos de la región trataran de ayudarlo.

—¡Pues desátelo!

Dispuso enseguida que los soldados y las policías disfrazados de militares que habían participado en la captura, se formaran en posición de honor. Llamó a su lado al jefe de la tropa, luego a Siqueiros, y él, por último, se colocó entre los dos. A unos metros, como si un jefe de Estado se aprestara a pasar revista, miró satisfecho la fila de hombres inmóviles.

Con los brazos en jarras, principió el coronel:

—El señor Siqueiros, aquí presente, es un delincuente y tendrá que pagar por su delito, pero el señor Siqueiros es un veterano de la Revolución, un antiguo oficial de las fuerzas del general Obregón, primero, y más tarde de la División de Occidente, al mando del general Manuel M. Diéguez. El comandante del Cuarto Batallón, coronel Jesús Ochoa Chávez, me consta que es su amigo fiel, su compañero de armas y es lástima que no esté con nosotros en este momento.

El discurso empezó a cobrar fuerza, una fuerza caótica. Cada vez más pasión en las palabras, más alta la voz, más bruscos y rápidos los movimientos de las manos y los brazos. Las ideas, como instrumentos sin batuta, se atropellaban entre sí, peleaban unas con otras, se enredaban.

Los soldados, con los pies juntos, los brazos tiesos, inmóviles los ojos en el coronel, escuchaban con el aire asombrado de quien vive pendiente de un visionario. Siqueiros, “el endeviduo criminal”, que reencarnaba en un ser admirable, un hombre al que había que colmar de honores, un mexicano que reunía todas las virtudes.

—El señor Siqueiros —y para estas alturas el coronel estaba fuera de sí— es un gran pintor y gloria de la patria. El señor Siqueiros no es un prisionero, el señor Siqueiros, el... el... el señor Siqueiros... ¡es su mero jefe!

Después de eso, todo. Como en una feria milagrosa en la que yo, extraviado y feliz, fuera de asombro en asombro. Las luces artificiales eran oro derretido, refulgentes cuentas de colores los papelitos de confeti y lazos maravillosos las serpentinas que despedían los largos y finos dedos de muchachas que en algún lugar me aguardaban.

Llegamos al pueblo y comimos en la presidencia municipal. Fue un banquete y yo ocupé el lugar principal. A mi derecha, el

coronel Sánchez Salazar; a mi izquierda, el jefe provisional del Cuarto Batallón. Se sucedieron los platos de mole, de carnitas, de chicharrón, las tortillas, las cervezas, el pulque, el tequila. En los brindis se bebió, ante todo, por mí. Después por el general Lázaro Cárdenas, por el coronel Sánchez Salazar, por Obregón, por Diéguez, por el ausente coronel Ochoa y hasta hubo un brindis por la patria.

Llegó el momento del regreso a la ciudad de México. Aprehensor y reo se ofrecieron el paso para abordar el mismo vehículo sin más compañía que la de un capitán, el chofer. Atrás, los seguidores y quizá hasta cincuenta automóviles.

Al pasar por el cerro de las Vueltas, después de Morelia, intempestivamente el coronel Sánchez Salazar ordenó al capitán que se detuviera. La pregunta que me dirigió tenía un tono de impaciente autoridad:

—Dicen, amigo Siqueiros, que usted es un gran tirador. ¿Es cierto?

—¿Yo? ¿Quién le dijo?

—Pues, por ahí dicen. ¿Qué le parece si aventamos algunos tiritos?

Me asaltó un verdadero disgusto, pues soy un pésimo tirador de pistola. En el estado mayor de Diéguez tuve siempre el penúltimo lugar. Soy, sin embargo, excelente con la ametralladora fija, o sea, que tengo mejor vista que pulso.

—Vamos tirándole a aquel bote.

Seguí el dedo que señalaba y vi un objeto como a 25 o 30 metros. Diré que estoy un poco nervioso, pensé.

—¿Qué le parece, amigo Siqueiros, si primero tira mi ayudante? Este amigo —y dio su pistola al capitán— obtuvo el primer premio de tiro de pistola en Caracas, en competencia con los gringos, y éstos son más águilas para el tiro que los rusos, sus amigos.

Tres disparos. Dos blancos. El campeón enrojció de vergüenza.

Siguió el jefe de la Policía. Unas bromas sin gracia, luego el silencio, la espera, tres detonaciones y un grito de júbilo:

—Tablas con usted, capitán.

Llegó mi turno. Mejor diré que se me subieron los tequilas. Apunté, jalé el gatillo, lo volví a jalar, luego otra vez y quedé

perplejo, emocionado. El coronel Sánchez me vio, adiviné su pensamiento, con un ademán espectacular le devolví la pistola y rápidamente subí al automóvil, no se le fuera a ocurrir otra prueba.

Al llegar a Toluca fue el primero en relatar mi proeza. Había comprobado que yo era un tirador extraordinario, mejor, mucho mejor que nuestro campeón internacional.

En la ciudad de México los reporteros me miraban y repetían:

—¿Con que no solamente un gran pintor, eh? Ya supimos.

—Se hace lo que se puede —respondía yo y volvía, mientras me esperaban los interrogatorios, a la cárcel, al horror de la soledad, a revivir, como en un sueño, todo esto que sólo en México, únicamente en México puede suceder.

MÉXICO, DESCUBIERTO EN PARÍS

La Revolución mexicana era para Rivera y Siqueiros, en París, tema de cada día. En el pequeño departamento de Diego, donde se reunían, cantaban a voz en cuello sus corridos, desfilaban con los personajes de la lucha armada, en especial con sus favoritos, los héroes macabros, y juraban que no había idioma más hermoso que el español ni batalla más noble que la suya. Diego, quien llevaba años en Europa, aprendía hasta el detalle los relatos de David, después los exageraba, más tarde los transformaba y finalmente los hacía suyos.

Siqueiros entendía la Revolución como el color de sus ojos o la fuerza de sus músculos, como la memoria unida de la infancia y la juventud. Artista de pinceles iluminados, Diego la miraba en colores. Pero lo indudable para ambos es que una lucha así sólo podía concebirse en México. ¿Qué otro país estaba dotado de un carácter tan viril y resuelto, a la vez que de una poesía tan tierna y profunda? El paisaje mexicano era volcánico, telúrico como ninguno y, sin embargo, las creaciones de sus hombres y mujeres tenían como calidades supremas la delicadeza y la ingenuidad. En las estaciones del ferrocarril, por ejemplo, se multiplicaban las obras de arte popular, como las lentejuelas y los bordados de papel de una noche de 15 de septiembre. Había que abrir los ojos para apreciar las canastillas de popotillo de Irapuato, los encajes de aguja de Aguascalientes, las figuras de maíz seco de Michoacán, los sarapes de Saltillo. “Y los dulces, Diego, con sus figuras de pescados, de borregos, de chivos, de ranas, de perros, que lo mismo puedes llevártelos a la boca que exhibirlos en una vitrina. Y los panes, polícromos, con matices del café oscuro de las castañas al blanco, blanquísimo del azúcar.”

Recreaban a México. Todo era atractivo, original. ¡Qué país! Había que ver los tonos de su gente, esa piel tersa y dura con las variaciones del altiplano a la costa y del desierto a la selva. En Italia

—decían— el ganado vacuno cambia a medida que se avanza de norte a sur. En el norte los animales son gris plateado, pero conforme se desciende a climas más cálidos llegan hasta el brillo gastado del oro viejo.

En México, los toros, las vacas, los becerros son manchados y tienen los colores del ganado vacuno, colores de perros y chivos. Los borregos también son de otra manera, desde luego muy flacos, pero sin el tipo estándar del ganado caprino y lanar de Europa y de los Estados Unidos. Y era natural que así fuera, pues se trataba de especies con “muchísima personalidad”.

Una vez Siqueiros le dijo a Rivera que en México existen regiones donde a los invertidos se les llama gatos de tres colores. Diego entreabrió la boca y sus ojos de rana apremiaron una explicación.

Siqueiros le contó que el apelativo tiene un origen sencillo, pues no hay gatos de tres colores. “El gato de tres colores no existe, Diego.”

Rivera caviló. Movía sus manos gordas de un lado para otro. Se acercaba a un hallazgo:

“C’est la géographie”, exclamó de pronto. Aquello era extraordinario. En varios países de Europa él había visto gatos machos no sólo de tres colores, sino hasta de cuatro y cinco. Pero en México, que había recibido a los felinos como otra exportación de España, la fuerza del medio ambiente los había transformado en tal forma que ahora constituían otra especie estética.

De humor contrario coincidían, exaltados: Debían volver sobre sus pasos, regresar. Las fuentes de la belleza no estaban en Europa, como habían pensado, sino en México. Allí hasta los detalles tenían carácter y había un sentido de la originalidad desconocido en el resto del mundo. Víctimas de alucinaciones, habían buscado el calor en regiones de hielo; ávidos de luz, habían ido al encuentro de la noche; en pos de fuerza e inspiración, se habían vaciado las venas.

LA GLORIA DE UNA MADRE

Los presos visten uniforme de grueso paño azul: un pantalón y una chaqueta ajustada, parecida a la que usó en la campaña de Europa, durante la segunda guerra mundial, el general Eisenhower. La gorra, obligatoria para todos, contrasta con el corte marcial de la americana. Estrecha como una barca con la quilla hacia arriba, recuerda las cachuchas de los pequeños voceadores de periódicos de la ciudad de México.

Los zapatos —que no da el gobierno— tienen la diversidad de un muestrario en los pies de esta población rencorosa y triste, pero romántica a fuerza de soñar con el sol de la calle, los árboles y las flores de los parques, el amor bajo el cobijo de las sombras.

Contrastan con la monotonía del uniforme esos zapatos negros, cafés, blancos, amarillos, de dos colores, puntiagudos, chatos, viejos, flamantes, boleados o sucios como si hubieran recorrido el mundo.

La variedad multicolor lleva a Siqueiros hasta su reclusión allá por 1930. En esa época el presidiario era un ciudadano para los efectos de su ropa, pues se trajeaba como le viniera en gana, como aquella Pingüica inolvidable.

Desde mi crujía, la I, como ahora, podía observar cuanto acontecía en la H. La H era para los invertidos y yo me divertía observando su ropa estrafalaria: blusas femeninas de colores inimaginables, encajes, bordados, pantalones ceñidos a más no poder, como los de los bailarines de ballet, zapatos de mujer y todo el decorado facial propio de las damas.

Entre los invertidos había uno al que por su baja estatura y su redondez llamaban la Pingüica, esa fruta de color naranja que sólo existe en México. Se trataba de un ejemplar feminoide que graciosamente daba vueltas sobre los altos tacones de sus zapatos de *cocotte* y hacía girar en ondas su capa azul cielo. Un

muchacho-muchacha con el pelo cuidado, arracadas en las orejas y un rojo encendido en las uñas.

Uno de los celadores se me acercó un día:

—Salga usted, señor Siqueiros, que ya le avisaron a la Pingüica la llegada de su visita.

Salí y alcancé a ver como la Pingüica, a quien acababan de llamar por su nombre, se precipitaba a su celda y salía vestido sin la blusa fastuosa, sin los pantalones ajustados, sin el maquillaje de mujer, sin lunares postizos ni carbón en las pestañas.

Serio y formal, caminaba del brazo de su madre, una viejecita del pueblo extraordinariamente limpia y que aún mostraba su belleza lejana.

El celador, que no se había separado de mi lado, me confió:

—Lo más interesante ocurre cuando la madre se forma en el patio grande de la prisión en espera de su boleta de visita y alguno de nosotros le pregunta: “Señora, ¿en qué crujía está su hijo?” Y ella, sin dudarle, ufana, contesta: “En el departamento de los homosexuales, señor.”

PODRÍA TENER LO QUE QUISIERA

Por orden superior, Siqueiros fue trasladado de su calabozo en la Inspección de Policía a Palacio Nacional, directamente a la oficina del jefe del estado mayor presidencial, general Lagos Cházaro. El hombre de las confianzas del ingeniero Pascual Ortiz Rubio lo recibió de pie y sin ceremonias, como quien tiene un solo objetivo, lo interrogó:

—¿Por qué tiene usted tanta odiosidad al señor presidente, señor Siqueiros?

En pleno sarampión teórico marxista, el pintor imitó la actitud marcial de Lagos Cházaro y respondió en su mismo tono:

—Mire usted, general, para mí el señor presidente es sólo una rueda y muchas veces no la más importante, de toda la maquinaria social que ha de orientarse fatalmente en una dirección determinada. Y si no lo hace, a la rueda se le rompen los dientes.

Como al presidente le acababan de averiar boca y dientes de un balazo, Lagos Cházaro no pudo contener la risa y dijo:

—Pues sí que le rompieron los dientes —y luego, dándole una palmada a Siqueiros, terminó bruscamente—: El señor Ortiz Rubio tiene conocimiento de su inocencia en el atentado. El verdadero autor material ha sido aprehendido y los autores intelectuales serán descubiertos muy pronto.

Un bigotón, que había asistido a la entrevista y era nada menos que el jefe de la Policía Secreta dependiente de la Presidencia, le pidió entonces a Siqueiros que no abandonara Palacio sin acudir antes, aunque fuera sólo por unos minutos, a su oficina privada.

Ya en ella y después de indicarme una silla, se me acercó. ¿Cómo olvidar la escena íntima que siguió en su despacho? Tuve el rostro del bigotón a unos centímetros de la cara y una rodilla pegada a la mía. De su boca brotaron palabras untuosas:

—Amigo Siqueiros, querido amigo, yo he tenido y sigo teniendo gran estimación por usted, pero no puedo explicarme qué es lo que lo impulsa a sacrificar su producción artística por la política. El señor presidente apenas me decía ayer y les decía también a otros funcionarios: “Este Siqueiros, que es un gran artista y un veterano de la Revolución, podría tener todo lo que quisiera.” Y así es, amigo Siqueiros, usted podría tener todo lo que le diera su regalada gana, a condición de que abandonara sus ideas políticas.

Yo adopté esa actitud defensiva que siempre he utilizado en mis conflictos con la autoridad, actitud evidentemente teatral, y le respondí:

—Qué quiere usted que haga, si es un problema de convicción.

Entonces aquel alto jefe policiaco, acercando aún más sus bigotes hasta rozarme con ellos la cara, me replicó:

—Pero señor Siqueiros, si hasta las convicciones se vencen con un poco de fuerza de voluntad.

A LA CABEZA DE LOS INVERTIDOS

Siqueiros convirtió su celda, la número 40 de la crujía I, en una oficina informal para los reclusos. Un abogado joven, preso por homicidio, daba forma legal a sus protestas.

Sin anunciarse, una mañana se presentó la Bárbara, un famoso invertido del penal. Con voz vaporosa y ademanes de muchacha, cubierto con una falda negra y un suéter de pelusa esmeralda, lloró su queja:

—Señor Siqueiros, una cosa es el mal que Dios nos ha dado y otra cosa es que con nosotros violen la Constitución.

—Mira, Bárbara, yo no estoy en contra de que los tengan separados, pero me opongo a las discriminaciones, absolutamente ilegales, que con ustedes se cometen. Ustedes, como los demás presos, tienen todo el derecho de recibir periódicamente los caramelos de los protestantes, los chocolates de los masones, los silabarios con papelititos de los católicos y también tienen el derecho de concurrir a las funciones de caridad que ofrecen los artistas de teatro. Vamos haciendo un documento para el director con todas las protestas que tú consideres justificadas.

Con ayuda del abogado y mientras la Bárbara hacía ademanes, redactó un documento con algo más de veinte puntos. Ya para retirarse, la Bárbara le preguntó:

—¿Y usted, señor Siqueiros, estaría dispuesto a firmar la carta?

—Yo no escribo nada que no esté dispuesto a firmar —y firmó la carta.

Como a las tres de la mañana lo puso en pie el estrépito del pasador de la crujía. Abierto el pasillo, alguien tocó a su celda. Era el director de la penitenciaría, el teniente coronel David Pérez Rulfo. Intencionado, le dijo:

—Me mandaste una carta encabezando una lista de setenta putos. Será para la historia —y le ofreció, sonriendo, una botella de coñac.

LA SAGA DE MACARIO HUÍZAR

La celda es la hija triste del invierno y la soledad. No hay sol que pueda calentarla ni música que le lleve alegría. Está hecha para la melancolía y la frustración de los apetitos. La risa no tiene por donde escapar y allí quedan sus ecos, ahogados. No cabe el baile, pues la danza es el viento y el viento es el cielo abierto.

La venganza, la desconfianza, el rencor, siempre el rencor, son enemigos agazapados. El reo ha de volverse hacia sí mismo para buscar alivio. Ha de remontarse a sus recuerdos y vivir un futuro anticipado. “Cuando yo salga...” Detrás de las palabras, los goces, la facultad de resolver, la opción de hacer, de caminar, de gritar, de reír, de ir o no ir. Ha de pensar que cuando sea otra vez, tendrá apenas unas canas nuevas, unas arrugas que no le sorprenderán y acaso, tres o cinco kilos de más.

La vida en la prisión es la negación de la vida. Es la inutilidad de las piernas, de los brazos, de los pulmones, de las pasiones que allí quedan muertas. Es el abrazo a un maniquí, el río sin murmullo, el trópico sin sol, el muñón.

Son ideas que torturan a Siqueiros, pero no las únicas de su océano interior. Tiene otras que le hacen vivir la vida donde no hay vida.

—¿Sabe a quién rendiré un homenaje si salgo con bien de esta última arbitrariedad del gobierno? ¿Sabe a quién pintaré un gran mural?

—¿A Lázaro Cárdenas? ¿A Lombardo Toledano? ¿A Heriberto Jara? ¿A Dionisio Encina, jefe del partido comunista que ha hecho de su celda un nido con flores ante el ventanuco y cortinas con encajes?

—A ninguno de ellos.

—¿A quién, entonces?

—A Macario Huízar.

—¿Quién?

Don Macario era un hombre típico del estado de Jalisco, comisario en el mineral de La Mazata. Más bien rubio, de grandes bigotes y ojos garzos, célebre por su manera de administrar justicia, pintoresco y apasionado. Su espíritu creció en medio de las luchas sindicales, de las que fue un convencido, tanto que a su hija mayor le puso Huelga por nombre. La chiquilla, que no desdecía de la belleza física de su padre, se llamó, pues, Huelga Huízar. Al hijo que siguió lo inscribió en el registro civil como Sindicato Huízar. Pero un día don Macario fue a Guadalajara, sede oficial de la Federación Minera, cuyo secretario general era entonces Siqueiros, y dijo:

—Compañero Siqueiros, creo que la señora ya me va a regalar otra criatura. ¿Qué le parece que si es mujercita, como lo espero, le ponga de nombre esa palabra tan bonita que dicen en la sala del sindicato los compañeros más ilustrados que vienen de México?

—¿Qué palabra es ésa, don Macario?

Mirándolo fijamente con sus ojos garzos, le dijo:

—Pos melitancia, señor Siqueiros.

Poco más tarde, el juez de Etzatlán relataba:

—Vino al juzgado don Macario Huízar. Llevaba en los brazos a una niña de pocos meses de nacida y me pidió que se la registrara. Yo le pregunté: “¿Y cómo se va a llamar la muchachita, señor Huízar?”, y me contestó: “Melitancia, señor juez.” Yo, que no entendí, le dije: “¿Cómo es eso?” “Melitancia, señor juez”, me repitió. Y así varias veces. Por fin, queriendo comprender, le dije: “En todo caso será Mi-li-tan-cia, señor Huízar.” Entonces don Macario, acomodándose la pistola, me dijo bastante molesto: “Bueno, señor juez, ¿es hija de usted o es hija mía?” Ya no me quedó más remedio que registrarla como Melitancia Huízar.

Pasó el tiempo. Macario Huízar fue asesinado por los cristeros cuando los perseguía con una partida de agraristas de San Luis Potosí. Yo dejé la Federación Minera. Ya en la ciudad de México, una tarde me llamó por mi nombre una señora de bello porte campesino. Llevaba de la mano a una niña hermosa.

—Compañero Siqueiros, ¿pero que ya no se acuerda de mí? Yo soy la mujer de Macario, ahora viuda, y esta muchachita es Melitancia.

Macario Huizar me recordaba a mi abuelo Siete Filos. Eran hombres sin secretos, espontáneos como el grito ante el dolor. Si hay quienes dependen de los demás, especie de enredadera que no vive por sí misma, don Macario y Siete Filos eran todo lo contrario.

Fue en Etzatlán, municipio del mineral de La Mazata, donde Macario Huizar me contó con esa su voz ronca, que no siempre supe si lo era a fuerza de haber gritado o a fuerza de haber bebido:

—Fíjese nomás, compañero Siqueiros, que el otro día fui llegando a ese pueblo y yo traía una cruda que parecía perro del mal. Estaba yo todo tembloroso y no jallaba a naiden que me prestara un pinche fierro. Pero que voy pasando por delante de una reja y vide a una señora que solita estaba velando a su difunto marido. Ay, compañero Siqueiros, me acerqué a ver si aquella buena mujer me invitaba el café con piquete. Y, efectivamente, al poco rato la referida me dijo: “Pase, buen hombre”, y después nos tomamos el cafecito con trago.

”Al entrar a la pieza donde estaba tendido el cadáver, la señora me dijo: ‘Vamos rezando. Usted dice los nombres de los santos y yo lo demás.’ Entonces yo empecé: ‘San Pedro...’ Y ella contestó: ‘Ruega por él...’ Y yo otra vez: ‘San Juan...’ Y ella: ‘Ruega por él...’ ‘San Melquiades...’ ‘Ruega por él...’ ‘San Pablo...’ ‘Ruega por él...’

”Pero ay, compañero Siqueiros, como se me acabaron los nombres de los santos y aquella buena señora no terminaba, no me quedó más que seguir con los minerales de la región: ‘La Mazata...’ ‘Ruega por él...’ ‘Amparo...’ ‘Ruega por él...’ ‘Piedra Bola...’ ‘Ruega por él...’ ‘Favor del Monte...’ ‘Ruega por él...’

”Pero eso de nada me valió, porque la señora no paraba. Entonces me seguí con las estaciones de ferrocarril: ‘Estancia de Ayoles...’ ‘Ruega por él...’ ‘La Quemada...’ ‘Ruega por él...’ ‘El Ahuilote...’ ‘Ruega por él...’ ‘Tumbaburros...’ ‘Ruega por él...’ Pero que vamos llegando a Tepic, donde acaba la vía, y entonces, compañero Siqueiros, entonces...”

—¿Entonces qué, don Macario?

Don Macario ya no respondió. En sus ojos se encendieron dos lucecitas y en sus labios prendió una sonrisa maliciosa.

LOS ROJOS Y LOS POLVEADOS

Don Macario cruzaba y descruzaba las piernas. Eran las señales de que ya no podía más con su secreto y sus preocupaciones. Carraspeaba, primero con cierto disimulo y después como si quisiera atraer sobre sí la aversión de todo el pasaje.

—¿Y por qué no dice nada, compañero Siqueiros?

No hubo respuesta. Los minutos se enlazaron.

—¿Qué por qué no dice nada, compañero Siqueiros?

Era la invitación.

—Y usted, don Macario, ¿por qué no dice nada?

—¿Yo?

Nuevo silencio.

—Pos sí, compañero Siqueiros, yo ya no quiero ser comisario.

Lotra noche los compañeros me llamaron a la sala del sindicato y en montón me estuvieron diciendo cosas que ni entiendo. Quesque yo era pretoriano. ¿Y qué es eso? ¿O cree usted que yo lo sea?

—¿Pues qué pasó, don Macario?

—Pos muy sencillo. Lotra noche un compañero rojo, fíjese bien, compañero Siqueiros, rojo, como yo y como usted, se puso una borrachera y empezó a echar bala en todas direcciones y a gritar insultos hasta en contra de mí mismo. Ante ese escándalo, yo, la autoridad, ¿cómo podía quedarme callado? Fui, le di algunas patadas y lo amarré a un árbol para que se quedara quieto hasta que se le pasara la briaga. Y ahora preguntan todos los compañeros del sindicato quesque qué ventajas tiene entonces tener un comisario de los nuestros.

—Mire, don Macario, cuando un compañero rojo, un compañero del sindicato cometa alguna falta, cuando haga algo inconveniente, llámele la atención en forma correcta, explíquele por qué un compañero organizado no puede ser borracho ni provocador, obre con la mayor prudencia y emplee argumentos lógicos. Eso sí, don Macario, cuando se trate de un polveado, entonces déle hasta por

debajo de la lengua, pues no olvide que los polveados han sido corrompidos por la empresa y son nuestros peores enemigos.

Transcurrieron diez días. Don Macario estaba en sus asuntos y Siqueiros, que había ido a Guadalajara, recibió una carta dictada por el comisario de La Mazata:

Lotra noche, compañero Siqueiros, fijese bien, un compañero rojo, otra vez un compañero rojo, echó muchos balazos, muchas mentadas y escandalizó por todas las calles y hasta traiba detrás un atroz ladridero de perros. Luego luego me acordé de lo que usted me dijo y me le estuve dando muchos consejos y hasta me lo acosté en mi misma cama para que refleicionara en lo que había dicho. Pero eso sí, compañero Siqueiros, luego me agarré á un polveado, le di muchas patadas y lo amarré a un árbol toda la noche.

BACH ES BUENO PARA LOS OJOS

En Taxco, una hermosa californiana le pidió a Siqueiros que le hiciera un retrato. El día en que acudió a la capilla semiderruida en la que trabajaba y le ofreció 400 pesos, el artista creyó soñar.

“Apenas exagero si digo que mi emoción fue parecida a la del adolescente que descubre el amor y estalla en fuerza y alegría, pues en la fugacidad de un instante vi resueltos los problemas que me agobiaban.”

El gobierno del presidente Emilio Portes Gil lo había confinado a Taxco. En los límites del pueblo se levantaban las invisibles murallas que no debía trasponer. Era el precio de su relativa libertad, la condición impuesta para dejarlo salir de la penitenciaría del Distrito Federal.

Respiraba de nuevo. Se desvanecían los corredores de la cárcel, tristes y monótonos como un río sucio, pero quedaba la memoria cotidiana: Blanca Luz Brun y su bebé vivían conmigo, yo no tenía un centavo, el mercado de mi pintura era de hecho inexistente y Taxco seguía incomunicado.

El día en que la americanita llegó a mi estudio, dispuse de inmediato el sillón adecuado para ella y empecé a trabajar. Bosquejaba las líneas iniciales, estudiaba el rostro, la luz, libraba las primeras luchas para captar los rasgos esenciales de su carácter, cuando me interrumpió con la voz de quien ha de comunicar algo importante:

—Señor Siqueiros, si no ha pintado usted los ojos, mejor no los pinte, porque lo que usted está viendo no son mis verdaderos ojos.

Pensé que me encontraba frente a una de tantas turistas semi-alienadas que con frecuencia visitan el país y sin pronunciar palabra reanudé mi tarea. No lo permitió:

—Mis verdaderos ojos —y en sus palabras había pasión—

son aquellos que tengo cuando estoy inspirada tocando a Bach, porque ha de saber usted que no soy una mujer cualquiera, sino una pianista que ha conquistado renombre a pesar de su juventud.

Abandoné los pinceles y aguardé, impaciente.

La americanita no se hizo esperar. Si había que pintarla, que fuera ante el piano, pues quería un retrato con sus verdaderos ojos.

—Mis ojos, señor Siqueiros, se vuelven como de humo, bellos como luz de luna cuando interpreto a Bach.

No dejé lugar sin visitar en busca de un piano: la casa del presidente municipal, las casas de los hombres más ricos de Taxco, las de mis amigos, hasta que di con un instrumento más cercano del clavecín que del piano. Para mi mala suerte, coincidió el hallazgo con el apagón inevitable, pues en el Taxco de entonces los focos morían a las diez de la noche.

Encendimos velas y empecé a trabajar, mientras la jovencita oprimía las teclas de un instrumento desafinado y volteaba a verme para que yo pudiera apreciar la luz de sus ojos.

Al día siguiente, cuando me propuse reanudar las sesiones pictóricas en la mañana y en mi estudio improvisado, ella se opuso. Debía ser como la víspera.

—He descubierto la suprema armonía. La noche y Bach, ¿se da cuenta de lo que significa, señor Siqueiros? La noche hace temblar a la estrella y durante la noche se esclarece el misterio de la vida. ¿Comprende?

Concluí el trabajo. Me dijo:

—Es hermosísimo. Vea, mis ojos son etéreos.

EL CÓMPLICE FRATERO

Todos los días visita Jesús a David. Se interna por la crujía con paso suave, como si su presencia fuera un atrevimiento, y habla en voz baja para no llamar la atención.

Con sigilo de contrabandista saca un paquete de la bolsa del pantalón y lo entrega a su hermano menor: pellejos para el gato de la I, prohibidos en el penal.

—Gracias, Chucho.

Jesús le dice con los ojos: qué no haría por ti.

David le responde con igual silencio. No podrían vivir el uno sin el otro.

Evoca el artista:

Los días que visitábamos a algún cliente rico de papá, como a mi padrino de primera comunión, don Manuel Amor Escandón, yo detenía a Chucho a la salida de la casa.

—A ver, qué llevas

—Y a ti qué te importa.

Mi puño sobre la cara de Chucho terminaba el diálogo y yo veía caer una llave de tuercas, la perilla dorada de la cama, alguna moneda.

Así era mi hermano, pero yo me sentía orgulloso de él. Llegará a gángster, pensaba.

“Mi padre conservaba en su recámara una cómoda grande. Era del siglo XVII, de madera labrada y se decía que conservaba sus tesoros. Chucho la miraba con embeleso.”

Un día, ausente don Cipriano, le dijo Jesús a David:

—¿Sabías que cuando papá abre la cómoda se escucha música?

David se contuvo en los ojos de su hermano.

—¿Cuánto te apuestas a que la abro, sin que se oiga?

Forcejeó.

—¿Te fijaste? No se oyó nada.

En el interior de la cómoda, don Cipriano había guardado los vestidos de su mujer, sus telas de colores, los abanicos de plumas.

¿Era todo?

—David, arriba hay una caja que yo no puedo abrir. Ábrela tú, que tienes los dedos flacos.

David reaccionó con orgullo. Chucho tenía miedo, él no. Pero se equivocaba: no abriría la caja. Ceñudo, advirtió a su hermano que no lo molestara.

Se fueron. Jesús, sin un comentario, dejó entreabierta la cómoda.

La curiosidad me venció. Ya en la noche escudriñé la cómoda. En el fondo, como un pequeño animal dormido, reposaba la caja. No sé por qué recordé a Siete Filos. En el campo me hablaba de serpientes color hojarasca que se confundían con el follaje, listo su látigo mortal.

En un impulso tomé la caja y la destapé: vi monedas de oro, doblones. Pensé en los piratas. Habría dado cualquier cosa por tener en ese momento una pata de palo. ¡Y yo, en pantuflas! Me sentí desolado en mi pijama de cuadros rojos y amarillos. Los piratas no se vestían así. ¿Por qué habría nacido en esa casa? Todo me pareció estrecho y ridículo. La recámara de papá, el comedor, mi cama. El mundo, el verdadero mundo, era otra cosa.

En la escuela, enseñaba el sol en la palma de su mano. Sin duda su fama volaba ya por el colegio. Sin embargo, algunos de sus compañeros empezaron a mirarlo de lejos. Inquieto, corrió al salón y ocultó la moneda entre los papeles de su pupitre.

Sonó la campana para regresar a clase. David fue como exhalación a su sitio. Quería mirar el doblón, sentirlo de nuevo entre los dedos.

¿Sería posible? Angustiado, sin control, empecé a arrojar cuadernos y libros. El pupitre quedó vacío. Volteaba a derecha e izquierda sin saber qué hacer. En eso, los labios blancos del padre Toral me gritaron:

—*Viens ici! Le père Sabady* [el director] *t'apelle. ¡Salaud! ¡Pourriture!*

Llegué a la dirección escoltado por el padre prefecto. Caminaba sin mirarme, impasible como la justicia. Ya frente al padre Sabady, que me esperaba con los pies bien apoyados en el piso y las piernas abiertas, estuve seguro de que llegaba mi fin. ¿El fin de qué? No sabía. Pero era el fin.

—Pasa. Cierra la puerta.

Ya no contaba. Que hiciera de mí lo que quisiera.

Pero los ojos se me llenaron de lágrimas cuando me dijo en el francés más duro que he escuchado en la vida:

—Ladrón. Has robado a tu padre. Acabarás en presidio si no te enmiendas.

Escuché otras amenazas, pero nada me impresionó como su sentencia:

—Hay hijos que a su paso por la vida arrancan lágrimas a sus padres y tú harás llorar sangre al tuyo. Más valiera que no hubieras nacido. Ahora vete, pero no al patio, sino a la capilla y pide perdón a Dios y a la Virgen por todos tus pecados.

En el oratorio recé ante un cuadrito de la Virgen de Lourdes. Le hablé en francés para que lo comprendiera mejor. “Soy podredumbre, perdóname Tú y haz que papá no lllore sangre por mi culpa.”

Hincado a un metro del altar, conmovido por la fina estela de humo que se desprendía de un cirio encendido, se confiaba a la Virgen en voz alta. Pensaba que así crecería el valor de su expiación.

—¡Que te levantes, te digo!

Era el padre Toral, a quien seguramente no había escuchado cuando lo llamó por primera vez.

—De prisa, Alfaro, que tu padre te espera en la dirección.

Vestido de chaqué, como era su costumbre, de paraguas y bombín contra su pecho, don Cipriano aguardaba.

No abrió la boca cuando lo saludé tímidamente. Por primera vez en su vida me dio la mano y de su mano salí del colegio, llegamos a la casa, a su recámara. Allí estaba el doblón de oro. Nos encontrábamos solos papá, Chucho y yo.

—¡Abre la cómoda! —me ordenó.

—Yo no la sé abrir, papá.

—¿Cómo que no la sabes abrir? ¿A ver? ¡Ábrela!

—Papá, si ya estaba abierta.

—¿Que ya estaba abierta? ¡No seas cínico!

—Sí, papá, yo abrí la cajita y saqué la moneda, pero la puerta ya estaba abierta.

—¿Con que ya estaba abierta? Y se abrió sola, ¿verdad? A ver, ven acá, acércate.

Lentamente se quitó el cinturón, lo tomó por el lado contrario de la hebilla y descargó el primer golpe. David se cubría la cabeza y se arrastraba por el suelo. Pero el padre no cejaba y sólo se contuvo cuando el cinturón se le enredó en el cuerpo, la hebilla le pegó en el dorso de la mano y le abrió la piel. Al ver la sangre, David se lanzó sobre él.

—Papá, te juro que la cómoda estaba abierta. Perdóname... perdóname... Te lo juro por mi madre, por ella, papá, que la cómoda estaba abierta.

Chucho se aproximó entonces a don Cipriano y le dijo:

—Yo también te juro que la cómoda ya estaba abierta.

CAPRICHO A LA GERSHWIN

Policromía y ritmo, movimiento en la pintura y sonoridad en la música, eran para Gershwin y Siqueiros expresiones distintas de una misma pasión. Los términos dinámica y estética —decían— pueden aplicarse tanto a la combinación de los siete colores del arco iris como a las siete notas del pentagrama y de manera particular al juego de los contrarios, esencia del mundo intangible y profundo, clave del arte.

En la pintura la luz nace de la oscuridad y otro tanto sucede con la música. Si todo fuera ruidoso —argumentaba Gershwin— nada sería ruidoso, porque a una mayor riqueza de tonos circundantes corresponde una más viva sonoridad acústica en la polifonía. El compositor percibía sonidos en la pintura y el pintor colores y formas en la música. Comparaban una nota en el piano con un trazo en el lienzo y se sorprendían con los rojos y los crescendos que se correspondían de una manera casi matemática.

Siqueiros, sin embargo, se las ingeniaba para prevalecer sobre Gershwin:

Tú —le decía— puedes amar a una mujer por sus ojos, pero jamás por sus oídos. Que yo sepa aún no se escribe un poema a la oreja de la amada y en cambio no hay número para contar los versos inspirados en un par de hermosos ojos. ¿No acaso han sido comparados con las estrellas, con el cielo, con los lagos, con el mar, con el mundo?

Los ojos, querido George, son la quintaesencia de la belleza y el arte de la pintura está hecho para ellos. En cambio, ¿cuál es el origen de la música? La oreja, la fea oreja, sin luz, sin color, apenas un apéndice, un pobre añadido al conjunto soberanamente plástico del rostro.

La vida es relación. Y si la pintura es hija de la mirada, como el agua de la nube, y si la música nació de los oídos, como el

ritmo de la armonía, no hay duda acerca de cuál de las dos manifestaciones estéticas es superior.

Un día Gershwin le pidió a Siqueiros que le pintara un retrato.

—¿De qué tamaño?

—Sólo la cabeza.

Horas más tarde, dispuesto al trabajo en el departamento que Gershwin había comprado en Park Avenue y ya preparado un lienzo de 40 por 60 centímetros, escuchó a su amigo:

—Estuve pensando por qué no me pintas en vez de la cabeza un retrato de cuerpo entero. ¿Tendrías algún inconveniente?

—No, ninguno. Pero en ese caso encargaré una tela de 1.80 metros de largo y algo así como 1.25 de ancho.

Al día siguiente Gershwin había vuelto a cambiar de opinión:

—Preferiría que me pintaras en pleno concierto y de ser posible en un gran teatro rebosante de público.

—Lo que tú quieres no es un cuadro, sino un pequeño mural, pero lo haremos.

En una tela de tres metros de largo por dos de ancho, Siqueiros empezó la obra. Durante semanas observó al compositor sobre las teclas blancas y negras de su piano, evadido del mundo. Sus ojos conducían los pinceles con libertad absoluta. No sospechaba en esa época que los espacios pueden retroceder, cercar, oprimir, reducir como a un perro en su perrera. Además, pintaba en Park Avenue.

Siqueiros levantó un gran teatro. Cabrían en él cincuenta mil espectadores.

Frente a la pintura, el compositor exclamó:

—El cuadro es maravilloso, Siqueiros. Estoy seguro que ni el mejor artista podría aumentarle su valor. Pero yo, tu amigo, quiero pedirte un servicio más: que en las primeras localidades del lunetario pintes a los miembros de mi familia, a mi papá ya muerto, al más querido de mis tíos, al hermano de mi padre, ya muerto también; a la esposa de mi sobrino recién casado y que no olvides a mi mamá, que vive, ni a mi primo que tanto quiero, ni a su hermano, aquel que estudió para cura metodista y acabó en gigoló. Y si quedan butacas, no olvides a los dos únicos buenos administradores que he tenido en mi carrera.

Reunieron las fotografías de los muertos. Y fijaron horarios estrictos para las sesiones en las que posarían los vivos. En los

retratos de aquéllos, Siqueiros trabajó como miniaturista, limitado a centímetros.

Se abrazaron. El buen éxito reclamaba la mejor celebración posible.

—Con mujeres.

—¿Con dos?

—Bueno, con cuatro, dos para cada uno.

—¿Sólo dos?

—Bueno, que sean diez.

—¿Diez para los dos o diez para cada uno?

No hablamos mucho. Esa noche, en un salón del Waldorf Astoria, Gershwin y yo nos vimos rodeados por mujeres. Reunían la doble condición de espiritualidad y descaro propia de un tipo especial de señoras: hacia arriba, la pureza de los ojos y el candor que arroba, hacia abajo, las esferas y profundidades que enloquecen.

En plena bacanal, Gershwin me pidió que saliéramos al corredor. Yo sonreía con orgullosa superioridad: el maestro se ahogaba en tanta miel.

Pero no. Con voz que me pareció patética, escuché:

—A ese retrato, Siqueiros, le falta algo.

—Hay cincuenta mil espectadores y como tú abriste el concierto, los ujieres cerraron las puertas y no dejan entrar a nadie. No, de ninguna manera. Al cuadro no le falta nada, absolutamente nada.

Sacudiéndome los hombros, Gershwin me dijo, alterado:

—Le faltas tú, ¿no comprendes?

Me sentí lastimado:

—¿Tienes la impresión de que no parece una obra mía?

—No, faltas tú, tú mismo en persona. Falta tu autorretrato.

ESCÁNDALO EN LA CASA TORNELL

Nos faltaba tiempo para el estudio del desnudo en la escuela de San Carlos. Frente al prodigio del cuerpo femenino, unas cuantas horas semanales eran insuficientes. ¿Por qué es tan hermoso? —nos preguntábamos—. ¿Dónde nace su equilibrio, su gracia? ¿Habría que buscar en la ordenada función de cada uno de sus órganos el origen de la armonía arrebatada que la distingue? ¿Cómo podríamos explicarnos las coincidencias casi universales de la estética, a la vez que las diferencias profundas que van de una mujer a otra? ¿Oculta el cuerpo individual el concepto de lo bello? ¿Cambia la belleza conforme a esa sombra, a ese viento, a esa luz que es la vida?

Mis compañeros me comisionaron para que buscara un sitio, fuera de San Carlos, donde pudiéramos prolongar nuestras prácticas. Necesitábamos saber más acerca de la mujer, milagrosa como el sol, misteriosa como el calor que irradia.

Yo era amigo de Carlos Tornell, miembro de una familia de abolengo porfiriano, hijo de padres millonarios. En su casa, en la calle de Las Artes, había un taller de pintura que consumía inútiles ocios. A cambio de su usufructo le ofrecí una estatua de yeso de la Venus de Milo. Sellamos el compromiso, pero me advirtió que tuviéramos cuidado. Deberíamos tocar a la puerta de la cochera y preguntar por el mayordomo.

Con bastidores y caballetes a cuestas, con estuches de lápices, pinturas y carboncillos, al día siguiente nos dirigimos al taller. En el centro del grupo de quince estudiantes caminaba oronda la Chatita, nuestra modelo. Parecíamos excursionistas excéntricos y soñábamos en los triunfos que nos esperaban. Trabajaríamos como los clásicos y quizá entre nosotros caminaban dos o tres Miguel Ángeles y un par de Leonardos.

En tropel desnudamos a la Chatita. Quién se ocupaba de sus zapatos, quién de las medias, quiénes de las prendas íntimas. Ella

aspiraba el aire como si estuviera en el campo y paseaba su mirada por el estudio, amplio y lleno de luz. “Aquí —decía con su sonrisa— floreceremos todos.” Y posaba.

—Así no, Chatita, con el busto erguido. Piensa en tu hombre y llámalo con el cuerpo

—Pero cierra las piernas.

Empezamos a trabajar. Levantábamos afanosos nuestra vida de artistas. De pronto, una llamada enérgica en la puerta, cerrada con llave, introdujo el sobresalto al estudio.

—¿Quién es?

—El mayordomo. Ordena la señora que me permitan entrar para sacar un libro.

—Dígame que libro es. Yo se lo doy.

Larga pausa.

—Ordena la señora que tengan la bondad de abrir inmediatamente y me dejen entrar para sacar yo mismo el libro.

Siqueiros insistió:

—Dígame cuál es. Yo se lo doy con mucho gusto.

—¡Que abran, dispone la señora!

—No podemos, porque se velan —balbuceó Siqueiros.

Sentí la mirada de mis compañeros: ¿por qué diría algo tan extraño, si los dibujos al carboncillo no se velan?

Pero ahora la propia señora descargaba su ira contra la puerta:

—¿Qué están haciendo en mi casa? ¡Abran!

Aturdido, sólo tenía una respuesta:

—Se velan, señora, se velan, comprenda usted.

—Si están manchando esta casa santa... ¡Abran! ¡Abran!

El estrépito que escuchamos a partir de ese momento nos indicó que el mayordomo, auxiliado por los sirvientes, se proponía derribar la puerta. Vestimos a la Chatita con toda la rapidez posible. Alguien acercaba una media, otro le ponía la liga, alguno le ajustaba el corpiño.

—Vagos asquerosos. Revuélquense con prostitutas en los burdeles, pero no en esta casa —nos despidió una voz a punto del llanto.

El escándalo había llegado a la calle. No sé cuántas personas vieron salir de la cochera a una muchacha a medio vestir rodeada de jóvenes que arrastraban aparatos extraños de madera, los caballetes y bastidores.

- Se trata de un secuestro y una violación —oí decir.
—Sí, pero qué raro que haya sido aquí.
—Y tantos. Qué horror.
Una viejecita dio su opinión:
—Y lo peor es que son pornográficos, ¿verdad?

ANTE LA MUERTE, SERENOS Y PROCACES

La patria y un sentido elemental y primitivo de la hombría fueron para el joven Siqueiros dos conceptos difíciles de disociar. La patria era el sol y al calor de sus rayos se desarrollaba el machismo. En sus conversaciones de entonces la pistola tenía el valor de un símbolo y la vida la entendía como un premio al arrojo.

Junto a todo esto había una búsqueda. ¿Qué era México? ¿Y su arte? Las preocupaciones de Siqueiros, compartidas por Rivera, tocaban apenas una imprecisa idea nacional-populista. Sentían la necesidad de apartarse de la influencia europea, expresarse con voces genuinas y vivir a partir de una herencia propia.

Éramos infantiles en el sentido más profundo del término. Cuántas veces no exageramos y deformamos nuestro amor por México y cuántas no hicimos gala de machismo. Gozábamos cuando alguien decía, igual que nosotros, que México era el país donde los hombres, y también las mujeres, se mataban hubiera o no motivo.

Recuerdo el asombro que produjeron mis mentiras chovinistas durante el primer viaje que hice a Europa a bordo del Alfonso XII, el más viejo de los barcos de la Transatlántica. Yo estaba recién licenciado del ejército de la Revolución mexicana y las escenas sangrientas de las que había sido testigo permanecían en mis ojos. Llevaba la muerte conmigo. Era como si se hubiera adherido a la piel y hubiera penetrado a la conciencia. Había visto caer a tantos hombres que dudé de la vida.

Envuelto en mi prestigio de oficial de la División de Occidente, comandada por el general Manuel M. Diéguez, decía a los pasajeros y oficiales españoles reunidos en la sala principal del Alfonso XII:

En México nos matamos porque sí. Y eso es lo extraordinario. Hace apenas unos días, antes de embarcar, una amiga mía le dijo

a otra amiga mía, y fíjense bien que eran mujeres y no hombres quienes así hablaron y actuaron:

—Oye tú, ¿nos matamos?

—Pues nos matamos.

...Y se mataron.

—Coño —protestaban algunas personas entre mi público—, pero debe haber habido entre ellas alguna causa oculta, un rencor escondido, algo que usted ignora.

—Nada de eso. Se mataron por matarse y en eso radica lo extraordinario de su gesto. Sólo aquel que no se piensa centro del mundo y eje de todas las cosas, sólo aquel que vive con desprendimiento puede alcanzar esas cumbres de heroísmo.

Yo exageraba hasta lo increíble el hecho fundamentalmente cierto de que en la Revolución mexicana no se supo que era eso de tomar prisioneros, pues a los soldados cautivos se les liquidaba antes de que pudiera constituirse un tribunal para juzgarlos. Sostenía que el valor mexicano frente a la muerte, heredado por igual de los indios extractores de corazones que de los gángsters de Hernán Cortés, se manifestaba en actos típicos reveladores de una nueva poesía.

El general Pantoja, por ejemplo, pasado por las armas después de una batalla en la que le tocó la peor parte, fue así al encuentro de su fin:

Vestido lujosamente de charro, gallardo con su traje negro recamado de plata, se colocó ante un nopal que habría de servir de paredón. Sin un gesto de temor, frío como el hielo, tranquilo como si hablara a un grupo de servidores, dijo a los hombres que le apuntaban con sus fusiles:

—Muchachos, dispáren con cuidado, no vaya a ser que maltraten esta maravilla.

Y con un movimiento de cabeza aludió a su sombrero de fieltro adornado con calaveras de plata que refulgían al sol.

Nada, sin embargo, como el gesto de un mayor de los Dorados de Villa, derrotado por el general Álvaro Obregón después de los combates de Trinidad.

A un metro del prisionero, ordenó:

—¡Que lo cuelguen!

El mayor mantuvo la vista en los ojos verdes de Obregón. En unos segundos nada dijo. Pero insinuaba ya una sonrisa burlona

y su rostro picado de viruelas adquiriría poco a poco una expresión maligna, hasta que una muestra de triunfo y desprecio acabó por desfigurarle al decirle a su victimario:

—Muchas gracias, general. Así me pelará usted... —y aludió con una risotada espantosa, diabólica, al espasmo sexual que sufren los ahorcados precisamente en el momento en que cesa el temblor de su vida.

ANGÉLICA, ¿POR QUÉ NO LLEGAS?

Es un 22 de febrero. Hace frío y en el interior del polígono, sentados sobre sillas de fierro, el frío cala aún más. Algunos reos permanecen a corta distancia con las manos en los bolsillos y otros van y vienen sin dirección, muñecos envueltos en su propio vaho.

La boca de Siqueiros sigue muda. Ajeno al mundo del que forma parte, ni mira a los reclusos enjaulados tras los barrotes de sus crujeas. En otras circunstancias habría aludido “a las venas de acero que cruzan a estos pobres hombres”. Lo miro como si el frío hubiera penetrado en su alma y allá adentro lo fuera congelando todo.

¿Qué pasa con este hombre que rebasa la melancolía y llega a la desesperanza? Permanece inclinado hacia el cemento del piso, seco, sin hendiduras, igual que las almas lisas de las que nada nace y en las que nada crece.

El interior de Siqueiros secreta jugos y humores que se filtran hasta sus escondrijos recónditos. Hay un cambio en él, una alteración. El frío se hace nieve y la nieve, lodo.

—¡Hijos de la chingada!

Más violenta que la frase es su mirada. Los ojos de Siqueiros parecen menos separados, las comisuras de sus labios están marcadas por dos arrugas y el puño de su mano derecha golpea la palma de la izquierda:

—Si dentro de tres meses no me sacan de aquí, se van a arrepentir, óiganlo bien.

Sólo a él pertenecen sus pensamientos:

—Soy un hombre preso. ¡No puedo más!

Y deja escapar un remedo de sollozo.

La cabeza se derrumbó sobre el pecho, las venas se abrieron al paso de la sangre. Siqueiros desearía mantenerse en la línea de uno de sus murales famosos: *Postrado, pero no vencido*. Sin embargo, su alma se quebró momentáneamente, pero reacciona. ¿Débil él? Apela a su energía. Sus sentidos se inflaman de nuevo y buscan los

mil murmullos de la existencia, sus incitaciones, sus cantos ocultos, sus misteriosos rumores, los juegos de la luz y la sombra. Siqueiros se afirma en la certeza de su vida. Dejará para más tarde, a solas quizá, la meditación sobre la alternativa que poco antes se planteó, desesperado:

—O salgo de aquí por mi propio pie o salgo con los pies por delante. Pero abriré las puertas de la cárcel antes de tres meses.

Un reo avanza en una semidanza negroide. Siqueiros lo mira con humor, otra vez en el cauce de su existencia.

—¿Lo ve, ese que viene directo a mí, el que sonríe como si se burlara de todo? Apenas ayer me dijo: “Oiga, compañero Siqueiros, ¿cómo haré para que Dios me preste diez pesos?” “Pues vaya y pídaselos. Y si no se los presta, a ver si yo se los puedo dar.”

Se fue y horas después regresó. Yo sonreí por su fracaso con Dios y le entregué el dinero sin más trámite, pero él me observó con astucia y me ensartó: “Yo sabía que Dios le tocaría a usted el corazón para que me prestara los diez pesos.”

El pintor va de una historia a otra, quizá para no escucharse.

¿Nunca le conté de Frade, a quien llamamos Fraudito porque cometió un fraude que lo trajo aquí? Es bajito, compañero en la cruzía Y. Da lástima por su asma, pero en muchos provoca envidia porque habla francés.

Pues Fraudito sufre porque un recluso de apellido Franco, italiano por cierto, dejó marcado en la pared de su celda, con letras enormes que recubrió con chapopote, un poema de Apollinaire. Fraudito dice que es un poema estúpido, ofensivo. “Imagínate, Siqueiros, soportar eso todos los días, todas las noches.” Los ojos se le empañan aún antes de recitarlo con la repugnancia del hombre bueno y cándido al que obligan a contar una historia obscena:

Con sus cuatro dromedarios,
don Pedro de Alfaro Ubeira
recorrió el mundo y lo admiró.
Hizo lo que yo hiciera
si tuviera un dromedario.

Deja a Apollinaire. Algunas historias sobre reos aristocráticos mantienen activa su mente. Los describe: de maneras finas, de piel blanca y delicada, de buen porte, arrogantes. Uno de ellos le contó a otro que el fajinero encargado del aseo de su celda se lava la boca con su cepillo y su pasta de dientes.

—Mira —le aconsejó su compañero—, para acabar con esa maldita costumbre no tienes sino una solución: pon en el tubo polvo de veneno para las ratas.

—¿Y si se da cuenta?

—No se dará cuenta de nada.

La historia se conoció apenas ayer. No se sabe si el fajinero, quien nunca antes se había lavado los dientes, quedaría con vida o si de la enfermería iría directo al panteón.

Siqueiros sigue atento a los hombres más próximos, los únicos con los que ahora cuenta.

Una vez conocí a un preso que se había dejado crecer la barba. Parecía norteño por su manera de hablar y poco se sabía de él, pues era tan retraído que ni con su compañero de celda cruzaba palabra. Me atreví a preguntarle:

—¿Qué le pasa, amigo, por qué está usted aquí?

—Ay, amigo Siqueiros, las cosas de la vida. Yo quería a una mujer más que a mi madre y a toda mi ascendencia. La quería más que al aire que respiramos, más que a la sangre de mis venas, más que al sol, pero aquella mujer no podía salir de su casa porque su familia no la dejaba. Pero una noche, después de mucho insistir, de mucho rogar, conseguí que le permitieran ir al teatro conmigo. Yo no soy rico, compañero Siqueiros, pero gasté todo el dinero que tenía en alquilar un palco para los dos solitos. Y que voy llegando al teatro y que busco mi palco, lo encuentro, abro la puerta y veo que está lleno de militares. Creí que me había equivocado y salí, pero no, ése era mi palco. Volví a abrir la puerta y a un capitán que estaba hasta atrás, porque más adelante había unos coroneles y creo que hasta un general, le dije:

—Oiga, mi capitán, este palco es mío.

Pero el capitán me contestó:

—¡Cállese! No haga ruido.

—Pero mi capitán, si el palco es mío.

—¡Le digo que se calle! —y levantándose y agarrándose de las solapas me sacó a empujones del palco.

Ay, amigo Siqueiros, que eso me lo hagan a mí solo y yo me bebo mis lágrimas, pero delante de aquella mujer que era más que mis manos y mis ojos, que era todo mi presente y toda mi esperanza, eso no, amigo Siqueiros, eso no podía permitirlo. Loco de dolor, de rabia, saqué la pistola y sin pensar en nada acabé con toditito el palco.

Transcurre el tiempo. El sol está ya alto, más allá del mediodía. Siqueiros ve continuamente el reloj.

“¿Y Angélica? Qué raro que aún no haya llegado. Si debía estar aquí desde las doce.”

Siente el pintor la mirada que lo interroga:

El reo es un hombre obseso. Una alteración en sus planes constituye para él una catástrofe. El horizonte de su vida es tan estrecho como la carátula de un reloj. En el mundo del presidiario él mismo es las manecillas. Ha de recorrer un camino siempre idéntico y a igual paso todos los días, ¡todos! De las doce a la una, de la una a las dos, a las tres, a las cuatro, segundo a segundo, minuto a minuto, y otra vez a empezar.

Pero Angélica, ¿qué habrá pasado? ¿Por qué no llega? Dígame, ¿qué horas tiene?

INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA MARIGUANA

Diego Rivera hablaba ya como un dueño de la verdad. De estampa imponente, conducía al auditorio como le daba la gana. Decía en el Anfiteatro Bolívar, de la Universidad Nacional:

“Lo extraordinario del arte de los toltecas, como de todos los creadores prehispánicos de México, particularmente de los pintores, se debe a que trabajaban bajo los efectos de la *cannabis indica*, ó sea, la mariguana.”

El catolicón Juan Charlot, con su aire de seminarista; Ramón Alva de la Canal, con sus ojos verdes y su actitud de gachupín derrotado; Emilio García Caero, defensor de Hernán Cortés hasta la gresca; Fernando Leal, cruel como un cuchillo frente a los errores gramaticales y de dicción; Fermín Rivera, impetuoso, con inmensos ojos de mujer hermosa; José Clemente Orozco, retraído y en actitud de defensa para el ataque, todos ellos y Siqueiros, casi en coro, exclamaron: “¡Nooo! ¡Nooo!”

El eco de los monosílabos expresó el asombro de los jóvenes creadores. Luego, el silencio.

Xavier Guerrero, monótono y aburrido, descendió a la realidad:

“La proposición del compañero Rivera, pues creo que debemos considerarla como una proposición, no deja de ser interesante. Alguna explicación debe tener la infinita subjetividad manifiesta en las obras de nuestros ancestros.”

Siqueiros, inclinado a las soluciones corporativas, dijo:

“¿Y por qué no planteamos este problema a los miembros de nuestro sindicato, el Sindicato de Pintores, Escultores y Grabadores Revolucionarios de México, ampliando la reunión a los miembros de la cooperativa anexa, nuestra Cooperativa Francisco Eduardo Tresguerras?”

La recomendación fue aprobada y se citó a una asamblea que trataría sólo el punto, redactado en los siguientes términos textuales:

“¿Existen medios para acrecentar el poder creador en el arte de la pintura?”

La reunión, dos días después, descansó en Diego Rivera. Durante tres horas todos escucharon al ponente, airoso, campeón.

Habló del uso de las drogas entre los egipcios, entre los griegos, entre los romanos y entre los grandes creadores de la Edad Media. Regresó a la primitiva cultura china y la enlazó con la civilización de los incas y algunas otras que florecieron en la América Latina. Llegó a México y apoyó su teoría en libros que había aprendido de memoria. Concluyó: superior al opio de los chinos, a los estupefacientes egipcios, a los inciensos perturbadores de los tiempos en que los católicos fueron verdaderos cristianos, es la hierba maravillosa, el cáñamo del más bello nombre, el narcótico incomparable que libera el espíritu y que conocemos con el nombre de marihuana.

Elevado a otro mundo por su propio ímpetu, Diego terminó:

“Pido a ustedes, compañeros, que sin más trámites se tome el acuerdo de fumar *cannabis indica* y que este acuerdo sea cumplido por todos los miembros del Sindicato de Pintores, Escultores y Grabadores Revolucionarios de México y que se invite a uno que otro de los partidarios de este arte menor y casi despreciable que es la literatura.”

No hubo discusión. Con la mente en el futuro a su alcance, la asamblea aprobó fumar marihuana.

Con voz de escolapio, todavía alguien preguntó:

“¿Pero no sería conveniente que una persona experimentada nos sirviera de instructor?”

Respondió Diego:

“Naturalmente, y tengo el candidato.”

Cuenta Siqueiros:

Al día siguiente, como a las seis y media de la tarde, hizo su entrada al Anfiteatro Bolívar un señor grueso, rubicundo, con sombrero de carrete y todo de blanco a pesar del invierno que llegaba a la piel. Sostenía una maleta en la mano derecha y fue evidente para todos que traía consigo el secreto de la creación plástica.

—Sin duda alguna —empezó— la marihuana ha sido hasta ahora lo único trascendente que México ha dado al mundo.

Luego de un silencio cargado de significaciones, agregó:

—Pero con ello, muchachos, le ha dado todo lo demás.

Abrió su maleta:

—Aquí, muchachos, en esta petaca que no me ha costado más que un peso cincuenta centavos, hay ciencia, hay amor, hay política, hay todo lo que ustedes necesitan para construir el arte monumental con el que sueñan.

Fermín Rivera, excitado de arriba abajo, interrumpió a Chema:

—Propongo que enviemos inmediatamente una protesta al presidente de la República y a las autoridades que consideran alto delito la distribución de la mariguana. Que se haga constar —agregó, más nervioso aún— que la prohibición de la mariguana, dictada por los conquistadores y reafirmada por los virreyes, tuvo por objetivo la decadencia de América para así sojuzgarla.

Chema, el mentor, pudo continuar:

—Pero han de saber ustedes, mis queridos muchachos, que esta hierba maravillosa también se puede ingerir en forma de té o espolvoreándola sobre bollos de mantequilla, lo que les recomiendo, porque además de sabrosísima es igualmente eficaz para avivar la imaginación, la voluntad, la serenidad y, sobre todo, la capacidad creativa.

Alguien —quizá Xavier Guerrero— lo interrumpió para preguntarle si se refería también “a la creación de los niños”.

Imperturbable, respondió:

—Cuando hablo de la creación me refiero tanto a la creación metafísica como a la creación física, origen y germen de todas las creaciones humanas.

Pero añadió:

—Que nadie pretenda utilizarla como una especie de afrodisiaco. La mariguana no exalta el impulso sexual. Lo regulariza y lo perfecciona. Debo subrayarlo en respuesta a aquellos que ven en ella un vicio y, peor aún, un vicio que genera vicios, los vicios más graves.

Volteó hacia Revueltas:

—Eso sí, un verdadero mariguano no puede ser un verdadero borracho. Si el fumador de mariguana traiciona a la planta milagrosa y la mezcla con alcohol, la hierba se venga y hace de él un criminal.

Francisco Reyes Pérez, hermano de Roberto, mi ayudante —evoca Siqueiros—, fumaba marihuana, la bebía en infusiones de té, la pulverizaba en bollos y no se apartaba de la botella de aguardiente.

Un día fue al Museo de Antropología, en la calle de Moneda. Iba marihuano y borracho. Era un Reyes Pérez que desearía no volver a ver: desorbitado, sin una gota de sangre en el rostro, trémulo. Excitado, desfallecía. Lo seguí rumbo al museo y ya en su interior se vistió como fray Bartolomé de las Casas, tomó una espada de tiempos de la Conquista, que bien pudo ser la de Pedro de Alvarado, y en arrebatos de locura atacó a los miembros de la administración, a los guardianes y a los mozos. Ese día terminó en la cárcel de El Carmen; más tarde, fue llevado al manicomio de la ciudad. Allí pinta desde hace cuarenta años.

Entre nosotros, muchos lo han olvidado. Pero él nos recuerda y más que al grupo de alegres compañeros que fumaban marihuana, al maestro de ropa blanca y sombrero de carrete.

En la oscuridad de su mente, en esa selva a la que no llega la luz, una idea lo nutre: su pobre amor de trastornado, su devoción a Chema.

Una vez estuve con Francisco y lo encontré con veladoras al frente y a los lados. “Son para él”, me dijo.

ADIÓS Y CHINGA A TU MADRE

Diego es broma y juegos, fantasía y luces de colores, Diego es un carrusel detenido por la muerte. Lo recuerdo en sus poses de héroe y matón de la Revolución mexicana y renuevo una emoción parecida a la ternura. De huesos blandos, no tiene lugar en la historia brutal de nuestro movimiento armado.

Para conocer realmente las últimas vetas de la Revolución hacen falta centenares, quizá miles de testimonios relatados con la sinceridad de quien busca en el fondo de su memoria para soltar lo que sabe.

Refiere Siqueiros, a este propósito:

Vencedor Francisco Villa en un combate furioso, algo más de cinco mil prisioneros fueron trasladados de la sierra de Chihuahua al centro de Sonora. Yo observaba distraído su marcha lenta camino a la muerte, cuando un joven de mi edad, unos diecisiete o dieciocho años, me gritó: “¡Payaso!” Así me decían en uno de los colegios de párvulos donde estudié y en el acto supe de quién se trataba. Olvidé mi grado de subteniente, que éramos enemigos y me lancé para darle la mano. Él, sin un temblor, me dijo:

—Me van a quebrar. ¿Qué tú no podrías hacer algo para impedirlo?

¿Qué podía responderle? Abrí los brazos, hice un gesto y me quedé callado. Entonces él, tendiéndome la mano, me dijo:

—Bueno, adiós y chinga a tu madre.

EL TESORO DE LUIS I. RODRÍGUEZ

A su regreso de la guerra de España, caída la República, Luis I. Rodríguez compró a Siqueiros uno de sus cuadros famosos: *Postrado, pero no vencido*. Un hombre yace en el suelo —“el pueblo por el que luchamos tantos mexicanos”—, pero allí mismo, sobre la tierra que muerde, fragua el desquite.

“La obra es una figura en escorzo”, explicaba el artista a varios amigos, cuando uno de ellos propuso visitar al licenciado Rodríguez para apreciar la pintura con detenimiento.

Acompañados por su esposa —“Luis está fuera”—, ya en la sala buscaron el cuadro. Iban los ojos a una pared, luego a otra, se comunicaban las miradas entre sí y volvían a la pesquisa. La obra debía colgar en la estancia, en el lugar más visible, pero no aparecía por ningún lado. Sabían que el licenciado Rodríguez lloraba a la España vencida y que al comprar el cuadro le había dicho a Siqueiros: “Es un símbolo. Me ayudará a vivir.”

Turbada, comentó la señora Rodríguez:

—Su cuadro, señor Siqueiros, es el tesoro de esta casa.

—Gracias, señora. ¿Podríamos verlo?

—Provisionalmente lo tenemos en el pasillo que da a la biblioteca. A Luis le gusta tanto que aún no ha encontrado el lugar apropiado para él.

—¿Vamos, señora?

Se internó el grupo por un corredor estrecho y húmedo. Al fondo, entre sombras, toparon con *Postrado, pero no vencido*.

—Señora, permítame tomarlo para verlo en la luz.

Descolgó Siqueiros el cuadro y miró, incrédulo: protegía una caja fuerte.

Rieron todos, nerviosos.

—Pues sí —deslizó alguien—, es el tesoro de la casa.

Una voz lo corrigió:

—Sólo el guardián.

JUSTICIA MEXICANA EN EL TOBOSO

En los días de la revolución española, Siqueiros se reunió en Valsequillo con el coronel mexicano Juan B. Gómez, jefe de la 92 brigada mixta. El pintor viajaba a Pozoblanco para ponerse a las órdenes del coronel Pérez Salas, jefe del Octavo Cuerpo del Ejército, pero deseaba ver a su compatriota e hizo un alto en el camino.

Se saludaron con afecto de años. Juan B. Gómez lo invitó a cenar con su estado mayor.

—Con mucho gusto, pero sólo que obtenga usted la autorización correspondiente del mando al que estoy adscrito.

La respuesta fue satisfactoria. Dispondría de ocho horas.

Al lado del coronel esperaba el momento de pasar al comedor, cuando varias guardias condujeron hasta nosotros a un soldado no mayor de veinticinco años. La guerra dibuja en el rostro de sus actores el mundo subterráneo del hombre que va a matar y del que va a morir. Preparado para todo, me sorprendió la altanería del militar cautivo. Miraba con desdén y su bigotito afilaba la ironía de unos labios delgados. Parecía un aristócrata.

El muchacho escuchó indiferente:

—Es la tercera vez que se te agarra *in fraganti* diciendo que estamos perdidos y que es criminal que sigamos derramando sangre. Tus discursos favorecen al enemigo y como reincidiste en actos de traición, esta misma noche te voy a matar. Que te lleven a la cocina y te den bien de cenar, pues ahora mismo yo, mi compatriota, el teniente coronel Alfaro Siqueiros y los oficiales de mi estado mayor haremos lo mismo que tú. Y después, prepárate. No verás el amanecer.

Cenaron tranquilamente, intercambiaron chistes —colorados se dice en México, verdes en España—, brindaron a la salud de la causa republicana, hablaron de lo que significaría para América

Latina la derrota del franquismo y comentaron incidentes de la lucha. Ya para terminar, el coronel Juan B. Gómez preguntó a su invitado:

—¿Querría usted acompañarme a matar a ese muchacho traidor que nos trajeron hace poco?

—Mi coronel, sus deseos son órdenes.

La mirada de Gómez viajó hacia los oficiales españoles que habían cenado en su mesa. Unos irguieron la cabeza, otros esbozaron una sonrisa forzada, alguno encontró refugio en el mantel, caída la cabeza.

Todavía bebimos café y el desagradable coñac de la intendencia. Pero la atmósfera era otra. Los minutos pesaban.

—¿Vamos? —interrogó Juan B. Gómez, dejó su asiento lentamente, como era su costumbre, y se dirigió a la cocina:

—¿Te dieron bien de cenar?

El condenado ni miró al oficial.

—Ojalá haya sido así, porque en este momento vas a venir con nosotros.

Luego, en el tono de quien ordena y consulta, guardó las formas:

—¿Le parece que nos vayamos en su coche, que a primera vista es más cómodo que el mío?

—Bien, mi coronel.

Al lado del chofer iba mi comisario, un valenciano ya viejo de apellido Castañer, y atrás, junto a la ventanilla izquierda, Juan B. Gómez, el reo al centro y yo a su derecha.

Enfilamos rumbo a la granja de Valle Hermoso. Cada uno de nosotros se comportaba como si fuera responsable de la marcha del vehículo, la vista clavada en la oscuridad.

Me habría aliviado escuchar un comentario, alguna palabra que me distrajera. Al rato escuché las ametralladoras que disparaban a lo lejos.

El coche avanzó, apagados los faros. Nos aproximábamos a la línea de fuego.

El coronel Gómez habló; sentí un estremecimiento al lado.

—Cuando pases por el cruce con el pueblo de Toboso —ordenó al chofer— haz la contraseña a la ambulancia que está por allí cerca. Que nos siga y recoja el cadáver.

Llegamos a Toboso y otra vez, enérgico, indicó al oficial médico a cargo de la ambulancia:

—Síguenos. En veinte minutos estará libre.

Una tos nerviosa dominó al prisionero. Camino a Valle Hermoso vi con disimulo su anillo en el anular izquierdo y observé el movimiento intermitente de sus manos. Temblaba.

Rodeados por la oscuridad, cerradas nuestras almas, recorrimos todavía algunos kilómetros.

—¡Detente!

El coronel Gómez descendió del vehículo. La portezuela izquierda quedó abierta y un aire helado nos desnudó. El prisionero permaneció quieto.

Sentí sus ojos y escuché una voz débil:

—¿Yo también me bajo, mi teniente coronel?

Rehén del horror, respondí:

—Pues yo creo que sí, pues es a ti al que van a matar.

Al muchacho le pesaban las caderas como dos enormes plomos. Repentinamente, sin embargo, en un esfuerzo que creí sobrehumano, se incorporó y salió por la misma puerta del coronel.

Yo abrí mi portezuela. Oí dos golpes, uno metálico y amortiguado, como el de un timbal que golpea en la oquedad de un cañón, y otro, opaco, el de un fardo que cae, el del preso que se desplomaba en un lugar inverosímil, sacrílego, lejos del campo o de algún río, en el asfalto miserable.

Vi al coronel Gómez que enfundaba su pistola y vi también al muerto. Una mancha más oscura que la noche, azul grasosa, se extendía sobre el piso.

¿Y si aún vive?

Saqué mi revólver y disparé. Seis tiros penetraron a la altura de la sien inerme.

Aunque no miraba al chofer ni al ayudante que nos acompañaban, un calor opresivo me hizo sentir que estaban aterrorizados. En un momento habría de comprobarlo: el chofer, al dar la vuelta para regresar a Valle Hermoso, calculó mal la curva, se montó sobre el pretil de la cuneta y el carro saltó y cayó sobre el cadáver.

Regresamos al cuartel general de la 92 brigada. En el largo patio de la casa ocupada por la oficialidad nos aguardaban los

miembros del estado mayor y el personal de intendencia. ¿Llegaríamos con el muchacho de vuelta?

En España eran típicos los llamados paseos, esto es, la muerte a sangre fría, en parajes apartados de la carretera.

Pero lo que nosotros habíamos hecho, extranjeros al fin y al cabo, estaba rodeado de un aparato extraño, de una metódica crueldad.

Cuando los soldados y oficiales no vieron a nadie más y observaron que nos encaminábamos a las oficinas del coronel, muchos rostros se volvieron y algunas bocas escupieron.

Poco después, el jefe de la 92 brigada mixta fue conminado a presentarse en Cabeza de Buey. Sería sometido a interrogatorio. A mi vez, fui llamado a declarar como testigo.

Nuestra calidad de mexicanos en servicio voluntario de la República española determinó que al coronel Gómez sólo se le hiciera una severa amonestación.

PERO, ¿DE QUÉ COLOR ES EL ALMA?

Al lado de las complicaciones de perspectiva y composición que representa un mural, el alma de Macario Huízar era simple como un dibujo a lápiz.

En las asambleas y mítines de la Federación Minera y de la Confederación Sindical Unitaria, de la que Siqueiros fue presidente fundador y secretario general, siempre tenía cerca al comisario de La Mazata, porque decía las cosas más sencillas y a menudo con una belleza difícil de igualar.

En cierta ocasión, un grupo de líderes de la ciudad de México hablaron en un lenguaje ajeno al de los mineros de Jalisco. “Los pulpos de Wall Street”, “los tiburones del imperialismo”, “los extorsionadores del pueblo” fueron frases que salieron a relucir en sus discursos.

Don Macario no despegaba los ojos de los oradores. Parecía un cronista dispuesto a contar los detalles de la reunión, hasta que pidió la palabra a su manera, es decir, con la mano derecha levantada muy en alto y los tres dedos del centro abiertos en forma de tenedor.

En la tribuna dijo:

—Compañeros, estos señores nos han querido decir que en el cerro hay muchos venados... que los venados no son de naiden... que todos tenemos derecho a comer carne de venado... pero, compañeros, hay muchos muy pocos que tienen rifles para cazarlos.

¿Dónde está la poesía, dónde se oculta? La pregunta me inquietó hace no sé cuántos años. Volví a ella al escuchar a Macario Huízar. Pero la primera vez que me interrogué fue en la cárcel y frente a un grupo de mariguanos.

Los viciosos discutían acerca de mil cosas: de las mujeres, del sexo, de la parranda, del alcohol, de la droga, de la libertad. Sus piernas colgaban en el vacío, pues permanecían sentados en la orilla del corredor del piso alto de la crujía, mientras sus manos

como serpientes se enrollaban en el barandal de fierro que los protegía contra una posible caída.

Una frase atrapó mi interés:

—Oye túuuu, ¿a qué no me dices de qué color es el almaaa?

—¿Qué quéee?

—Sí, mano, ¿que de qué color es el almaaa?

—Mira tú, que güey eres. El alma es de color del aguaaa.

—¿Del agua, manitooo? Pos tú sí que eres pendejo. El alma es del color de la nubeee.

—¿De la nubeee? ¿De la nubeee? Voy voy, si cualquiera sabe que el alma es del color de la espuma.

Así charlaban cuando pasó junto a ellos un asesino célebre en la prisión: Romero Carrasco, quien había matado a su tío, a su tía, a la criada de sus tíos y a un perico.

—¿Qué de qué color es el almaaa? —preguntó aquel hombre alto y bien parecido—. ¿Qué no saben, güeyes? El alma es color tornasol y cambia como la luuuz, como la sombraaa, como el maar, como los amanecereees, como las rosaaas, como el amoor.

COMO UN BARCO SIN DESTINO

Los ojos húmedos y renegridos de Jesús sugieren la brasa entre las cenizas y sus labios secos y delgados llevan a pensar en un mundo cerrado.

De niño su timidez y la tristeza de su rostro pálido lo aislaron de sus compañeros. En la soledad creció misterioso su mundo interior.

Una vez —cuenta su hermano—, todavía de pantalones cortos, me despertó para decirme:

—Oye, David, en el comedor, entre los pliegues del mantel, hay un peso cincuenta que no es de nadie.

—¿Cómo que no es de nadie? Seguramente es de doña Juanita (nuestra ama de llaves).

—No, David, te lo juro, no es de nadie.

—Déjame dormir.

—Te doy mi palabra. No es de nadie. ¿Quieres que cojamos el peso cincuenta? Verás que no pasa nada.

Chucho tomó el dinero y a la mañana siguiente lo repartimos y nos atiborramos de pirulís. Cada pirulí costaba un centavo. Qué miradas las que dirigíamos a las golosinas, más dulces que el azúcar y de los colores verde y rojo de la bandera.

Llegó la noche. Durante la merienda observaba a Jesús. Era la inocencia misma. Pero cada vez que papá le hablaba o se dirigía hacia mí, pensaba: “Ya estuvo, ya estuvo” y sentía el miedo que se adelantaba a sus golpes. Pero nada ocurrió y nos fuimos a dormir.

Al acercarse Jesús a mi cama, igual que la víspera, algo se desató dentro de mí. Lo esperaba, ansioso.

—¿Ya viste, David, que el peso no era de nadie?

—Sí, Chucho.

—¿Quieres que te diga algo? Estoy seguro que hay otro peso cincuenta en el mantel.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no vas a buscarlo?

Regresé con el peso cincuenta y contemplé a mi hermano con la admiración del niño por el hombre grande.

—Mira —le dije.

Qué días aquellos. La vida era el furtivo viaje al comedor.

Crecimos. Jesús se fue a Chihuahua, casó allá y radicó en los Estados Unidos con su familia. Yo participé en la Revolución durante cinco años, pinté murales, fui expulsado de México y trabajé tres años en Paraguay y Argentina.

De Buenos Aires embarqué rumbo a Nueva York. Sabía que allí se encontraba Chucho y varias veces, a lo largo de la travesía, evoqué nuestra conversación de niños. Ya mayores no había razón para que conservara el secreto. ¿Había robado y para asegurarse mi complicidad inventó el ardid del mantel?

En los muelles lo abracé y conocí a sus hijos, David y Teresita, entonces muy pequeños. Platicamos a lo largo de los espigones y en una pausa lo tomé del brazo:

—Chucho, revélame el misterio del mantel y el peso cincuenta. ¿Te acuerdas cuando me dijiste, una noche...?

Pero él, deteniéndose de golpe, me interrumpió:

—¿Qué dices? Si yo te esperaba con la misma curiosidad para hacerte igual pregunta.

Vi la tarde: brumosa, impenetrable, igual que los barcos anclados en el muelle.

DESPUÉS DE MÉXICO, SOLAMENTE ITALIA

La pintura era la respiración de Rivera y Siqueiros. Ávidos por decorar el mundo, teorizaban con la facilidad del niño que inventa historias que son su vida. Radicaban en París y se preguntaban con cada amanecer cuál podría ser su futuro en México.

Sus ojos y sus dedos miraban y tocaban los muros como carne viva. Había que embellecerlos para el mayor público posible. El arte para unos cuantos secaría su capacidad creadora. El genio —estaban convencidos— nace en el misterio de la intimidad, pero estalla en la luz. Trasladarían a los grandes espacios los colores que visten el cielo y la tierra.

Decía Siqueiros, en Lecumberri:

Escuchábamos en esa época, vaga y excepcionalmente, que los discípulos de Ingres habían impulsado un modelo de pintura mural en algunos templos de París. Dimos con ellos. Caminamos por las iglesias como por templos vacíos. No había un alma que se interesara por los viejos mentores.

Por esos años, los veinte, se proclamaba que el arte era resultado del esfuerzo individual y se decía que toda asociación entre artistas no sólo era inconveniente, sino mortal para el proceso de la creación.

Diego y yo, junto con pintores españoles, chilenos y algunos franceses que nos rodeaban, percibimos la pesantez de la atmósfera. Cada día exaltábamos con voz más alta el trabajo por equipo bajo la dirección del maestro. “A la manera de los clásicos”, dijimos. Y luego, a gritos: “¡Sólo como ellos!” El trabajo colectivo había demostrado a lo largo de los siglos su valor para los fines de la creación y su eficacia insustituible como instrumento pedagógico en el arte.

¿Sabíamos con precisión cuál era el camino? Lo dudo. Pero nuestro mexicanismo, que explotaba a cada momento como reacción contra las formas estereotipadas, nos hacía buscar el golpe del aire y el ardor del sol.

Éramos románticos. Eso era todo.

Siqueiros habría querido viajar por Italia y seguir a Grecia. En su calidad de becario de la Secretaría de Guerra para el estudio del arte, tenía que participar en las prácticas y simulacros del ejército francés en Saint-Cyr. Se quedó en París. Diego partió.

“Durante años guardé sus cartas y las pequeñas notas que me enviaba regularmente. Constituían algo así como el informe oficial de sus hallazgos en Italia, siempre a propósito de nuestra nueva y absorbente preocupación, el muralismo. Apuntaba conceptos interesantes sobre el método de la composición que, decía, ‘él había descubierto en la obra de Giotto, en Asís’.”

Rivera se dolía: “¿Cómo puedo haber perdido tanto tiempo pintando cuadritos?”

También protestaba: “¿Por qué si puedo volar, he permanecido todo este tiempo en una jaula?”

La búsqueda de Diego en Italia partió del prerrenacimiento para atrás. La época posterior a este periodo —afirmaba— carecía de valor. Miguel Ángel, en pintura, no así en escultura, le parecía un *bluff*. El barroco era para Rivera el estilismo en el arte y el estilismo constituía en la historia de la creación el más grande asesino.

Escribía: “No quiero aderezos en una mujer. Deseo su corazón.”

Cinco o seis meses se prolongó su ausencia. A su regreso traía consigo un inmenso bagaje con apuntes y estudios parciales de lienzos y esculturas monumentales. El etrusco lo sobrecogió. En contraste con Francia, donde había permanecido largos años, descubrió en Italia las grandes similitudes de este país con el nuestro.

Aún más saltones que de costumbre sus feos y opacos ojos de rana, gelatinosos, blanduzcos como si hubieran permanecido largo tiempo debajo del agua, me decía que para un mexicano el paso por este mundo sin detenerse bajo el cielo de Italia, sin aspirar su aroma, sin pisar sus campos, sin contemplar a sus mujeres, sin vagar por las calles de sus pueblos y ciudades, sin escuchar sus cantos y su idioma, sin reconocer su arte, tan esencial para la formación humanística como las mismas experiencias vitales, era tanto como vivir ajeno a la más hermosa realidad.

—Ah —suspiraba—, después de México sólo hay un país: Italia.

CUANDO LA CÁRCEL ES DICHA

A las puertas de la cárcel se aglomeran los familiares y amigos de los reos. Hay niños de overol y niñas con sus vestidos planchados. Dominan las pequeñas cabezas bien peinadas y en algunas brillan gotas de agua.

Las canastas y los portaviandas se extienden por el suelo. Hay mujeres que vigilan amorosamente sus dulces y pasteles. Una gelatina color guinda podría confundirse con una inmensa flor de invernadero.

Rivalizan entre sí las jóvenes señoras. Han llegado con sus mejores prendas y un ánimo festivo. Los perfumes de algunas y los sudores de otras, las pobrecitas, las que poco tienen, se confunden y ventilan un nuevo olor.

Es domingo, día libre. A las nueve en punto los celadores abren los enormes portones de hierro verde y queda el paso franco para todos.

En el interior de la penitenciaría, los reclusos también se preparan para la visita. ¿Qué pueden hacer? Vestirse con los uniformes almidonados desde el viernes, rasurarse hasta dejar lisita la piel, lustrar los zapatos. Algunos desarrollan virtudes domésticas y tienen alegres sus camastros. Otros barren varias veces su celda y cantan canciones de amor en voz baja. La mayoría platica.

Sin proponérselo, Siqueiros escuchó el tono bajo de una confianza:

—Yo quisiera tener canarios, periquitos australianos. ¿Crees tú que me deje el director?

—¿Por qué no, si otros tienen radios y el capitán Lepe hasta un televisor?

—¿Te imaginas, despertar con los trinos de los pajaritos?

La visita se parece a un día de campo, los manteles corrientes extendidos donde se puede y los niños a sus anchas por los patios del presidio. Algunos observan con asombro y envidia las pistolas y garrotes de los celadores. No saben qué pasa, pero su fantasía los lleva lejos. Preguntan. Escuchan:

—Papá está descansando.

O:

—Papito está enfermo, pero pronto va a sanar y volverá a la casa.

Hay chiquillos que trepan por las rejas de las crujías como si fueran árboles y gritan desde las alturas. Transforman la penitenciaría.

A la una de la tarde los reos más pobres, los que nada recibieron de la calle, se forman para recibir el rancho. Sus hijos se alinean también y los remedan. Cuando llegan a los calderos, alargan sus cacharros de lámina y reciben un cucharón de caldo, un pedazo de carne, algunas verduras.

Luego, grave el rostro, preguntan por qué en vez de vivir con su mamá, donde todo falta, no se quedan mejor con papá, donde comen bien y la vida parece buena y ordenada.

UN CRISTO PARA MARÍA ASÚNSOLO

Bella como una diosa etrusca, pero sin la belleza recargada de las esculturas griegas, María Asúnsolo gozó hasta el llanto con un Cristo del primer periodo de la Colonia. En una iglesia del pueblo descubrió para su asombro la imagen maravillosa y terrorífica.

Concentraba la imagen todo el patetismo español y la ingenuidad de nuestro pueblo nativo. Con ojos de vidrio y cabellera auténtica de mujer, desfigurado el cuerpo por las llagas, cintilaba fresca la sangre del Cristo inmóvil.

Ante la estatua, postradas, cubiertas las cabezas con los rebozos, las indias gemían con voces muy largas, lúgubres y monótonas como los aullidos de los coyotes:

“Perdoona, oh Dios mío, perdoona impaciencia, perdoona impotencia, perdoona impiedaaad.”

Las criaturas, chiquitas, horriblemente desgarradas, terminaban con un grave sostenido que se iba esparciendo por las naves igual que las volutas de incienso que se desprendían de un braceró de cobre colocado sobre el altar. La imagen medía algo más de cuatro metros de altura y cerca de tres de ancho por sus maderos en cruz. “¿Cómo robármelo para Merita?” (así llamaba a María Asúnsolo), le preguntaba Siqueiros al pintor Federico Cantú, su amigo de toda la vida.

Regresaron a la iglesia ya entrada la tarde. El último sol escocía la piel con sus puntas afiladas y uno que otro niño jugaba en el polvo de las calles semidesiertas.

Vi la sombra de la Cruz en la pared encalada y una emoción olvidada me devolvió a la infancia. Algo protestó dentro de mí. “No toques al Cristo... es sacrilegio.” Aduje en mi silencio que estaba apolillada y el tiempo acabaría por destruirla si continuaba en el templo abandonado.

La estatua era pesadísima. Nuestro primer éxito fue bajarla de

su plataforma. Varias veces creímos escuchar pasos. ¿Sería el párroco, gordo y viejo? ¿O el sacristán, joven pero ya encorvado? Suspendíamos entonces nuestro trabajo y aguardábamos, tensos, semiocultos detrás de una columna.

—¿Oyes algo?

—Nada. ¿Y tú?

—Shhh.

Sin movernos, recorriamos la iglesia y veíamos otra vez las imágenes, las bancas café claro, casi amarillento, las débiles flamas de las veladoras, los confesonarios vacíos, las sombras estáticas. De la casa de la esperanza, la vida se había extinguido.

—¡Allí llevan a un señor que está muerto!

Los gritos y las carreras de los niños los persiguieron por las calles del pueblo. Envuelto el Cristo en unas cortinas viejas que también se habían robado del templo, y amarrado al toldo de un automóvil, Siqueiros y Cantú desaparecieron de la vista de los chiquillos. Un recodo, una curva, una calle larga, otro recodo y de la inocente jauría no quedó ni rastro.

“Merita no se encontraba en casa, ausencia que aprovechamos para colocar el Cristo en un rincón de su recámara. Después nos escondimos cerca de la pieza. Mientras esperábamos, anticipaba su sorpresa al tropezar con la estatua que había admirado horas antes. Inmóvil, la emoción se reflejaría en sus bellos ojos redondos, líquido el resplandor del llanto sin lágrimas.”

LA SOLEDAD Y FILOMENO MATA

Un recluso insólito ha aparecido en la crujía I. Se trata de un reo voluntario, de cuerpo y alzada tales que huye de la penitenciaría cuando le viene en gana. Es agresivo, suave, indolente y se desplaza con ostentosa seguridad.

Afecto a los rincones, el nuevo compañero, un gato de pelaje pardo, ha dividido a la crujía.

Cuando cae el atardecer y el sol se va con la última sensación de libertad, los presos recuerdan historias y discuten.

Cuenta Siqueiros: “Mi hermana Lucha preparaba dulces para los gatos que había en casa de nuestros padres. Una noche pretendí probar uno y me respondió, furiosa: ‘¡Igualado! ¡Son para Napoleón!’ ”

En la crujía el artista habla por los partidarios del gato. Enfrenta sobre todo a don Juan Camacho, don Juanejo, un andaluz que vende billetes de lotería y aborrece al felino con pasión asesina. Una vez, de broma, le dijo que su odio por los gatos se parecía a la pasión oscura del hombre honrado por el calumniador que lo hunde. Serio, le respondió el andaluz:

—No se burle, pintor, que es cierto.

De niño los mataba por centenares. Ahogaba a los recién nacidos y a los de buen tamaño los perseguía con una rama de olivo y los golpeaba hasta pulverizarles la columna vertebral. Una vez tomó a uno y lo sepultó, libre sólo la cabeza, en una plancha de cemento fresco. La caliza se hizo roca y durante dos días y dos noches don Juanejo presenció la agonía absurda.

Filomeno Mata, hijo del revolucionario ilustre del mismo nombre, se dice lugarteniente del andaluz. No golpea a los gatos, pero los detesta. Los tiene por sucios, morbosos, traidores. De nada sirve que Siqueiros le diga que admira Italia y se casó con una romana, que en el país entero se tiene a los felinos por beneméritos y que

salvaron a Venecia de la peste bubónica enfrentados a millones y millones de ratas que devoraron.

La crujía vive en guerra —dice Siqueiros—. Los momentos contados en que nos reunimos todos, discutimos sobre el felino. Don Juanejo propone el sacrificio. Yo me opongo. Algunos me secundan. Otros, como Filomeno Mata, guardan un convincente silencio.

Una tarde, vació el galerón de hierro y concreto que nos sirve de casa, vi cómo don Filomeno Mata se aproximaba al animal, echado al sol. ¿Qué iría a pasar? Esperaba una patada y un aullido. Pero no. Don Filomeno se inclinó y acarició al gato tiernamente.

Sorprendido y hasta alegre, le grité:

—Muy bien, don Filomeno, igual que la película de anoche, ¿verdad?: “Te odio, amor mío.”

Levantó la cara:

—Acariciaría las piedras, David.

LAS HIERBAS DE MARÍA ÁLVARO

María Álvaro parecía haber nacido como dicen que nacen las orquídeas: del aire. Era una niña sin padres, sin hermanos, de ojos intensamente negros y cabello rubio dorado. No conocía las lágrimas y en su pueblo, en Extremadura, decían que nada era comparable a aquella criatura que se paseaba por todos lados con la irresponsabilidad de sus siete años, pero con la certidumbre de que nada malo podría pasarle, como nada puede pasarle a las flores silvestres.

Cuando María Álvaro me pidió que le prestara el coche en que había llegado a Extremadura —mi coche, el del teniente coronel jefe de la 46 brigada motorizada—, estuve a punto de responderle que no. Pero vi sus enormes pestañas negras, la nariz pequeñísima, hecha de prisa, los pies descalzos que bailoteaban por los nervios y la sonrisa temerosa que aventuraba: “...y no me vayas a decir que no, teniente coroné, porque sería una desgracia...”

Cada mañana, mi asistente, Manolo Gómez, paseaba a María Álvaro por donde ella quería. A su lado se apiñaban los niños del pueblo. Yo veía cabezas y piernas por todas partes, incluso en el cofre y en las salpicaderas del auto. La gritería era atroz. Los bocinazos se escuchaban hasta las improvisadas oficinas del estado mayor y a nuestras conversaciones sobre los próximos planes de combate se mezclaban las carcajadas de los chiquillos.

En dos ocasiones Manolo Gómez me dijo que ya no resistía aquello de los paseillos. Estaban bien los gritos, los llantos —que también los había—, las malcriadeces —que eran inevitables—, pero lo que no soportaba es que “el vehículo, el coche militar, el de usted, mi teniente coronel, apeste a pipí como vulgar casa de cuna”.

Los días pasaron y al fin se impuso la necesidad de abandonar Extremadura. Yo había pensado en ocultarle a María Álvaro nuestra inminente marcha. Me apenaba privarla de su juguete. Imaginaba su carita dulce, sus ojos llenos de asombro, la sonrisa aún incrédula y la voz, esa voz que no era para los oídos, sino para el alma:

—¿Pero verdá, mi teniente coroné, que no es cierto que se vaya a ir usté?

La niña, contra todos mis propósitos, se enteró de la partida y una madrugada, horas antes de que saliéramos de Extremadura, llamó a mi cuarto.

Me levanté de la cama de pésimo humor —aún no sabía que era ella— y cuando abrí la puerta vi su cuerpo pequeño y su carita dulce al frente de los chiquillos del pueblo. Cargaba un ramo de flores, que me tendió.

—Es para usté —me dijo. Y sin respiro inició el siguiente discurso:

—Usté, mi teniente coroné, e la mejor persona del pueblo. Y por eso nos ha prestado el automóvil. Agradecidos los niños del pueblo hemos ido a cortar florecillas para regalárselas. Ésta, la más pequeñita —y tomó entre sus dedos una de color violeta—, sirve, hirviéndola tres minutos en el agua, para curar la cabeza de los malos pensamientos. Y ésta saca los colores a la cara. Y esta otra, amarilla, ¿la ve usté bien?, quita la tristeza, pero tenga cuidado con ella, porque si toma más de lo necesario entonces la tristeza es tanta que puede matar...

UN SABOR QUE NO ALIMENTA

Vestido de negro, salvo el punto blanco del alzacuello, un día de Cuaresma acudió a la cárcel el sacerdote jesuita Benjamín Pérez del Valle. Desde el polígono y frente a un micrófono, habló a los presos. Muchos pegaron sus rostros a las rejas, aferradas las manos a los barrotes que los excluyen del mundo.

Después del sermón el padre se retiró. No así los presos. ¿Los había conmovido a ese grado su exhortación a la práctica del bien, la fortaleza de ánimo y el ejercicio del amor?

Nadie podría afirmarlo. El rostro del presidiario suele ser misterioso, como los pasajes oscuros de su vida. ¿Refleja miedo? ¿Asombro? ¿Pesar? ¿O es como las pupilas muertas que despiden luz por el rayo de sol que las toca?

La incógnita está en los reos, que siguen asidos a los gruesos barrotes.

El padre Pérez del Valle y Siqueiros se encuentran en el polígono. Tienen noticia uno del otro. Se estrechan la mano, pero se saludan con una sonrisa.

—¿Y...?

—Pues aquí, padre.

El polígono es desagradable. Hay en él dos escritorios viejos y varias sillas, un reloj de pared que marca invariable la una con veinte minutos. Hace calor y las moscas zumban como abejas.

—Pues sí, padre, aquí. Ya ve.

Visten su uniforme. El del presidiario sugiere el trabajo manual; el del sacerdote, su grave ocupación.

El ministro invita al pintor —cuando salga— a una iglesia de la ciudad de México. En el templo, taller efímero, jóvenes artistas pintan un mural.

Acepta Siqueiros. Irá con gusto... cuando salga.

Uno y otro se empeñan por platicar con naturalidad, hacen caso omiso de los guardianes que los miran sin pestañear y de la bombilla

de lámina gris que pende del techo y proyecta, vertical, su luz triangular.

Poco a poco se desata la conversación. El pintor habla al jesuita de su infancia: los hermanos maristas, el Colegio Franco-Inglés, su padre, caballero de Colón, hombre de fe.

—El presente es difícil de sobrellevar, padre, pero hay que afrontarlo. ¿No fue Jesucristo, como yo, una víctima del delito de disolución social, un perseguido?

El rostro imperturbable del jesuita desdeña el juicio. Vuelve el silencio. Los ojos del padre se clavan en los ojos del artista. Claridad de un lado; brillo del otro. Piedad en el hombre vestido de negro; certeza en el hombre vestido de azul.

—Pero volverá usted a la religión —dice el ministro.

—No, padre, eso no.

—Ya verá. Recuerde que el odre conserva el sabor del primer vino.

—Sí, padre, pero es sabor que no alimenta.

EL DELATOR SE EQUIVOCÓ DE FRENTE

Ansioso, un hombre hablaba en el centro de un grupo de oficiales del 87 batallón de la brigada 46.

En la noche sin luna y sin estrellas señalaba hacia un punto irreconocible. Parecía convencido que su índice perforaba la oscuridad hasta indicar el lugar exacto en que se encontraban los reductos enemigos.

Repetía el nombre del capitán, los emplazamientos de los cañones, los bastimentos disponibles y con detalle la estrategia aprobada. Contrastaba el ardor de sus palabras con el desprecio de su pequeño público. En algunos militares se encendía el odio en los ojos y afilaba la delgada línea del sarcasmo en los labios.

—¿Sí? ¿Y qué más? —preguntó alguien.

Una certeza súbita contuvo al soldado. Su cara se contrajo y palpitaron autónomas las membranas de su nariz.

Como si nunca le hubiera interesado el uniforme que lo vestía, lo examinó lentamente, levantó la cabeza y detuvo los ojos en el quepí de uno de los oficiales. Los ojos, botados de las cuencas, eran lumbre y fiebre.

—¿Ya te diste cuenta de lo que hiciste, idiota? —disparó un oficial de la República—. ¿No te das cuenta, imbécil, que estás entre tus compañeros?

El traidor se llevó las manos al rostro y se cubrió.

—Madre —escribía poco después en un barracón del campamento—, como me dijeron que Dios no está donde están los rojos y yo quería ir donde está Dios, me escapé de mi compañía, pero tratando de dar con las filas de los adversarios, me perdí y caí en las del 87 batallón. Me van a fusilar. Adiós.

Al día siguiente, muy temprano, Siqueiros recibió del tribunal de Cabeza de Buey la respuesta a su consulta: moriría el delator, pero ajusticiado por los hombres de su propia compañía. Emilio

Fontaner, el capitán, explicaría previamente las razones de la ejecución.

Al mediodía, dorado el paisaje, el capitán Fontaner presidió el pelotón de fusilamiento y le dijo al hombre que expiraría en unos segundos:

—Como tú querías irte donde está Jesucristo y según tú está del lado de nuestros enemigos, te vamos a dar la oportunidad de que rápidamente vayas allá.

El renegado dijo sin decir:

—Que así sea.

ANGELINA BELOFF, ABANDONADA EN PARÍS

Diego Rivera regresó a México una tarde de 1922 y Angelina Beloff, Gachita Amador y David Alfaro Siqueiros se reunieron en el puerto del Havre para despedirlo. Una tierna amistad los unía. Sus manos permanecieron enlazadas y hubo lágrimas en los ojos de los cuatro. A punto de abordar el trasatlántico que lo traería a Veracruz, Diego le dijo a Angelina:

—Aparta de ti las dudas, mi amor. Sonríe. En cuanto llegue a México sabrás por mis cartas que reúno el dinero para el pasaje de mi mujercita —y le acariciaba la barba y la besaba—. Mi mejor día será el de tu regreso.

—¿De veras, Diego? —y la voz de Angelina dejó escapar el suspiro que aleja los últimos temores.

En París vivieron juntos en un departamento de la rue De Saix, callecita proletaria no lejos de la Torre Eiffel. El rumbo estaba invadido por los gatos y un penetrante olor a comida descompuesta mezclada con vino tierno. Las casas —de una misma altura y un mismo gris, casi negro— se parecían entre sí y en su interior se perdían, ya entrada la madrugada, sombras que trastabillaban.

En el departamento ella era “el señor de la casa”. Aportaba hasta el último centavo para el gasto y sumas adicionales para distracciones modestas. Diego era un fauno, relajado el cuerpo para aceptar los placeres de la vida. Por las noches, Angelina regresaba de la casa de antigüedades que la empleaba y daba principio a la minuciosa falsificación de obras maestras. En una pequeña pieza inaccesible había montado su taller de primitivos y flamencos. También pintaba catalanes de la Antigüedad. Diego sostenía que trabajaba como alucinada:

“Contempla el lienzo con atención hipnótica. Temo que sus ojos se endurezcan y queden fijos para siempre.”

Siqueiros no pensaba así:

“La verdad era otra. Angelina vivía impulsada por la generosi-

dad. Una vez le pregunté por qué no dedicaba su vida a iluminar los cerros y los valles para completar el mundo creado a medias. Ella movía la cabeza. ‘Uno de los dos debe sacrificarse por el otro’, me dijo. ¿Diego? ¿Tú crees?’

Transcurrieron las semanas y los meses sin noticias de Rivera. ¿Habría llegado a México? ¿Se habría desviado y pasaba una temporada en La Habana o en alguna ciudad de los Estados Unidos? ¿Le habría sucedido algo, algún accidente, alguna enfermedad?

En París padecíamos a causa de la miseria. Hasta la última moneda nos era útil. Pero el temor desplazaba otros sentimientos y Angelina sufría los primeros ataques de histeria. Decidimos, a costa de lo que fuera, telegrafiar a México. Varios mensajes quedaron sin respuesta. ¿Y Diego? Cada vez más alarmados remitimos un telegrama con la contestación pagada. El resultado fue el mismo. Nada. Hicimos una instancia más y el telégrafo nos informó que el destinatario había recibido nuestro mensaje, pero... nada. Rivera había enmudecido. Angelina se hacía la fuerte sin éxito. Sus emociones la traicionaban. Cuando hablaba de Diego palpitaba su pecho, se agrandaban sus ojos azules de porcelana, sus mejillas se coloreaban y la voz se escuchaba nerviosa y precipitada hasta que los gritos y el llanto terminaban por agotarla.

Yo le reprochaba a Diego su traición de colega. ¿No acaso habíamos decidido que él me contaría cómo encontraba el ambiente artístico de México y a quiénes podríamos tomar en cuenta para iniciar nuestro movimiento muralista, concebido con ilusión? Diego había viajado como avanzada. ¿Por qué callaba?

Vi su figura gigantesca, sus enormes pies que arrastraba como animales, sus ojos redondos y saltones, de sapo o de vaca, sus manos pequeñitas, blancas, lampiñas, blanduchas, húmedas; recordé su rechazo al jabón, el tufo que despedía, sus poses de condescendiente superioridad y sentí odio.

Por fin llegó un telegrama. Pero no provenía de Rivera. Era de la Secretaría de Guerra y autorizaba mi regreso a México. Cuando Angelina supo que dejaba París, me pidió que la llevara

a su patria, que era la de Diego. Sin poder apartarla de mis brazos, trataba de calmarla.

Exigiría a Diego que le enviara dinero, a golpes si fuera necesario. Pero la bella mujer nacida en Tsaritsin sólo tenía en los labios su atormentada letanía: “Llévame a mi patria, a mi patria verdadera.”

La crisis duró horas. No recuerdo cómo terminó. Sólo tengo presente que ya en la madrugada caminábamos por las calles en penumbra. Había llovido y el fresco nos obligó a levantarnos los cuellos de los abrigos. La visita de Ilya Ehrenburg en los días en que el escritor ruso trabajaba en su *Julio Jurenito*, basado precisamente en las mentiras de Diego, nos divirtió un trecho. Ella era como los niños que asimilan una paliza y lentamente renacen entre suspiros y lágrimas. Yo la miré a los ojos: húmedos, brillaban como las hojas de los árboles.

Del brazo, sin cesar de hablar de Diego, contemplamos el amanecer en plena calle. Poco después reverberaban los adoquines, las fachadas de las casas, los monumentos. El Sena se acoplaba al despertar del día y era el correr de sus aguas un canto en voz baja.

Cuando nos despedimos, el sol daba de lleno en el rostro de Angelina.

—¿Te das cuenta —le dije— que tus cabellos rubios tienen el color de los girasoles de Van Gogh?

Ella se alejó llorando.

LA PEDAGOGÍA DEL TERROR

Un día llamaron a Jesús y a David, alumnos internos, a la sala de visitas del Franco-Inglés, el viejo colegio de los padres maristas que con el tiempo sería cerrado por la Revolución. Deberían presentarse con sus útiles y sus sombreros. Y de prisa, porque los aguardaban.

Siete Filos, de negro en su traje semicharro de las grandes ocasiones, alhajado con botonadura de plata, se paseaba de un lado a otro del salón. Una señora había llegado con él. Recogida en su propia sensación de pequeñez, permanecía sentada con las manos en el regazo y los ojos en el piso.

Pero si se mostraba tímida, sus galas eran deslumbrantes: una falda roja de enorme vuelo y collares como fuegos artificiales. Al llegar los niños apenas tuvo tiempo de ponerse en pie. Siete Filos ya aplastaba sus caras contra el regazo de la señora, al tiempo que les gritaba:

“¡Ya tienen otra vez madre, muchachos jijos!”

Celebraba una nueva unión. ¿Cuántas le habrían precedido? Arrugas le faltaban para recordarlas. Pero ahora derramaba lágrimas y juraba que sería su última mujer. “Muchachos jijos, besen a su nueva mamá.” Y a ésta le decía: “Déle gracias a Dios, vieja jija a la que tanto quiero, por este regalo de tres nietos. Dos los ve aquí, pero ya conocerá a la muchacha.”

Siqueiros está en el pasado:

Nuestras primeras parrandas fueron entonces. El abuelo, renovado, llevaba a grandes alturas su antiguo espíritu juvenil. Sus compañeros de francachela, en casa de un amigo querido, eran señores y señoras que jugaban a las cartas, bebían tequila, contaban cuentos colorados y después de tocarse suavemente por debajo de la mesa, sonreían y se retiraban de dos en dos.

Aprendíamos de la conversación entre el abuelo viejo y la abuela nueva. Además, robábamos el dinero a nuestro alcance.

Ausente don Cipriano de la ciudad, nos indigestábamos con charamuscas, trompadas y pirulís. Muchas veces, antes de acostarnos, observábamos divertidos nuestros calzones con rayas y manchas policromadas.

Pertenece estos recuerdos a los mejores días de la infancia de David. Cómo ríe Siqueiros cuando mira a don Cipriano con los ojos bien abiertos y a Lucha que le platica:

—Pues fíjate que a algunos de los señores de la baraja les dicen jotos... —y antes de que continuara, Chucho la interrumpía, asustado:

—Que no te digan mentiras, papá, que no les dicen así.

—Bueno —volvía Lucha—, les dicen de otra manera, pero mi papá no lo entendería. Él no sabe de eso.

Pero don Cipriano protestaba por la baraja, por los jotos y por los extraños cuentos que Siete Filos narraba a sus nietos:

“Fíjense que iba yo por el campo montado en el Chocolate, cuando en pleno desierto, pues ahí no había más que mezquiales, oí llorar a un niño. Y después de buscar un poco fui encontrando un recién nacido semicubierto por los pañales y tirado junto a un chaparro. Sin duda alguna lo habían dejado allí y yo no podía dejarlo. Lo recogí, lo envolví en mi capa y se lo llevé a Eusebia. Pero fíjense que cuando ella lo destapó para verlo, el niño aquel, hablando como un niño mucho mayor, le dijo: ‘Mira, tata, qué dientes tengo’, y le enseñó unos colmillos más grandes que los de un perro. Eusebia pegó un salto para atrás, dejó caer al niño, se hizo una explosión y el niño desapareció del lugar.”

Siete Filos terminaba el relato con sus ojos en nuestro asombro:

“Vayan, pregúntenle a Eusebia y verán que no les cuento mentiras.”

NUEVA YORK Y LAS MANOS DE OROZCO

Aunque el gobierno carecía de presupuesto para becar a sus artistas en el extranjero, el invierno de 1919 envió a Siqueiros a Europa para que continuara sus estudios de pintura. Primero por la conspiración obrero-estudiantil contra Victoriano Huerta y después por su ingreso al ejército constitucionalista, en el periodo más violento de la guerra civil, el joven prospecto había interrumpido su carrera en el plantel de Bellas Artes a lo largo de seis años.

Comisionado como ayudante de nuestros agregados militares en Francia, Italia y España, alternó los cursos de pintura con los simulacros bélicos. El tiempo restante lo dividió entre los recorridos por los museos y las visitas programadas en las escuelas de guerra.

Al pasar por Nueva York encontré a Juan Olaguíbel, el escultor, y a José Clemente Orozco, el pintor. Uno modelaba caricaturas de yeso y otro pintaba ojeras y chapas a los cupidos de una fábrica de juguetes. Con una pistola de aire en la mano, los labios apretados y la mirada oscura en los muñecos de nalgas redondas, José Clemente Orozco odiaba la fábrica y a los Estados Unidos completos, incluidas sus mujeres. No había una bonita o fea, joven o vieja, rica o pobre, tonta o inteligente, alta o baja, que no requiriera el amor de su compañero tocándole suavemente el pabellón de la oreja y diciéndole, insinuante: *okey, honey*.

Habla Siqueiros con pasión entrañable:

Quisiera abrazar a José Clemente. Su recuerdo me enternece. En la cárcel, como un impedido en la silla de ruedas, lo veo sin alcanzarlo.

Trabajaba mañana y tarde frente a las hileras de angelitos rosados. Sus ojos no estaban allí. Penetraban hasta el fondo de la tragedia con claridad solar y su alma, que no distinguía entre

el dolor ajeno y la angustia propia, lo llevaban al hombre desnudo, como es.

Vivía para la creación. Afirmaba, incluso, que no tenía otro tema. Yo coincidía. ¿Qué es un creador sino un descubridor? ¿Y qué es un descubridor sino el hombre frente a la angustia del infinito? El mundo, en movimiento incesante, es para otros mundos. Anoche oí una composición para piano en el radio de onda corta que me trajo Angélica. Las notas se sucedían entre pausas, igual que las últimas gotas que caen de las ramas de los árboles después de la lluvia. Un acorde, otro, uno más. Música lenta, armonías que podrían seguirse como los pasos de una mujer. La obra me pareció sencilla, de clara y simple estructura. Pensé que con una buena técnica no sería difícil construir melodías así. ¿Y si los acordes se interrumpieran de pronto? ¿Qué hacer sin el primer sonido? Seguí por ese camino y llegué al vacío.

Ésta es la zona sin luz ante el infinito. Si el pintor puede llevar a la tela las formas que nacen en su espíritu, también puede quedar vacío, sin alma para la creación. Al artista le ocurre, en la inspiración, la llamada “sequía” de los místicos, la congoja de vivir sin el ardoroso arrebató que lleva a Dios.

Entre sus preocupaciones estéticas, la penuria y el tiempo que le hurtaban los cupidos color de rosa, Orozco había llegado a un máximo de tensión. Ni siquiera disminuyó durante las semanas que despilfarramos los viáticos que yo había recibido de México. Sin recursos para trasladarme a París, envié un telegrama a la Secretaría de Guerra. Informaba que había extraviado el dinero y pedía una suma adicional.

La respuesta, firmada por el general Álvaro Obregón, fue escueta:

—Si perdió los viáticos, búsquelos y quédese allá hasta que los encuentre.

Orozco me invitó a su departamento miserable. Lo regentaba una irlandesa judía, fea como los cuartuchos que alquilaba y que me llamaba “mister Siquiros”. Una tarde Orozco sorprendió la incipiente dulzura de sus ojos en los míos y en la primera oportunidad, me dijo:

—La renta es módica, pero quizá hasta pudiéramos evitarla. Piensa en lo que te digo y no seas egoísta. Malo que te pidiera lo que te pido si la irlandesa fuera irlandés.

Por aquellos días conocimos a un compatriota de apellido Adead. Diplomático del gobierno de la Revolución para asuntos confidenciales, llevaba consigo una gruesa suma de dinero que no gastaría solo.

Los agasajos empezarán de inmediato. ¿O había alguna razón para perder el tiempo? Lo dejan escapar los hombres sin imaginación que no distinguen una mujer de otra.

Nos reuniríamos esa misma noche en casa de un multimillonario amigo suyo. Adead le había hablado de los artistas mexicanos y algunas muchachas alegrarían la fiesta.

—Entonces a las ocho en punto —nos dijo al despedirse. Y alargó a Orozco una tarjeta con un pequeño mapa que nos permitiría localizar la residencia del generoso anfitrión en el lejano barrio del Bronx.

Con las primeras luces de Nueva York y sin dinero para los boletos del subterráneo, Orozco fue terminante: la solución era la irlandesa.

—Hace meses que están aquí y ya me deben mucho —protestó cuando le pedí, una vez más, su ayuda.

—Fíjate bien —y tomaba a la rolliza mujer por los hombros—, vamos con multimillonarios. ¿Te das cuenta? Mul-ti-mil-lo-na-rios.

—Promesas ya no, Siquiros.

—¿Sólo promesas?

Oro nos parecieron sus monedas de níquel.

Nevaba. Sin duda por los recuerdos de la infancia, prefiero la nieve a la lluvia y la luna a las estrellas. La luna es una rosa enorme en un campo de flores y la nieve es el encuentro de la fantasía con el mundo de la realidad. De niño, en Chihuahua, las noches nevadas eran como la aparición de un hada o un dragón. No me cansaba de admirar cómo el mundo negro se iba llenando de copos blancos. En medio de las tinieblas yo podía atraparlos, pero sabía que la nieve era lumbre que abrasaba.

Camino al *subway* me representaba lujosos salones llenos de luz y bellas mujeres semidesnudas sin horas por delante. José Clemente se habría inclinado por los miserables cuartos de los burdeles mexicanos, aquellos que pintó con arte incomparable.

Ya en el tren, sin otro propósito que abrir la conversación,

hablé del portento del subterráneo y Orozco, desorbitados sus ojos de tecolote, cortó cualquier diálogo posible:

—Eres un payo. Esto no es portentoso. Esto lo hace cualquiera si tiene las herramientas a la mano. Y ahora, déjame descansar.

Vociferé:

—Pues esto vale más que toda la obra junta de tu famoso Rodin (Rodin le atraía como Miguel Ángel).

José Clemente no se contuvo:

—Provinciano imbécil. Esto no lo soporto ni de broma —y sin más se fue a otro asiento, desde el cual todavía me increpó:

—Quédate solo y goza de tu chingadera.

Separados, él con sus pensamientos, yo con los míos, descendimos del tren.

—A ver, búscate tú —me dijo en medio del frío insoportable.

—Que me busque qué.

—El papel, la tarjeta. ¿Dónde está la dirección?

—¿Cómo?

—Sí, no la hallo.

—No sólo te gusta Rodin, sino que pierdes los papeles. A ver. Y aprisa, que me congelo.

Le vacié los bolsillos y fueron apareciendo un peine, el pañuelo, lápices, hojas con esbozos pintados al carboncillo, recortes de periódicos y objetos extraños que le abultaban el saco y el pantalón. Me dejaba hacer igual que un inválido. Fue la única vez que sentí pequeño y mutilado al artista inconmensurable.

La nieve alcanzaba hasta un metro de altura y el frío aumentaba. Mi abrigo de lana era ligero para la temperatura bajo cero y cuando soplabla alguna ráfaga me sentía cubierto por una tela de lino, empapada.

Nos refugiamos en la estación. No había un alma en los alrededores y el paisaje, negro y blanco, era tétrico y fascinante.

Caminábamos al azar. A pesar de nuestra situación ridícula, los ojos saltones de José Clemente y su cara enfurruñada me hacían reír. Habría sido imposible elegir un compañero de parranda menos apropiado. Adusto, encerrado en sí mismo, agresivo, colérico, intolerante, majadero, manco, ceñudo, reventado de papeles.

Como si me escuchara, intempestivamente se fue.

—Me largo. Adiós, provinciano idiota —lo escuché, azorado.

Lo vi ascender en rápidas zancadas las escaleras que lo llevaban a la calle y perderse en la noche.

—Que te congeles —reaccioné.

Pasaron diez minutos.

—¿Por qué no regresará el imbécil?

Transcurrieron otros cinco minutos.

—No, no puede ser. Es imposible.

Su actitud se dulcificó a mis ojos. También su rostro.

—Si dentro de tres minutos no aparece, salgo a buscarlo.

Volví a la calle, negra:

—¡Orozcooo! ¡Orozcooo! —mis gritos me aislaban aún más.

Regresé a la estación.

—¿Habrá muerto?

Volví a la calle. Una, diez veces. Sentí lágrimas en los ojos.

Las cuatro de la madrugada.

¿Y Orozco? Estaría sepultado bajo la nieve. ¿Por qué habría dicho yo eso de Rodin?

—Compañero Siqueiros —me sobresaltó una voz en español—, ¿qué hace usted aquí? ¿No me recuerda? Soy Julio Antonio Mella. Venga conmigo dos estaciones abajo y tomemos un buen café con brandy.

Fueron amargas las horas que siguieron.

—Orozco, cuya violencia usted conoce, perdió finalmente el control. A veces, ahora me doy cuenta, no hay para qué irritarlo. Es tan fácil morir que basta con suspender la respiración. Pero él, Julio Antonio. ¿Usted no cree, verdad?

Nos despedimos a las siete y media. Me regaló diez dólares y regresé a la casa de huéspedes.

Entré llamándolo a gritos, pero la irlandesa me salió al paso:

—Qué escándalo es éste. Tu amigo no ha regresado. Seguramente ya se botaron el dinero, pero escúchame bien: como no me des ahora hasta el último centavo, llamo a la policía.

Vestido como estaba, me arrojé a la cama.

Me despertaron unos silbidos, los habituales de los mexicanos en Nueva York, cinco notas espaciadas. Desde la ventana vi a Adead recargado en un coche.

—Sube, Orozco no aparece.

—Está aquí, conmigo, en el auto.

Supe entonces:

Su estampida del *subway* coincidió con la aparición de Adead. Alarmado por nuestra tardanza, fue hasta la estación cercana a la casa del multimillonario.

Al encontrarse, Orozco le dijo que yo no los acompañaría. Enamorado de la irlandesa, me había quedado en la buhardilla.

—¿Esa irlandesa tan fea? ¿Esa mujer que huele a verduras?

—Pues sí, ésa.

Tranquilo, meditaba esa noche:

¿Reaccionó Orozco fuera de sí por la manera bárbara como lo había bolseado en la nieve? Es posible. A José Clemente le producía secreta angustia la falta de una mano. De vez en cuando retaba, alburero:

—Soy manco, pero con la mano derecha me basta y me sobra para sentir que tengo el mundo en la punta de mi pincel.

Rodin lo estremecía. Admiraba su perfección plástica, el mármol caliente de sus esculturas. De *El beso*, lo escuché una vez:

—¿Observas la mano que reposa en el muslo, a la altura de la ingle de la mujer, esa que descansa y posee, que acaricia y ordena? En el amor las bocas se buscan y los sexos se encuentran necesariamente. Sólo la mano es libre.

EL INGENIERO ARAUJO CAE, CAE...

“Cada mañana se aleja el último día que subí a los andamios para enfrentar un muro. Al paso del tiempo, ¿perderá agudeza mi sentido de la perspectiva? ¿Debilitarán los años la fuerza de mis manos?”

Sabe Siqueiros que la cárcel transforma a los hombres. Algunas veces la ha comparado con una madre paridora de criaturas insanas.

Allá por 1930 conoció en el Palacio Negro a un ingeniero de apellido Araujo. Era delgado, de buena presencia, parco en la expresión y agudo en sus juicios. Conocía el valor de las palabras.

Solíamos formarnos juntos en la fila de los reclusos con derecho a la visita conyugal. Mientras aguardábamos la aparición de nuestra esposa o amiga, nos divertíamos con el aire festivo de la crijía I, conocida como Nueva York. Era un gigantesco nido de amor. Algunas de sus celdas estaban adornadas con papeles de china que iban del azul desteñido al rojo vivo. Para los reos con dinero, había concesiones especiales: fotografías pornográficas en las paredes y, en casos excepcionales, una botella de coñac. El ritual era solemne, impensable alguna broma al paso de las mujeres, rotundas o no. Cuando llegaban hasta el patio grande los nombres del reo y de su pareja, el silencio dominaba absoluto. Era el mismo silencio de los días en que la población carcelaria honraba a la bandera y cantaba el himno nacional.

Un día como todos el ingeniero Araujo no apareció en la fila. Su conducta era excelente, de tal manera que era impensable un castigo. Las ausencias se repitieron, con la circunstancia de que su esposa, una joven de ojos claros y cabellos oscuros, lo esperaba hasta que la última de las mujeres se perdía en Nueva York.

—Su marido no vino, señora —le decía algún celador—
Debe usted retirarse. Venga el otro jueves, señora, a ver.

David Pérez Rulfo, el director de la penitenciaría, me preguntó sobre el ingeniero Araujo:

—¿Has observado a esa mujer tan guapa que lo espera impasible?

—Claro que sí.

—¿Y te has dado cuenta que el ingeniero se niega a salir para la visita conyugal?

—Por supuesto.

Pérez Rulfo buscó entre los papeles de su portafolio y me entregó unas cartas.

—Son del ingeniero Araujo. Se enamoró de ese horrendo recluso al que llaman la Chimuela.

GUADALUPE MARÍN O EL ESPLENDOR

Al cabo de semanas de viaje en un barco de tercera clase, Gachita Amador y Alfaro Siqueiros llegaron al puerto de Veracruz. La luz del país los bañó por entero.

¿Qué habría sido de Diego? Preguntaron y poco a poco les llegaron las primeras noticias. Trabajaba en la ciudad de México, bien pagado.

¿Rivera con dinero? ¿Y Angelina Beloff en París, dueña abandonada de su único sueño, sin recursos para volver con el pintor?

Desdeñaron los informes. Diego era mitómano. Respiraba y mentía. En París, frente a Émile Fauré, el más afamado crítico francés de la época, decía con el aplomo de un sabio:

—En la costa del Pacífico, en México, las tarántulas miden metro y medio de altura y son utilizadas para el transporte de carga a través de los acantilados.

—¿Sí? ¿Y no tienen en la costa del Pacífico gusanos de seda tan grandes como ferrocarriles? —se había burlado Fauré.

Diego había quedado estupefacto. ¿Sería posible que alguien dudara de él, sobre todo cuando hablaba de su patria? Mitómano, era también narcisista.

Siqueiros lo conocía. Rivera era dios y su criatura, principio y fin del mundo. Sin dinero, ostentoso, divulgaría ya patrañas e historias acerca de su fortuna refulgente.

En París, los últimos días que estuvimos juntos, ¿no me decía que su primer centro de trabajo serían las pulquerías y su inspiración el pulque, dulce como leche de madre y suave como la mano rendida al amor? ¿Y no me decía también que escuchaba el llamado de sus ancestros para reintegrarse a la embriaguez creadora de los grandes artistas de ese México fascinante, anterior al horrendo imperio de los gachupines?

En la ciudad de México, lo buscamos de inmediato. No fue

un problema dar con él: las huellas de sus pasos eran del tamaño de sus zapatos inmensos.

—Aquí es, señor —nos dijo a Gachita y a mí una señora del rumbo de Loreto. Excitada, nerviosa, las palabras se correteaban en sus labios:

—La casa está silenciosa porque los patrones salieron. Cuando están dentro hacen un ruidazo que se oye por todo el barrio.

—¿De veras?

—¿Por qué iba a mentir? El señor aquel le arrima unos castigos a la señora que la hacen sonar como tambora. ¡Y qué boca la de la occisa!

¿Quién sería la occisa, la tambora de Diego? Sin duda una mujer muy distinta a Angelina, tan suave, tan tranquila, siempre melosa con el pintor.

Nos alejábamos en el momento que pasó frente a nosotros una mujer alta. Lloraba a lágrima viva y lanzaba maldiciones contra un panzón de mierda, hijo de su chingada madre.

—¡Guadalupe! —le grité.

Era Guadalupe Marín, la única muchacha de Guadalajara que en los tiempos de la Revolución salía al balcón de su casa y con su voz macha vitoreaba a Carranza.

Nos abrazamos como hermanos.

En la estancia de su casa, Gachita y yo vimos multitud de adornos de barro que a mí me emocionaron. Representaban el tierno mundo mexicano de la artesanía popular, pero sobre todo admiramos la extraña hermosura de Guadalupe Marín. Era moreno aceitunado el color de su piel, como de gitana, pero de gitana anahuatlada y en su cara parecían arbitrariamente incrustados un par de ojos verdes, verdes amarillos, de un amarillo que sólo he visto en algunos perros, pues el verde de los ojos europeos tira al verde esmeralda y por ahí al azul. Ojos de mestiza mexicana los de Lupe, ojos como los de la canción: “Verdes son, del color de la palma.”

Muchos apuntes mostraban su cuerpo desnudo, largo y desgarbado, con unos senos de hormiga cariñosamente interpretados por el genio de Rivera. Lupe, Lupe por todas partes. “Gua-da-lu-pe”, como le decía Diego, aquí y allá, en las cuatro paredes de la estancia, en la mesa, en una abultada carpeta que ella nos mostró. Lupe, Gua-da-lu-pe, había sustituido a la rubia

albina de límpidos ojos azules, a la amorosa traductora de *Julio Jurenito*, a la falsificadora de primitivos europeos, a la inconsolable Angelina Beloff.

Pensé en el departamento de la rue De Saix, pobre, estrecho, mal iluminado, sin baño, con un retrete para todos los inquilinos del edificio, treinta o cuarenta personas entre viejos muy viejos, obreros en pleno vigor, mujeres gordas, niños malcriados y señoritas dispuestas a todo.

¿Qué hacer con la abandonada esposa de París? Guadalupe Marín había sido amiga mía mucho tiempo antes que de Rivera. La conocí en el primer ataque y toma de Guadalajara, en 1914. Era casi la única mujer libre que se movía entre el grupo que formaban los artistas del centro bohemio llamado Seattle. La compañera de José Guadalupe Zuno, de Alfredo Romo, de Amado de la Cueva, de Antonio Córdoba, del caricato Orozco Romero. Seguramente la única muchacha decente de Guadalajara que podía llegar a su casa después de las diez de la noche. La única que toleraba nuestras bromas directas y nuestro lenguaje de “hombres para hombres”. Ella, lo excepcional, el objeto más alto de nuestra inspiración.

¿Cómo escribirle a Angelina Beloff sin decirle toda la verdad o parte de la verdad? ¿Enviarle dinero para que se embarcara en el Havre y viera después a Diego en las condiciones en las que nosotros lo habíamos encontrado? ¿Enfrentarla a una mujer infinitamente más hermosa que ella y perfectamente aporreada de tanto amor, rodeada de comodidades y bienestar económico en un mundo de luz, si se comparaba su casa del rumbo de Loreto con el lóbrego apartamento parisiense? Decidí escribir a nuestros amigos y pedirles que poco a poco, sin detalles, con la mayor delicadeza posible, informaran a Angelina de lo que aquí ocurría.

La rusita de Tsaritsin intentó suicidarse. Más tarde perdí toda relación con ella y supe al cabo de los años que vivía en México con otra exmujer del pintor, mi exmujer Gachita Amador.

EL ARTE, ACTO DE ENTREGA

Siqueiros siguió los pasos de Rivera y viajó a Europa para conocer el muralismo prerrenacentista y retenerlo para siempre en sus ojos.

Se interesó por los etruscos, por los arcaicos romanos y llegó a Grecia. Copió secciones completas de lienzos y trabajó en sinnúmero de dibujos de formas escultóricas. A diferencia de Diego, ordenado y lento, se consumía en la impaciencia.

Pensaba que el estudio de la obra de arte partía de la aprehensión de sus rasgos singulares y la captura posterior de imágenes que inflamaran la sensibilidad del creador. A la postre fue la antítesis de Diego, entregado a la investigación.

En las postrimerías del viaje discrepó abiertamente de sus conceptos sobre el Renacimiento y el barroco. Le escribió una carta, “resultado de la intuición más que del conocimiento”. La reconstruye en el polígono, invariable en sus tonos grises, muerto el color:

“Es cierto que en Miguel Ángel, como en Rafael y Leonardo, se encuentran los elementos de la descomposición en el arte y el germen de lo que tanto tú como yo consideramos un largo periodo decadente. Todo esto, sin embargo, de ninguna manera niega que hayan alcanzado la cota más alta del Renacimiento.”

Percibía Siqueiros que el mérito de los pintores renacentistas y concretamente de los barrocos, era su tránsito de lo hierático a lo dinámico en busca de un realismo más perfecto.

Animar de vida a los seres que llevaron al lienzo, pasar de la representación puramente arquitectural de la forma del hombre a la mecánica activa del propio hombre, fue su preocupación esencial. Los poseyó el prodigioso don de la creación. Se propusieron que los niños, las mujeres, los hombres fueran tales y no muñecos plásticamente perfectos iluminados con hermosos colores. Artistas y magos dotaron de movimiento a criaturas inertes y las hicieron hablar.

Defendía las virtudes del barroco. No le importaba que sus críticos consideraran que su razón de ser fuera la perfección plástica

para despertar el asombro y provocar el sobresalto. No creía que fuera una tendencia atenta a la espectacularidad y aun a la fanfarronería.

De todo esto nos ocupábamos Rivera y yo en nuestra correspondencia y cuando hablábamos directamente. Nuestras diferencias se ahondaban en el campo de la estética. Él hacía del Giotto el centro de sus reflexiones y afanes en el arte y yo partía del Masaccio, quien con Ucello fijó los lineamientos que más tarde Miguel Ángel, Rafael y Leonardo habrían de llevar hasta la cima última y más peligrosa, la que permite mirar el cielo y contemplar el abismo al mismo tiempo.

Sobrevendría lo inevitable. Aparecerían los primeros fenómenos de descomposición en la pintura y al impulso genial sobrevendría un descarnado esfuerzo. Trabajo y sólo trabajo. Virtuosismo. De allí a la repetición habilidosa y mecánica de los temas plásticos, habría sólo un paso. Más tarde la pérdida de la inspiración, el vacío interior, la catalepsia.

Y de nuevo a empezar, porque el hombre es eso: vida y muerte, muerte y vida, cúspide y abismo, abismo y cúspide.

¿O no es así, Diego?

En un punto estaban de acuerdo Rivera y Siqueiros: pintar obras monumentales inspirados en temas mexicanos. Italia los había colmado con la riqueza de su arte, pero México era su luz y su tierra. El hombre tiene que ser fiel a sí mismo si en verdad aspira a la creación. Así son las plantas que florecen. Se llenaban de imágenes. ¿Qué voz podría alcanzar la pureza de la que se expresa con acento propio?

No hay ejemplo como el de la naturaleza, coincidían. Desconoce el artificio. El sol engendra su obra, como el frío, como la noche, como el viento, como la lluvia, todos juntos en perfecta armonía.

La obra del artista es su gran autorretrato. De otro modo, miente y se miente. El arte, como la religión, posee la fuerza invencible de la autenticidad. ¿Quién engaña al Cristo al que reza? ¿Quién engaña al muro, a la tela blanca, al mármol, al pentagrama, a la hoja de papel?

Algunas veces Diego y yo dábamos fin a nuestras discusiones con reflexiones que nacían de la historia. Caminábamos por ese valle sin horizonte que es el pasado y conversábamos acerca de las flaquezas de los hombres dotados que no se atrevieron a cerrar la unidad entre su obra y sus convicciones estéticas, políticas o religiosas.

Se mutilaron y sacrificaron al perfeccionismo. Paralizados frente a la originalidad de la obra ajena, no conocieron más placer que la mediocridad y no avanzaron un centímetro más allá de la vulgaridad.

Fue el caso de los pintores mexicanos a lo largo de la época colonial y hasta finales del siglo pasado. Magníficos artesanos, maestros de la técnica al óleo, muralistas de hecho, pues sus obras correspondieron a sesiones arquitectónicas bien concebidas, trabajaron sin otra guía que las formas del Renacimiento y produjeron una síntesis que carece de valor en el terreno de la estética.

Olvidaron aquello que tanto nos preocupaba a Diego y a mí desde esos años de 1921 y 1922, o sea, que no es posible pintar con olvido de la aportación nacional, como es imposible crear, en el más alto sentido de la palabra, al precio de una parte esencial de la personalidad.

Sólo cuando el artista se vuelca en la obra con todo lo que es, como el amante se vuelca en la mujer, se da ese algo misterioso que estremece al hombre en presencia de la obra de arte y que a su autor invade de un gozo inefable que algunas veces se manifiesta con risas y en ocasiones con lágrimas ocultas.

¿QUIÉN ES CUESTA GALLARDO?

Siqueiros permanecía unido a la Revolución mexicana como la hoja al tallo. Caminaba por las calles de París con las pretensiones de un oficial, erguida la figura y marcial el paso, pero era tan exagerado y levantaba de tal manera el pecho que sus amigos le decían Palomo.

No tenía tema como la guerra entre los mexicanos, que encerraba en su inmensidad el cielo y el infierno, la catástrofe y la poesía, el horror y el éxtasis. Creía en el dominio de las pasiones. Alcanzaba el hombre su plenitud en el momento en que éstas eran más poderosas que sus fuerzas y lo liberaraban de escrúpulos y remordimientos.

Contaba historias sangrientas. Eran sus favoritas. Como ésta:

Días después de que las fuerzas de Francisco Villa tomaran posesión de la plaza de Guadalajara y ésta fuera evacuada por las tropas carrancistas de Manuel M. Diéguez, se anunció que iría a la ciudad, en persona, el caudillo de la División del Norte.

Sus habitantes adornaron las calles y los balcones de sus casas lucieron vistosos papeles de colores. La charrería, formada principalmente por los señores hacendados y sus hijos, se dispuso a rendir honores al revolucionario victorioso. Querían, sobre todo, proteger sus ranchos y sus bienes.

Una mañana de sol llegó Francisco Villa a Guadalajara en un tren militar. La anchurosa estación se veía pletórica. Entre la multitud, montado en una espléndida jaca negra con arreos de oro y plata, hizo su aparición el célebre Cuesta Gallardo, uno de los charros más ricos y apuestos de Guadalajara.

Villa, aturdido por el recibimiento y sin saber de quién se trataba, lo saludó como a un viejo amigo y más tarde, montado en el hermoso animal, recorrió la distancia que lo separaba de la estación a la plaza principal. Lo aclamaba la multitud y el revolucionario, ebrio de gozo, prodigaba saludos y sonrisas. La

luz brillaba en su interior. Ya en el zócalo se dirigió al palacio de gobierno. Quería hablar.

—Pueblo de Jalisco —empezó—, cuando triunfe la Revolución no te faltará maíz y los hacendados ladrones ya no estarán en condiciones de explotarte.

Sobrevino lo insólito bajo el clima ardoroso del mediodía: un individuo, uno entre los veinte mil reunidos en la plaza, interrumpió al caudillo con esta arenga:

—No podemos creer en tus palabras, general Villa, porque los que te rodean, los que te fueron a recibir a la estación y te regalaron el caballo en el que hiciste el recorrido hasta aquí, éstos, general Villa, son los hacendados de que tú hablas. Y el que te regaló el caballo que tanto te ha gustado es Cuesta Gallardo, quizá el peor de todos.

Villa, atónito y furioso, empezó a gritar:

—¡Mientes! ¡Mientes! Yo no soy el instrumento de los jijos, yo soy el servidor de los pobres.

Y sacando la pistola bramó al interior del palacio, vuelta la espalda a la multitud que permanecía en el zócalo.

—¿Quién es Cuesta Gallardo? ¿Quién es?

El charro, indiferente junto con sus amigos al acontecimiento y a las palabras del guerrillero, se acercó tranquilamente:

—Yo soy, señor Villa, a sus órdenes.

Desorbitados los ojos, entreabiertos los labios por la respiración que se le dificultaba, Francisco Villa lo tomó de las solapas, lo arrastró al balcón y allí, en presencia de todos, le vació la pistola.

EN MÉXICO NO HAY INVERTIDOS

El prestigio de la Revolución y particularmente de Pancho Villa (Panchó Bilá, en Francia) nos servía a algunos para conquistar mujeres. La sensación de que México era un país de cara a la muerte y a la pasión amorosa, las azoraba y fermentaba su curiosidad. Entre nosotros se mataba en arrebatos de brutalidad o se dejaba la vida en gestos sublimes de desprendimiento o porque sí. La vida cargaba el cuerpo, pero el amor llevaba el alma consigo.

Alfonso Castro Valle y yo frecuentábamos los bares elegantes de París. Avanzábamos por su sombra suave con la arrogancia del orador que camina lentamente a la tribuna. Después, frente a una botella de champaña o de coñac, aguardábamos las sorpresas de la jornada. Una noche, dos mujeres, distinguidas ambas, irrumpieron seguras y ocuparon una mesa cercana a la nuestra. Madre e hija, sin duda. Hermosa la menor, bellísima su progenitora.

Nuestra conversación en castellano, deliberadamente alta, las atrajo. A una incierta comunicación inicial, siguió el diálogo silencioso, el de las miradas que aproximan las voluntades, luego el flirteo precavido, una seña discreta, sonrisas descubiertas y, finalmente, el primer triunfo: estábamos a su lado.

No éramos españoles ni argentinos, nos protegimos. Éramos mexicanos, la vida en la ruleta, resueltos frente a la ofensa y el fuego del amor, el ardor permanente bajo la piel.

En México —les decíamos mientras nos observaban de pies a cabeza— se gana o se pierde la vida como se gana o se pierde el dinero en el juego. La vida es frágil como el vuelo de un pájaro acechado por su tirador.

La vida en México —seguíamos— es misteriosa como el lugar donde el viento nace. ¿Cómo protegerla si nada sabemos de ella, como nada sabíamos de la muerte? ¿Y por qué temerle a la muerte, si sabíamos de ella lo mismo que de la vida?

Asomaba la borrachera sobre la mesa. Las copas llegaban a intervalos cada vez más breves. Confundíamos las ideas con los sentimientos y enredábamos la memoria con la fantasía. La conciencia del ebrio corre, se tropieza, cae, equivoca el camino, se levanta y vuelve a correr.

Alfonso y yo hablábamos de África y sus animales. Algunos pertenecían a especies indómitas como no las había en ninguna otra región del mundo. México respondía a igual privilegio, pero en escala más alta. Poblaba el país un nuevo género de hombres, muy distinto al que pudiera encontrarse en la propia América y ni qué decir de Europa. Los mexicanos llevábamos en el alma el acero de las balas y una tierna inocencia. De ahí nuestra capacidad para matar y morir, nuestra vocación para amar y ser amados.

Las bellas mujeres nos interrumpieron de golpe. Nos invitaban a su casa. Alfonso y yo nos miramos. Teníamos enfrente a dos *cocottes* que se descaraban, pensamos. Al llegar a nuestro destino ocasional, un mozo nos abrió los portones de una mansión. La madre era viuda y su hija, heredera de una fortuna. Esa noche olvidaban su condición. La jovencita daba muestras de ímpetu sexual y su madre, reservada, daba a entender que en la materia su sabiduría era infinita.

Bebimos aperitivos y pasamos al comedor servido por meseros de etiqueta. Frente a los destellos de la vajilla de porcelana, pedimos disculpas por beber a la auténtica manera mexicana. Sin más, encendimos un par de cerillos y arrojamos nuestras *alumettes* a los vasos con huisqui. La flama nació y murió, pero nosotros insinuábamos: “¿Si bebemos con fuego, qué fuego no nos abrasaría en el amor?”

Ya en la madrugada nos decidimos por un cabaret famoso. La *vedette* era un invertido que ocultaba su identidad hasta el final del espectáculo. Nuestras acompañantes ignoraban que conocíamos el lugar.

Bailaba el invertido. La música era suave, lenta. La penumbra ayudaba. Las formas de la *vedette* transmitían lascivia. Castro Valle murmuraba:

—Yo no sé, yo no sé, pero esa bailarina no es bailarina.

Poco a poco fue subiendo el tono de la voz:

—Sí, la mujer no es mujer. No, no es.

De pronto, como si la furia lo arrebatara, como si un ser violento y destructivo lo dominara, de pie, desafiante, frenético, empezó a gritar:

—¡Detengan eso! ¡Detengan eso! ¡Es abominable! ¡Qué asco, qué indignidad!

Antes de que mano alguna pudiera detenerlo, ya había arrojado copas y botellas contra el piso y se disponía a patear sillas y mesas cuando la concurrencia, fuera de sí, se aprestó a tomar cumplida revancha del insolente que se atrevía a interrumpir la función de esa manera:

—¡Silencio, repugnantes *meteques*! ¡Salvajes! ¡Bárbaros!

Brillaba el local con todos sus focos y lámparas. Alfonso y yo nos vimos rodeados de miradas y puños amenazantes. Sin perder el tiempo y en el mejor francés que me fue posible, exclamé:

—Señores, por favor, perdonen a mi compatriota mexicano, pero es que en México no se conoce a los invertidos, no se sabe qué son. Allá no hay uno solo y mi compañero, al descubrirlos precisamente ahora, al ver bailar a una mujer que no es mujer, sino a un hombre que no es hombre, ha sufrido una terrible impresión.

Castro Valle yacía derrumbado en una silla. No levantaba los ojos y hacía pensar en un hombre sin moral, liquidado.

Los asistentes empezaron a cambiar de actitud. La cólera desaparecía de sus rostros. Algo nuevo, quizá asombro, quizá admiración, quizá incredulidad, quizá desconcierto, remplazaba a su ira. Las bellas aristócratas nos acariciaban, ostentosas. Cuchicheaban:

—¿Has visto?

—¿No es exquisita su masculinidad?

Una señora, atónita, me interrogó:

—Pero ¿cómo es posible que no haya invertidos en su país?

—Pues no, señora, no los hay. Lo siento mucho. Perdone.

—¿Pero de veras no los hay?

—No, no. Ni uno, ni uno, lo juro. ¿O cree usted que podría haber invertidos en la patria de Panchó Bilá?

UN SUEÑO MÁS GRAVE QUE EL ENCIERRO

Cuando el toque de diana y los alertas matinales de los celadores me devuelven a la existencia con sus gritos lúgubres, tan parecidos a los aullidos perrunos, tengo la sensación de que las fantasías que cobraron forma mientras dormía me pertenecen y a la vez me son ajenas. Como si hubiera estado muerto y recuperara poco a poco la percepción de las cosas materiales, abro los ojos. Me parece imposible vivir en esta celda igual que un animal en una caja. Siento que la conciencia es un despojo al sueño, como el sueño fue un hurto a la realidad. Pero el encuentro con la realidad es verdadero, como verdadera fue la evasión en el sueño. ¿Qué es preferible, la quimera o la cárcel? En ocasiones, al descansar la cabeza sobre la almohada, el miedo se apodera de mí. ¿Qué vendrá esta noche?

Volví en mí, tembloroso, empapado en sudor. Dormí seis horas seguidas que de nada sirvieron, pues al amanecer me encontraba rendido de fatiga y lleno de pesadumbre. Había soñado en un gigantesco mural que producía tal asombro que Picasso, Braque, Orozco, Rivera, Degas, Matisse y otros muchos pintores, vivos y muertos, desfilaban para admirarlo.

Todos los días me extasiaba frente a mi propia creación. A las cinco de la tarde, cuando la intensa luz del sol anunciaba las primeras sombras de la noche, corría a un claro, en pleno campo, y me situaba ante la hermosa casa rústica donde la inspiración me había iluminado sin cegarme.

Llegué una vez al sitio que tan bien conocía, ¿pero qué vi? No la obra monumental, sino un cuadro de caballete de 50 por 60 centímetros. ¿Y el mural? ¿Y la obra grandiosa? Bajo los rayos espectrales de la luna continuaba buscando. Veía en las hojas de los árboles pigmentos y pedazos de formas. Quise reconstruir el mural en sus proporciones originales. Fracásé una vez, diez, veinte. Desesperado, arrojé la pintura a puños contra la pared

vacía. Me comportaba como el sordo que quiere oír y grita hasta desgañitarse, como el ciego que lleva a sus ojos una lámpara que imagina encendida, como el mutilado que en un acceso de locura agita los brazos y cree que camina. Así yo veía los más bellos conjuntos plásticos en los manchones de colores, nuevas combinaciones de rojos, de azules, de amarillos, de verdes, originales formas de entender plásticamente a la mujer, al hombre, a la naturaleza.

Al amanecer, el aullido perruno me devolvió a una realidad menos espantosa: la prisión.

Algunas personas opinan que en la cárcel disponemos los artistas de tiempo suficiente para emprender las tareas que nos vengan en gana, que aquí vivimos un penoso, pero fecundo retiro. Ojalá fuera cierto en mi caso. ¿Pero cómo podría serlo si mi alma está imaginativamente entregada a la obra monumental y casi podría tocar las paredes opuestas de mi celda con sólo alargar los brazos?

Yo quiero pintar frente a un gran muro, llegar al horizonte, nacer multitudes, hacer mía la profundidad de los diferentes planos de la unidad espacial, trabajar con instrumental moderno, con los mejores materiales de la química contemporánea, con proyectores eléctricos, rodeado de un numeroso equipo humano que haga subir y bajar los andamios con procedimientos mecánicos, empezar con la primera luz del día y terminar cuando el sol se oculta. Pero no. He de conformarme con la más pobre artesanía: hacer cuadritos.

Ésta es mi verdadera cárcel. Trabajo en el cuadro de caballete y sueño con los grandes frescos. El alma fue creada para abarcar todas las cosas y yo nada sé del mundo ni de los hombres.

VIOLENTA Y NEGRA MARIPOSA

Ante la pequeña mesa circular del antecomedor, Angélica, doña Electa y Jesús Siqueiros hablan con ideas sin terminar, cortadas las frases.

De una de las paredes cuelga un antiguo dibujo en color ladrillo. A Siqueiros le gusta el viejo que representa. Camina con ayuda de un bastón torcido. Es enjuto, con mechones que le caen sobre la frente y una boca sin dientes que no se sabe cómo fue. Sus ojos son claros y tienen la tenue llama del hombre que, al final de su vida, se burla de la muerte que ve llegar.

Angélica viste de negro. Se enrolla en un chal que aprieta contra su cuerpo. Pienso que siente el frío del largo ayuno, del desasosiego, del cansancio sin alivio.

“La abuelita”, doña Electa, la suegra del pintor, se cubre con un chal café oscuro de lana ruda, grueso. No se mueve y apenas habla. Es pequeñita y en ella se siente la necesidad de acompañar y ser acompañada. Algunas veces levanta la mirada y contempla a su hija. Su caricia húmeda expresa admirativo amor y también compasión, pasión compartida.

Jesús viste un traje azul claro, habla de Cárdenas y lo insulta. Tiene al general por perverso, egoísta, traidor. “Ya Chucho, deja.” En la voz de Angélica hay impaciencia, pero también dominio de sí misma. “Mejor háganos del presidente, de López Mateos.”

Quiero ver los últimos cuadros de Siqueiros. Angélica se entristece. El mejor lo vendió la víspera. Representa una escena del presidio: la visita de los domingos.

Queda uno. Chucho me lo enseña con orgullo. De unos brochazos, un niño hace viva su amargura atroz. La boca torcida, la nariz chata, los cabellos erectos como espinas oscuras, descubiertos los ojos a la quietud del pánico.

Recuerdo a una niña de José Clemente Orozco. Permanece hincada y con los brazos cruzados sobre el estómago. Es miserable

entre los pobres. Pero en ella se adivina una vida dispuesta para la alegría, una criatura que quiere ver el sol, sentir el gozo del viento, que algún día reirá. Lo dicen sus ojos, que son puros.

Pero en el niño de Siqueiros no hay nada de eso. Sólo el dolor informe, el sufrimiento que aún no cobra plena conciencia de sí mismo, pero que se le impondrá, absoluto. Ese niño es como una mariposa negra.

Tomo el cuadro con las manos. Me pesa, no como el frágil material que es, sino como un pequeño que arde en fiebre. Lo dejo. Me lastima como si trajera los males de la cárcel, el humor de los presos, el vaho de las cacerolas, las pasiones exacerbadas, el odio, la desesperación.

Al reverso del cuadro, Siqueiros escribió:

“Primer día de la huelga de hambre. Penitenciaría del Distrito Federal.”

LA ACCIÓN, META SUPREMA

Yo me veo de nuevo caminando, paso a paso, con uniforme y la pistola amartillada. De lejos, bajo las sombras de la noche, mi objetivo militar parecía un fortín siniestro. Sabía tan bien como mi compañero de aventura que en él había mercenarios equipados con armas mucho más eficaces que las nuestras. Sabía, asimismo, que estaba electrificada la parte superior de las altas murallas y que había almenas en las cuatro esquinas. No ignoraba tampoco que la entrada estaba protegida por una caseta, también con aspilleras, y que adentro reposaban algunos hombres con sus máuseres al lado.

¿A quién no le tiemblan las piernas en esos momentos? ¿A quién no cerca el miedo? ¿Quién no vislumbra el insondable vacío, el pozo sin fin, la negra y aterradora oquedad de la muerte?

En la caseta, el centinela observa y no pierde detalle. Uno se siente igual que un ave. A tiro. Pero avanza. Un paso, otro, otro más. Es imposible contener no ya el temblor de las piernas, sino el de los brazos, el de las manos. La respiración se vuelve anhelante. Cada vez más necesitados de aire los pulmones, hacen pensar en globos agujerados. Se percibe el frío y el calor de manera alterna o simultáneamente. ¿Será que brota el instintivo deseo de aprehender todo género de sensaciones una vez más, acaso la última? Pero uno sigue adelante. Más, siempre más. Ojalá quedara la fortaleza en el confín del mundo. Pero no. Ya está próxima, muy cerca. El gris de los muros destaca como algo sólido y concreto y no como un simple dibujo en perspectiva. Es un gris espectral, sin brillo. Curioso: no existe una rosa de ese color de tierra, idéntico al de las ominosas paredes. Esta reflexión cruza como una ráfaga. Pero los dedos, como si tuvieran inteligencia y comprendieran que no cabe la distracción, aprietan el arma con fuerza.

Dentro de muy poco, dentro de unos minutos, estaré allí. Ante el centinela de la casilla. Intentaré hacerlo suavemente a un lado,

aprovechando mi insignia de oficial. Después trataré de pasar al interior de la caseta y dominarla. El hombre que hay en mí, despojado de la convicción que lo anima a continuar, desearía gritar y correr, tirar el arma, olvidarlo todo. Pero ya no soy el que avanza. Avanza en mí la causa que defiende. Ya soy un héroe y no un autómatas, un revolucionario y no el soldado de paga a quien sostiene un concepto deshumanizado del deber a secas. El propósito que me mueve es sin duda alguna más poderoso que el temblor de mis piernas y la vibración de todo mi cuerpo.

Siento la presencia de mi compañero, que camina al lado. ¿En su interior se habrá librado la misma batalla que en el mío? ¿La determinación de llevar a cabo lo acordado será en él más fuerte que el terrible miedo? ¿Sabrá que el miedo es tan horrible que embellece a la muerte? ¿Sabrá que es como un grito crispante sin voz? ¿Una mano sin dedos que oprime y ahoga? ¿Un golpe que nadie dispara, pero que lacera los ojos, la cabeza, el estómago? ¿Sabrá que el miedo es como un fuego que quema, pero un fuego sin luz, sin brillo, sin color?

El problema de mi acompañante debe ser igual que el mío. Los dos somos artistas y poseemos una imaginación creadora. Yo, por ejemplo, podría hacer desde este momento la descripción de las heridas y de la sangre que correrá por mi cuerpo, en el caso de que todo falle, el tormento de los dolores, la angustia ante la muerte, la desesperación por el fin, los gritos, los aullidos, los bramidos animales con los que trataré de asirme a la vida cuando ya todo esté perdido. ¿Morir? No. ¡Morir, no! ¿Una bala? Ha de ser como una punta de lanza al rojo vivo que desgarras la piel y quema los intestinos.

He pasado de la sombra a la luz que rodea la fortaleza. Mi compañero, por acuerdo expreso, permanece oculto en la última faja de oscuridad. El centinela grita las palabras reglamentarias: —¿Quién vive?

Una última impresión me hace dudar. A lo mejor es su voz como un sereno canto de muerte. Pero avanzo. Ahora ya nada me importa. Mi alma se ha sosegado y en ella hay tranquilidad. Dejo de ser el abrasado campo donde un ventarrón envolvía todas las cosas en opacos remolinos. Camino casi gozoso. Así he sido siempre. Para mí no hay belleza que pueda compararse a la acción. Ni la del arte, por el que he dado la vida.

Siqueiros. La piel y la entraña, con un tiraje de 20 000 ejemplares, se terminó de imprimir en el mes de junio de 1996 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V., Av. San Lorenzo Tezonco núm. 244, CP 09830, México, D.F.

Cuidado de edición: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Portada: David Alfaro Siqueiros, *Autorretrato*, 1969

Diseño de portada: Tecla Ulloa

DATE DUE / DATE DE RETOUR

TRENT UNIVERSITY



0 1164 0410087 1



Julio Scherer García (México, D.F., 1926), periodista imprescindible en la historia reciente de la prensa mexicana, también es autor de varios libros en los que desarrolla un estilo conciso, ameno y brillante. Director del periódico *Excélsior* de 1968 a 1976, fundador del semanario *Proceso*, Scherer ha mantenido e impulsado un vigoroso sentido de independencia y crítica en el quehacer periodístico.

De su época de reportero surge *Siqueiros. La piel y la entraña*, producto de su visión y de largas conversaciones con el muralista, cuando éste se encontraba recluido en la antigua penitenciaría de Lecumberri, acusado del delito de “disolución social”.

Como él mismo dice, a propósito de su trabajo: “Es una semblanza, el apunte de un carácter; no pretende el rescate de acontecimientos ni obedece a un orden. El libro está formado por recuerdos, emociones, tragedias, fantasías, todo revuelto. Su contenido es como la tierra, el agua, las flores, las hojas que el viento arrastra.” Se trata, pues, de un testimonio vivo e insustituible en la conmemoración del centenario del nacimiento de David Alfaro Siqueiros, que presentamos ahora en una edición revisada por el autor.

Otros libros de Julio Scherer: *Los presidentes* (1986), *El poder. Historias de familia* (1990) y *Estos años* (1995).

